

LA TERCERA PERSONA

Ava Hocsem



ALT
autores

La tercera persona

Ava Hocsem



Título original: La tercera persona

© Noviembre 2017 Editorial Alt autores (www.altautores.com)

ISBN: 978-84-947594-1-3

© Texto: Ava Hocsem

© Ilustración portada: Sergio Verde (www.sergioverde.com)

La tercera persona

Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)
[66](#)
[67](#)

1

—Arranca el coche. Salgamos de aquí cuanto antes, no mires hacia atrás. A partir de este momento todo pertenece al pasado.

—¿Todo?

—Sí, todo. Mira al frente Juan. Quiero llegar a casa entera y en menos de media hora.

—La salida a la autovía, a tu derecha.

—No puedo creer que me digas eso, Celia...

—Sólo tienes que girar, ¡ahora mismo!, pero ¿qué haces? Por favor mantén la atención en la carretera, ¡qué brusco eres!

—Me has dicho que tienes prisa. Obedezco tus deseos cariño.

Celia le regaló los pantalones que llevaba puestos. A él nunca le gustaron porque pensaba que el burdeos era un color para aristócratas, en cambio a ella le fascinaba. Lo asociaba con el erotismo y con el poder. —Soy la hija predilecta del burdeos —dijo en una ocasión—. Ante semejante comentario jamás se negó a vestirse con ellos.

—Vaya, he perdido el mechero.

—Lo has dejado en el pasado. Queda poco para llegar. ¿Podrás resistir sin fumar?

—Sí claro, es tan solo humo.

—Celia, ¿no crees que estar sentado e ir a ciento cuarenta kilómetros por hora es una contradicción?

—¡Qué cosas piensas!

En realidad Juan quería preguntarle otra cosa. Algo más relevante, algo que no se atrevió a mencionar. El todo y el pasado. Estaban a unos cuatro kilómetros de despedirse, no sabía si esta vez sería para siempre. A veces es

mejor no preguntar a tiempo para elegir una realidad a medida. —No es miedo, no, se trata de sobrevivir —pensó Juan—.

Él estaba acostumbrado a manejarse por las carreteras del autoengaño. — Saber conducir es fundamental, te da libertad—. Era una de sus frases de mesilla.

Así aprendió a manejar su vida, su volante, su freno, su limpiaparabrisas y también al hijo sobreprotegido que fue. Ahora estaba solo, a punto de llegar a la esquina donde Celia posaría sus tacones en el suelo.

La vida, los eventos, la gasolina.

—Sana y salva—dijo Juan.

—Me voy pitando. Menos mal que no tengo batería en el móvil. Es la coartada perfecta, los niños ya estarán cenando.

Antes de pisar el suelo le puso una mano sobre la pierna. Se miraron fijamente, controlando cualquier atisbo de emoción. Él pisó el acelerador y cerró la puerta del coche. Se quedó mirando su culo a través del espejo retrovisor. Mientras tanto la figura desaparecía dejando tras de sí la estela apresurada de un apresurado caminar.

—¡Malditos taxis y maldito móvil!, la reunión se ha alargado pero creo haber conseguido mis objetivos —comentó a su marido mientras colgaba el bolso y la chaqueta en el perchero de la entrada—. El próximo jueves me reúno con el director general. Todo va viento en popa. ¿Están ya en la cama?, estoy agotada cariño.

2

Juan tenía hambre y la garganta un poco seca. El depósito semivació. Pudo repostar y dudó en comprar un sándwich en la gasolinera. —No, lo haré mañana —pensó.

—Hoy cenaré algo caliente. Necesito calor y llenar mi estómago. Cerca de mi casa unos chicos del barrio han abierto un nuevo restaurante. Iré allí, seguro que me tratarán bien porque me conocen de vista y querrán captar clientela —se dijo a sí mismo.

—Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Podría cenar?

—Sí señor. ¿Viene usted solo?

—Realmente no, aunque sólo me vea a mí.

—¿Espera usted a alguien?, ¿cuántos van a ser?

Juan sonrió tímidamente: —Finalmente uno —contestó. ¿Puedo sentarme junto a la ventana?

—Sí, pase conmigo.

La carta estaba traducida al inglés. La inmensa mayoría de los residentes del barrio eran autóctonos. Juan intentó deducir la intención de los dueños. Pensó que tal vez quisieran crear un imperio de restaurantes y franquicias en el futuro. Comprobó que se trataba de un local especializado en la cocina con patatas. Prefirió leer la carta en inglés. La primera lectura fue un mero pasatiempo, la segunda para elegir un plato caliente. Nunca había visto tantas combinaciones posibles de patatas con otros elementos. Se le hizo la boca agua.

—Algo tan sencillo... y pensar que a otros no se les ha ocurrido este tipo de negocio... Creo que podrán abrir franquicias antes de lo que jamás hubiesen

imaginado —pensó con el estómago vacío.

—Una de patatas al horno con espárragos trigueros, rúcula caramelizada, botones de aguacate y *haloumi*. Para beber un tinto poco afrutado, por favor.

Miró a través de la ventana. Olía muy bien en aquel acogedor lugar. Miró el móvil varias veces. Alternó la vista callejera con la vista digital. El teléfono sonó y la copa de vino llegó a su mesa.

—Espero que sea de su agrado señor.

—Yo también, gracias.

Se le encogió un intestino hambriento. Bebió un sorbo, le gustó. —Un vino mediocre pero ahora mismo me agrada —pensó—. Efectivamente, poco afrutado para ser un caldo barato—. Bebió otro sorbo, tocó la pantalla del móvil y leyó el mensaje. Era Laura, hacía un par de meses que no sabía nada de ella.

Mañana por fin comienzo a trabajar, espero que estés bien. Beso.

Juan miró a través de la ventana. Una pareja de adolescentes carcajeándose pasó por delante. Recordó la tarde en la que Laura dijo una frase que pudo cambiar su vida: —Si soy capaz de controlar los remolinos seré capaz de controlar mi vida —dijo—. Quizá la próxima vez que se vean le confiese la importancia de aquella conjunción de palabras.

—Su plato señor, ¿otra copa de vino?

—Sí, y un botellín de agua.

Celia aprovechó el momento. Una reunión cancelada es casi siempre una oportunidad para escapar de la oficina. Quería comprar a su hija un libro de fábulas. Salió decidida, era una bonita e inesperada misión. Sintió el frío en su rostro como si fuese una brisa de verano. —La libertad de la calle — pensó.

Paró en un semáforo. En la acera de enfrente había hombres, mujeres y alguien disfrazado de perro. Todos esperaban lo mismo; aguardaban que el color de una luz diese paso a otra. En esta ocasión no había ningún conocido al otro lado, detestaba cruzarse con los ojos de alguno porque hacía que la espera se eternizara. La señal de cambio movilizó a los transeúntes. Celia recordó unos documentos que tenía que preparar para el día siguiente, metió la mano en su bolso, agitó todo lo que estaba dentro y sacó la nota mientras caminaba aumentando la velocidad de sus zapatos.

—He oído hablar de un libro de fábulas que causa furor entre los niños.

—Creo que se refiere a “*El arco de ranas y la nube de gatos*”. También disponemos de una edición especial.

—¿Sí? ¿Podría mostrármela?

—Tal vez que nos quede alguna en el almacén.

—Tengo prisa. ¿Puede encontrarla?

—Sí, lo miro en el ordenador y si está, envío a un compañero para que la suba.

—¡Tengo mucha prisa!

—Aquí está, la tenemos. En cinco minutos subirá Javier con ella.

—Me gustaría pagarle ahora, ya sabe, para ganar tiempo.

—Son 36,45 euros señora.

—Voy a mirar unos libros, avíseme cuando esté lista. ¡Ah! Y envuélvalo en papel de regalo.

—¿Alguna preferencia?

—Sí, papel brillante.

Celia miró libros y miró estanterías. A pesar de no disfrutar con la lectura educaba a sus hijos para que fuesen lectores habituales. La gente que sacaba un libro en cualquier lugar le resultaba muy atractiva. Las caras concentradas, el movimiento de los dedos pasando las páginas, los cuerpos entregados a los libros y la ausencia de sus mentes. Sabía que se perdía algo realmente seductor. Vivía los libros a través de los que leen.

Recogió la fábula envuelta y se dirigió hacia la oficina.

Cuando llegó al semáforo sonó su teléfono. Cogió el aparato pero no la llamada. Levantó la cabeza y volvió a sentir la brisa. Miró al otro lado de la carretera. Vio al ser disfrazado de perro moviendo su mano con el brazo alzado. Se sintió reconocida y pensó que estaba desarrollando una nueva neurosis. Comenzó a cruzar. Todos lo hicieron. Excepto el perro. Celia llegó a la otra acera. El ser cubierto de tela con pelos marrones se dirigió hacia ella. —Todo esto forma parte de un cutre plan de marketing —pensó.

—¡Señora! —el perro agitó la mano en el aire y movió sus orejas acercándose a ella.

Celia paró, miró el hocico y soltó —¡qué diablos!—. El perro con una agradable voz de mujer dijo —Disculpe que le moleste. ¿Tiene todas las llaves en el bolso?

—Todas no sé, pero algunas sí. ¿A qué viene todo esto?. Tengo prisa, mucha prisa.

—Creo que se le han caído las llaves hace un rato en medio de la carretera y sí, ciertamente parecía muy apresurada. Bueno, hoy en día todo el mundo anda así. Parece que andar con cara de agobio nos lleva antes a cualquier parte. ¿Puede comprobar si tiene sus llaves?

Celia estaba desconcertada. Miró en el bolso con cierta desconfianza. Podía tratarse de una artimaña para robarle a plena luz del día. No encontró sus llaves. Se lo comunicó a la perra. Esta metió su mano en un bolsillo del peluche y sacó un juego de llaves colgado de un llavero *Loewe* de cuero burdeos.

—Efectivamente, son mis llaves, se lo agradezco—. La perra movió su cabeza en señal de alegría. —¡Menos mal que nos hemos vuelto a encontrar para poder devolvérselas!—. Celia le miró con curiosidad y medio sonrió.

—¿Por qué vas disfrazada de perra?

—Es mi trabajo, promociono una tienda de complementos para animales de compañía. Toma, un folleto.

Celia en agradecimiento sacó las llaves del llavero y se lo regaló. —Has sido muy amable —dijo.

Llegó a la oficina con una tranquilidad poco habitual. Se sentó en su despacho y se puso a trabajar. Tenía las mejillas frescas.

—Aire, necesito aire.

Juan abrió las ventanas del dormitorio. El cielo estaba ahumado. Se despertó sobresaltado, cansado, malhumorado e impotente. Asomó su cabeza, el viento movió su pelo en varias direcciones. Su largo flequillo, su cortina.

—No sé qué hora es. Parece que hoy nunca va a ser de día. Huele a café...serán las siete y cuarto. La vecina siempre prepara una cafetera sobre esta hora —se dijo a sí mismo.

Puso la radio. Le gustaba escuchar el programa de su amigo Lázaro por las mañanas. Era su reloj, sus buenos días, su informativo, su primera canción del día, su primer anuncio. Las siete y veinticinco. Un zumo de pomelo. Lo preparó, también hizo tostadas que untó con mermelada de arándanos. Después bebió un café sin azúcar. Juan detestaba la mayoría de bebidas dulces. Respiró hondo junto a Lázaro a través de las ondas. Sabía el malestar que le producía a su amigo comenzar el día retransmitiendo malas y absurdas noticias de un ridículo sistema.

Se conocieron en un internado de meditación hacía ya unos quince años. Para ambos fue una experiencia que jamás olvidarían. Lo mejor vino después, con el paso del tiempo y la complicidad. —Todo lo que compartimos, sólo nosotros lo sabemos —pensó—. Les gustaba guardar parcelas que creían secretas.

Juan finalmente se incorporó al mundo con una sonrisa. Tenía una tarjeta del local que visitó la noche anterior al lado del teléfono *Patatame You&Ours*. Había algo también absurdo en aquel nombre, algo que por extraño resultaba atractivo. Encendió el teléfono y vio las nubes que ya había visto al mirar por la ventana. Estaban en un icono en la parte superior derecha de la pantalla. Actualizó su estatus en una red social —Los días son como los

besos. A veces buenos y a veces malos —escribió—. Celia no le había devuelto la llamada. Aquello no le sorprendió y por primera vez lo sintió como un alivio.

Hay cosas que jamás funcionarán por mucho empeño que pongamos. Lo importante es aprender intentándolo. El objetivo parece claro cuando caminamos hacia él, lo deseamos, queremos conseguirlo. Nos emperramos en hacerlo nuestro hasta que un buen día, todo aquello que pareció ser se muestra como lo que no es.

Igual que esos besos buenos que al principio parecieron ser malos.

Después de un día no tan largo y no tan denso como otros, Celia se sentó en la cama de su hija para leerle unas páginas del libro que le había regalado. Había apagado la luz del techo y encendido la lámpara de estrellas que se proyectaban en las paredes del cuarto. Eran azules, relajantes, bellos símbolos para la pequeña Zoe.

—Mami, ¡has puesto la magia!

—Sí hija, es para leerte un cuento.

—Pero mami, a mí me gusta así, sin cuento. Ven a la cama conmigo y la miramos juntas.

—Ya estoy en la cama contigo cariño.

—¿Cuántos planetas hay en mi habitación?

—No sé hija... a ver...creo que unos veinte.

—¿Tantos? ¡Guau!

—Son estrellas, Zoe.

—Las estrellas también son planetas mami...

—Voy a leerte un cuento mientras las miras, cariño.

—Vale, ¡pero que sea bonito!

—Claro hija, lo es, muy bonito. Se titula: *“El gato triste y el pájaro contento”*.

Zoe agarró de la mano a su madre, tenía la mandíbula relajada. Mostraba sus nuevas paletas, boquiabierta ante el espectáculo de luz.

Zika es un pájaro azulirrojo, optimista y un tanto despistado, campeón de las olimpiadas avejuveniles en la modalidad de vuelo a larga distancia.

Un día, de esto hace ya algún tiempo, Zika estaba con su familia disfrutando las últimas horas de unas agradables vacaciones cósmicas explorando una nebulosa. Jugaron dentro de ella, se pasaron bolas de luz con los picos, también soltaron plumas que se convertían en estelas multicolor cuando agitaban sus alas con fuerza. Zika y su hermana pequeña compusieron canciones que entonaban mientras danzaban moviendo el polvo nebuloso.

Los dos cantarines hicieron a su padre prometer que regresarían la próxima vez que la escuela estuviese cerrada. El papá pájaro les aseguró que volverían. Se pusieron tan contentos que dibujaron cientos de espirales con sus cabezas, girando y girando, piando y piando.

Antes de que la familia partiese hacia su hogar, la nebulosa se despidió de las aves diciéndoles: ¡Buen viaje amigos! Deseo que regreséis pronto. Habéis sido unos visitantes amables, divertidos y respetuosos. En gratitud os ayudaré a regresar rápidamente a vuestra casa lanzando un brillante rayo transportador. Subid en él, viajaréis seguros y vuestras alas no se cansarán.

La familia saltó y silbó simultáneamente aceptando la proposición. Todos se pusieron en fila: mamá, la hija, el padre y Zika.

La nebulosa les pidió que contaran hasta seis antes de despegar.

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco...

Y Zika, despistado, olvidó el Seis.

Papá, mamá, y la hermana desaparecieron en una tormenta cósmica. Zika, asombrado, se quedó allí con el pico abierto.

—¡Vaya! —pensó—, ¡en menudo lío me he metido! Volaré hasta el planeta más cercano y allí conseguiré un mapa o una brújula para

reencontrarme con mi familia y tomar algo de alpiste del que prepara la abuela.

Zika despegó, recordó la medalla aveolímpica. Voló y voló, disfrutando del trayecto entre estrellas y cometas. Después de un rato cósmico divisó un planeta. Era grande, muy grande y azul, azul brillante. Allí vivían los gatos tricolores. Todos eran felices, jugaban sin cesar a lo largo del día. Maullaban con alegría, hacían ricos pasteles de colores e ilustraban en cuarzos gigantes escenas cotidianas de sus vidas.

Allí todos los gatos eran felices, sí, todos menos uno: Un gato triste que se llamaba Moine. Él también había ganado una medalla en una felinolimpiada. Un único y raro galardón, al que los gatos llamaron “Tristeza”.

Zika comenzó a descender. Planeó con sus alas, afinó la puntería, buscó un lugar blando donde aterrizar suavemente. —¡Creo que ya lo he visto! —gritó emocionado.

—¡Mami! ¿Qué ha visto Zika? —exhaló Zoe con curiosidad.

—Ahora lo vas a saber hija...

Moine miró hacia arriba porque sintió algo extraño. Entonces vio un pájaro. Se hizo consciente de su identidad animal porque lo había estudiado en el colegio. Moine se asustó y metió su cabeza entre el pecho creando así una gran bola de pelo.

—¡Es perfecto! —dijo Zika—. ¡Allá voy! Y aterrizó sobre el maravilloso colchón que Moine había preparado con su cuerpo.

Zika se tumbó relajado, cerró los ojos y extendió sus alas a lo largo de la templada bola de pelo para descansar. Estaba agotado, necesitaba dormir un poco antes de buscar el modo de regresar a su constelación.

Moine movió su cabeza lentamente. Sigiloso y con cautela, la sacó del torso para estirarse. Decidió no tener miedo del pájaro porque en clase les habían hablado muy bien de las aves. Zika reaccionó con un pequeño salto. Era la primera vez en su vida que veía un gato; también había oído hablar

sobre su especie. Se comentaba que eran los seres más felices del universo animal.

—¡Hola! Me llamo Zika.

—¡Hola! Me llamo Moine.

—Nunca había visto un gato —dijo Zika sonriendo.

—Nunca había visto un pájaro —dijo Moine tímidamente.

—¡Vaya! pareces un poco triste... Eres diferente al resto de los gatos. He leído mucho sobre vosotros. En el colegio dicen que sois los más felices.

—Bueno, yo no... estoy triste.

—¿Por qué lo estás? —preguntó Zika con compasión.

—Porque creo que no soy un gato —replicó Moine con gesto de circunstancia.

—¡Anda! Claro que lo eres. Mírate, eres un gran gato. Además tienes unos ojos preciosos.

—Gracias, pájaro.

—Tú me has salvado la vida. ¡He realizado un excelente aterrizaje! Tus pelos son tan suaves que me han ayudado. Moine no tengo duda, ¡tú eres un gato!

—Es que soy diferente... Tú también lo has dicho.

—Sí, verdaderamente lo eres pero... ¿Crees que por serlo dejas de ser un gato? Mírame, yo también soy diferente aquí.

—Es cierto... ¡Tú también lo eres!

—Te voy a poner un ejemplo Moine: Imagina que una vaca llegase aquí ahora y nos viese a los dos juntos. Ella sabría que tú eres un gato y que yo soy un pájaro.

Moine se quedó pensativo. Nunca había hablado con otro animal que no fuese de su especie, aunque sabía que existían y conocía muchas cosas sobre todos ellos. Le pareció maravilloso conversar con un ser alado de otra

constelación. El pájaro le había hecho reflexionar. Finalmente el gato se aceptó y por fin, sonrió.

Moine rozó la cara de Zika con sus bigotes, elevó su cola meneándola y se puso muy contento.

Zika le dio un beso con las plumas de sus alas. Se miraron entusiasmados y pasaron unas cuantas horas cósmicas muy entretenidos jugando. Después de tirarse de la cola y arrancarse plumas, los dos estaban exhaustos. Entonces Zika le pidió ayuda a Moine para regresar a su constelación. Se tumbó sobre su amigo y ambos durmieron plácidamente.

Al día siguiente el gato consiguió una brújula y algo de comida para el pájaro. Zika le agradeció su ayuda. Moine le dio un abrazo y su correo electrónico antes de partir y después los dos amigos se despidieron.

Zika comenzó a volar y voló muy alto. Moine sonrió, sintió felicidad. El gato también voló... Y voló muy alto.”

Zoe estaba dormida, recostada de lado. La colcha cubría la mitad de su cara. Celia cerró el libro, se quitó las gafas, apagó la luz y apagó los planetas.

—Durmiendo, qué bella es mientras duerme —musitó, y cerró la puerta del cuarto.

6

Lázaro llamó a Juan. Hacía semanas que no se veían. A Lázaro no le gustaba hablar por teléfono, ni tan siquiera tenía móvil. Pasaba demasiadas horas de su vida utilizando su voz.

Vivía a las afueras de la ciudad, en una casa agradable y antigua. Una casa con pocos muebles, la mayoría blancos, y muchas plantas. Coleccionaba pósts que a veces juntaba, enmarcaba y colgaba de las paredes de su refugio. Tenía un pequeño porche. Su lugar favorito. Bueno, él decía que lo era hasta que una atractiva mujer ocupaba su cama. Entonces el dormitorio ganaba su favoritismo.

Sentía predilección por las mujeres pálidas de cabello oscuro. Le gustaban los labios rojos y los dedos largos. Le gustaban las lectoras y adoraba, sobre todo, a las escritoras. Soñaba con una que le llenara el porche de pósts, una que le dejase carmín en las toallas, en las servilletas, en todos los lados. La casa blanca impregnada de ti, solía imaginar. Juan conocía muy bien sus reiteradas fantasías.

Una vez, años atrás, Lázaro pagó a una puta en Bratislava para que encarnase a su mujer ideal. La hizo sentarse en el escritorio de la habitación del hotel, escribir palabras hasta que rellenase un folio completo de letras y pintarse los labios de un rojo muy concreto. Luego follaron. Después, también se la folló Juan en la misma habitación mientras Lázaro les miraba. Jamás volvieron a repetir ese tipo de experiencia juntos. Pensaban que con una vez era suficiente, una de esas vivencias que al repetirlas pierden su gracia.

Quedaron en el barrio de Juan, en el restaurante nuevo del que le había hablado. Los dos eran puntuales, entendían el valor del tiempo de los demás, se caían muy bien por ello. —Quedan pocos o'clocks —decían bromeando.

Juan llegó pronto a la cita. Más allá de la puntualidad estaba el sentido del humor. Entró y saludó al empleado.

—Buenas noches.

—Buenas noches señor.

—Tengo una reserva, junto a la ventana —dijo Juan guiñándole el ojo.

—Ahá... Finalmente acompañado, intuyo —soltó el camarero con elegancia, moviendo la mano con suavidad.

—Finalmente sí. Se llama Lázaro y es puntual. Llegará en quince minutos.

—Puede sentarse si quiere.

—Bueno, en realidad me gustaría darle una sorpresa. Quiero hacer como si llegase tarde.

—Ah... entiendo. Si quiere puede esconderse en el cuarto de baño de los empleados. También nos cambiamos allí para vestirnos así —hizo un recorrido por su cuerpo con el dedo de arriba abajo.

—Ya veo. No está mal su indumentaria...puedo esconderme allí?

—Sí, claro. Pase usted por aquí. Acompañeme, hacia la izquierda.

—Ya siento incordiarle. Lázaro es un gran amigo.

—Bueno, no se preocupe. Es el mejor sitio que puedo ofrecerle para que se esconda. No es ideal, no, pero puede bajar la tapa del W.C. y sentarse usted encima.

—Gracias, muy amable, me las apañaré. Por cierto cuando venga mi amigo, dígame que no sabe nada de mí.

—De acuerdo, así lo haré.

—El resto lo haré yo, ya le he dicho antes que es muy puntual, ¿no?

—Sí, claro, Lázaro se llama.

El camarero cerró la puerta. Estaba confundido pero algo le decía que podía confiar en aquel hombre: era del barrio, le conocía de vista y nunca había dado problemas en el vecindario. Miró el reloj, las 9 y 59. Lázaro asomó su cuerpo por la puerta, y dijo buenas noches como cabía esperar.

—Buenas noches señor.

—Mi amigo Juan ha hecho una reserva para cenar a las diez. ¿No ha llegado todavía?

—No.

—Qué raro. ¿Hay una reserva a su nombre?

—No... Tampoco.

—Vaya. Qué raro. Esto es *Patatame You&Ours* ¿verdad?

—Cómo no, señor. Lea el cartel. Bien grande y bien rojo. ¿Quiere esperarle en una mesa?

—De acuerdo...

El camarero le llevó hasta la mesa junto a la ventana. Había parejas cenando tranquilamente, charlaban con voces suaves, picoteaban patatas en diferentes recipientes. Parecía apetecible. Volvió a pensar en O'clock. ¿Dónde coño se había metido? Tomó asiento, pidió un vino blanco, y se quedó mirando fijamente la entrada del local.

En aquel momento, según los cálculos de Juan, su amigo ya tendría que estar acomodado. Salió del cuarto, y avanzó sonriendo hacia Lázaro, que tenía cara de atontado en aquel momento. Se acercó a la mesa y soltó un capullo en voz baja. Lázaro sonrió ampliamente, también le soltó un capullo con el volumen más alto. Carcajearon y se dieron un abrazo.

Conversaron animados. Cenaron con un par de botellas entre risas y confesiones. El camarero estaba encantado con ellos, intuyó haber ganado unos fieles comensales. —Una agradable jornada laboral —pensó—, entre cuchillos, copas y servilletas.

Juan comentó a Lázaro que últimamente su soledad comenzaba a pesarle. Le habló sobre su nueva vida de jubilado.

—Tengo mucho tiempo libre... que en mi estado actual de solitario o'clock no sé muy bien cómo gestionar —dijo sonriendo—. Pero lo que más me duele son los huecos vacíos de mi casa —Juan cambió el tono y el gesto de su cara—. Todo ese espacio vacío del que hasta hace poco disfrutaba se ha

puesto en mi contra. Me cuesta caminar por la casa sin pensar que algo falta. Veo cortinas, sillas, objetos... Sí, objetos que no me dicen nada.

Lázaro le miró con cariño. Soltó una tontería haciéndole reír. Después propuso una solución: Alquilar un cuarto de su piso.

—Tienes cuatro habitaciones, dos baños, una sala, un comedor y una terraza. Ahora sólo te falta alguien que respire y se prepare un chocolate caliente cuando estés en casa—. Juan se mostró dubitativo, pero un brillo en su ojo izquierdo comenzó a valorar la posibilidad.

—Tiene que ser una mujer —añadió Lázaro.

—Sí, claro y de metro setenta y cinco, ¡con piernas largas! —replicó Juan.

Empezaron a emocionarse con la propuesta. Podría ser una experiencia de lo más entretenida.

Juan, después de visualizar la luz del asunto, empezó a desplegar las sombras.

—¿Y si es una de esas que no callan? ¡Imagínale hablándome sobre dios sabe qué! ¡Desde primera hora de la mañana y acabar desquiciado, deseando encerrarla en la cocina para no oír su voz! ¿Y si cocinase con ajos todas las noches?—. Lázaro se meó de la risa. Miró fijamente a su amigo diciendo — Por intentarlo no pierdes nada. Hacía tiempo que no te veía así. Es una cuestión de probabilidades y peor, la verdad, es difícil que puedas estar —. Juan bebió media copa de un trago.

—¿Cuándo lo ponemos en marcha? ¿Me ayudarás a buscar una inquilina?

Lázaro le puso una mano en el hombro con entusiasmo y dijo —¡Mañana mismo comenzamos! Piensa en la mensualidad y demás detalles del contrato.

Al día siguiente Juan se levantó con una actitud diferente. Estaba ilusionado con la solución que su amigo le propuso. Recordó los detalles de la conversación que mantuvieron en el restaurante. Le hizo mucha gracia, aunque no podía evitar sentirse un poco inquieto ante el cambio que esta decisión iba a suponer en su vida. —Pero bueno, divagó en alto — precisamente se trata de eso... la cuestión es cambiar.

Preparó más zumo de lo habitual, tenía una leve resaca que supo aliviar con un buen desayuno. Se duchó con un gel que Laura le había regalado y aún no había probado. Envase oscuro, masculino y con un diseño atractivo. Le gustó su profundo aroma a madera y pimienta negra. El olor se quedó impregnado en él. Se sintió seductor y eligió una indumentaria acorde con su estado de ánimo. Salió a la calle. Miró a los ojos de cada uno de los seres vivos con los que se cruzó. Llegó al parque oliendo muy bien. Se sentó, sacó una libreta, un bolígrafo verde y se dispuso a escribir las condiciones del arrendamiento. No tuvo que pensar mucho, escribió con fluidez:

300 euros mensuales. Gastos incluidos.

Contrato de 6 meses renovable.

Nada de extraños en casa.

Mantener la limpieza y el orden.

Si fuma que utilice la terraza.

Respeto y pocos ruidos.

A poder ser... que no le guste el ajo.

Juan se dirigió hacia su casa contento. Sólo un detalle quedó pendiente: El sexo del inquilino.

Envió a Lázaro un mail exponiéndole su preocupación por el enfoque del anuncio. Le dijo que no deseaba especificar que buscaba una mujer. No, le parecía de mal gusto. Valoró la posibilidad de compartir su casa con un hombre. Pensó que el vino tinto tuvo mucho que ver con la clara elección femenina de la noche anterior.

Lázaro le contestó inmediatamente, estaba en la emisora preparando unos textos para el día siguiente: “Nadie tiene que saber que prefieres una mujer. Simplemente cuelga el anuncio cuanto antes en algún portal inmobiliario de Internet. ¡No te compliques la vida! Te llamaran solicitantes de ambos sexos, y tú, por supuesto, elegirás a la mujer que más te guste. Por cierto... ¿qué criterio vas a seguir?... ¿Piernas largas? :)”

Juan escribió un nuevo mensaje:

“Jeejeje. Piernas...ummm no sé. Demasiado frío. Esta vez me voy a fiar de mi intuición. No voy a crear un patrón definido en mi mente. Quiero que sea fresco, espontáneo... ¡Voy a ponerme manos a la obra!, ¡luego te paso los links! :)”

Efectivamente. Dicho y hecho. No tardó ni una hora en colocar el anuncio del piso en tres páginas web.

Laura finalizó la jornada laboral del sábado. Tres horas de trabajo por la mañana no suponían nada para ella. Durante muchos años trabajó como peluquera. Aquello sí que era duro, recordó en voz alta mientras se cambiaba de ropa en la parte trasera de la tienda. Cogió la mochila y se despidió de la dueña: —¡Hasta el lunes! ¡Buen finde, me voy a nadar un rato!

Al salir miró el móvil, y sin saber muy bien el motivo se sorprendió llamando a Juan.

—Hola... dijo Juan seguido de un marcado silencio.

—¡Hello! ¡Cuánto tiempo! ¿Te pilló en mal momento?

—No, no. Es que pensaba que eras otra persona.

—¡Ah carajo! ¿Esperas una llamada decisiva?

—Sí. Bueno no... es que... ya te contaré Laura.

—Parece que esa persona sea más importante que yo —Laura se rió.

—Lo cierto es que no nos conocemos todavía.

—No entiendo... ¿Pero te gustaría quedar hoy para almorzar y contármelo?

—Sí, ¿por qué no? Ven a mi casa —dijo Juan con fuerza. Hasta él se extrañó de su ímpetu.

—¿A tu casa? —Laura estaba sorprendida.

—Sí, ya sabes dónde vivo —replicó Juan manteniendo el mismo tono.

—¡Vale! Voy a la piscina primero. Dentro de dos horas estaré en tu puerta.

Laura colgó el teléfono. La balanza del desconcierto y la alegría estaba equilibrada.

Nadó con tranquilidad, después secó todo su cabello rápidamente, era corto y moreno. Sabía arreglárselo con estilo en poco tiempo. Se aplicó colorete,

rímel y pintó sus labios. Tenía unos ojos verdes oscuros penetrantes. Olía a almizcle y vainilla. Se calzó unos botines negros, y salió casi volando de los vestuarios. Hacía mucho calor allí, demasiadas mujeres juntas con ganas de hablar. —El confesionario templado —pensó mientras caminaba ensimismada.

Juan estaba preparando unos snacks. Le gustaba untar. Le gustaba el gesto, el movimiento, la cadencia de su muñeca. Estaba un tanto nervioso por el encuentro con Laura. Esa mujer que a veces le daba paz, otras sin embargo conseguía sacarle de sus casillas. Era una cuestión de química, sin duda. Tardó tiempo en llegar a esta conclusión, aunque fuese desde el principio la más evidente. Laura era más joven que él. Había una diferencia de diecisiete años entre ellos. Juan recordó que el cuarenta y dos cumpleaños de Laura estaba cerca. Apuntó la fecha en su libreta antes de olvidarla. Recordó cómo celebraron la llegada de los cuarenta: fueron a una casa encantadora que tenía una piscina cubierta privada. Nadaron juntos antes de cenar y Juan puso velas por todo el recinto acuático. Laura las apagó enfadada cuando él propuso que viviesen juntos: Nada de eso, ya lo hablamos. No creo en las relaciones de dos bajo el mismo techo. Lo sabes todo, ¡no arruines este momento por favor! No quiero vivir con quien me acuesto. No serías más feliz conmigo en casa... Créeme. Laura se sintió mal. No le gustaba discutir, dio un beso a Juan y encendió algunas velas.

Juan lo recordó con melancolía. A él sí le gustaba discutir con ella, aunque ella no lo supiese. Disfrutaba provocándole, Laura le parecía tan bella cuando se enojaba... Por lo general era una mujer feliz, positiva, con ganas de todo. Era difícil verle de mal humor. Por ello Juan tocaba la tecla de la crispación con maestría. Aprendió a hacerlo para saciar su hambre de mala hostia. Él no sabía mostrarla, no, demasiados años practicando la contención.

Laura llegó al portal. Sintió algo que no era tan sólo hambre. No quiso ponerle nombre. Portero automático, escaleras a un sexto piso y el timbre de la puerta. Laura se alborotó el cabello, suspiró y presionó el botón. Juan abrió la puerta vestido con una camisa azul.

—¿Qué tal? —pronunciaron simultáneamente.

Estaban nerviosos. Era tan evidente que Laura llegó a la cocina mientras Juan aún sujetaba la manilla de la puerta. En aquel momento ambos pensaron en las posibles incomodidades y consecuencias del encuentro. Laura cogió un canapé. Juan le ofreció una bebida.

—Sí, un Martini rojo... ¿tienes aceitunas?

—Claro, sabía que me lo pedirías así. También naranjas. Voy a prepararlos.

—¡Qué bueno está! Gracias, tenía hambre.

—Es normal, después de nadar imaginaba que fuese así.

Laura comió cuatro canapés mientras Juan preparaba los tragos que iban a anestesiarles.

—Toma, espero que sea de tu gusto.

Juan se sentó frente a ella. Nunca se sentaban así, siempre se ponían uno al lado del otro. No les gustaba conversar y parecer que estuviesen sometidos a un interrogatorio. Laura le miró fijamente para pedirle que se acomodase a su lado. Juan no quería hacerlo, pero aceptó para aliviar la tensión del momento. Estaban tan rígidos que no sabían qué hacer con sus manos. Bebieron con rapidez, jugando al escondite.

—¿Te preparo otro? —Juan agitó los dos hielos del vaso.

—Por supuesto, gracias.

Laura comenzó a sentir ese calor tan específico que el Martini le provocaba. Se sintió más relajada. Observó las baldosas negras del suelo y recordó cuánto le gustaban. Nunca había conocido otro piso que tuviese tantas de ese color. Una tarde que estaba aburrida, las contó. Intentó recordar el número exacto. Lo había olvidado, no tenía ni la más remota idea, fue incapaz de llegar a una aproximación. Alejó su mente de los números y fijó su vista en el armario que estaba frente a ella. Pensó en los muebles de la cocina. Eran grises, a juego con el acero de los electrodomésticos. Una combinación típicamente masculina para los hogares: negro, gris y blanco. Juan se sentó de nuevo a su lado. Bebieron en silencio. En cuanto terminaron los tragos se dieron cuenta de que la cuerda tensa se había aflojado. Laura fue al baño. Juan miró el culo de la nadadora —Esta mujer me vuelve loco, no sé qué hacer con ella en casa. Me gustaría decirle que quiero follarla.

—¡Has utilizado el gel! Lo he visto en la ducha.

—Sí, hoy mismo lo he estrenado. Huele muy bien —pasó el antebrazo por su nariz, como si de un muestrario de perfumes se tratara.

—¡Qué bien huele! Sí, ¡todavía queda algo! —Laura disimuló utilizando un gran entusiasmo—. En realidad hubiese querido morderle el brazo.

Sonó el teléfono que estaba dentro de la mochila. Laura se apresuró a cogerlo. Puso sobre la mesa un neceser, la toalla y unas llaves para acceder al aparato. Perdió la conexión. Se dirigió a Juan con un gesto de espera antes de ir al pasillo para devolver la llamada. Él se quedó mirando el caos que ella había dejado sobre la mesa. Juan se sobresaltó. Laura conversaba en bajo para que él no la escuchara y él se puso nervioso de nuevo. El llavero de Laura le desconcertó, un *Loewe* de cuero burdeos. —¡Joder! ¿De dónde lo ha sacado Laura? Idéntico al que le regaló a Celia. —¡Joder! ¿Qué cojones es esto? —pensó mientras miles de imágenes sin destino se entremezclaban en su mente.

Laura entró en la cocina, y se disculpó por ausentarse. Juan le miró como si fuese una ex convicta que acabara de aparecer en la estancia.

—¿Qué te pasa? Lo siento... te lo acabo de decir.

—No me pasa nada. ¿Y a ti?

—Tampoco. Al principio... sí, claro, estaba algo nerviosa, pero ahora siento la calidez del Martini. No me gusta cómo me miras.

—Laura, no lo hago de ningún modo.

—No tenía que haber aceptado tu invitación... Pero ¡hey! ya lo he hecho... Será mejor que me vaya.

Juan se sintió doblemente confundido. No quería que se quedase y tampoco que se marchara. Laura recogió la mesa, estaba enfadada. Guardó sus cosas en la mochila y dio un beso fugaz a Juan en el cuello de la camisa. La puerta del piso se abrió y se cerró. Juan se quedó con cara de bobo.

Laura tomó todo el aire que pudo cuando llegó al parque. Se sentó para ver a los niños jugar. Intentó comprender lo ocurrido. No encontró explicación alguna. Los críos jugaban entretenidos, todo aquello le relajaba. Los gritos ajenos disiparon su enfado. Conocía bien a Juan, un tipo reservado con dificultad para expresar sus emociones. Él quiso compartir su vida con ella. Laura también, pero de un modo distinto al que Juan anhelaba. Sin duda se querían, aunque fuesen a menudo como extraños. La belleza de su relación residía en lo inquietante.

Laura sacó una libreta, un bolígrafo negro y se puso a escribir. Había retomado su pasión por la escritura desde hacía más de un año. Para ser más exactos desde que dejó de acostarse con Juan. Sucedió de un modo natural, pensó, hasta que un día lo colocó en un segmento y vio cómo el punto de un fin coincidía con el de un comienzo. Haber cambiado su intimidad con Juan por la creación de relatos cortos aún le resultaba gratificante.

Cuando ejerció de peluquera pasó largas temporadas casi exclusivamente entre teclas y utensilios capilares. Durante años se centró en la producción de poemas. Algunos fueron buenos, algunos malos. Perdió gran parte de ellos en varias mudanzas. Laura nunca se aferró a los poemas extraviados porque sabía que todo lo que escribiese después, sería mejor: —Si colocásemos en un segmento el punto de la pérdida coincidiría con el de la ganancia.

Laura tenía una capacidad que pocos tienen. Sabía cómo equilibrar las balanzas, siempre y cuando dependiesen de ella. Intentó durante tiempo lograrlo con Juan. No pudo conseguirlo. Eran claramente dos y tan sólo una equilibradora de balanzas.

Juan se tumbó en la cama. Encendió el móvil. Buscó a Laura en él. Quiso llamarla pero no pudo. La desconfianza iluminó la pantalla de su teléfono. Miró al techo y sopló su flequillo.

El aparato sonó varias veces. Eran llamadas perdidas de números desconocidos. Recordó el anuncio y también que buscaba una inquilina. En aquel momento no tenía ganas de hablar con posibles candidatas. Pensó en Celia y pensó en Laura. La ausencia de la nadadora llenó su casa. La ausencia de Celia le aliviaba.

Utilizó un segmento, las colocó a ambas. Estaban en el mismo punto. No entendió qué le pasaba: —Esto son cosas de Laura, su particular modo de visualizar el mundo ahora parece estar integrado en mí.

Le encantó ser como la nadadora y pensar como lo haría ella.

Se quedó en la cama un buen rato sintiendo como supuestamente ella era capaz de sentir. Se alegró, por algún motivo que no fue capaz de razonar. Lo llamó “sentirse Laura por primera vez”.

Durmió. Despertó cuando su estómago le dio un toque de atención.

Abrió un ojo travestido, tenía hambre, se incorporó con rapidez.

Era bastante tarde para comer pero decidió probar suerte en *Patatame You&Ours*. El camarero se alegró de verle. Estaban casi al completo de sobremesas, quedaban veinte minutos escasos para que cerraran la cocina.

Juan miró la carta en inglés. Le llamó la atención un nuevo plato: Trust. Se dirigió al camarero, preguntó su nombre.

—Antonio, señor. Pensé que se lo había dicho.

—No, jamás. ¡Tampoco se lo había preguntado! Puede dejar de tratarme de usted.

—Gracias... pero no, todavía no.

Sonrieron. Tenían una banda sonora bulliciosa. Había unas cuantas familias que conocía del barrio. Hablaron un poco más alto.

—¿Qué ingredientes tiene este plato?

—Sí, el plato Confianza. Ummm... Me temo que no puedo decírselo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Mire usted bien el nombre y lo comprenderá.

Juan volvió a leerlo. Una vez en inglés y otra en castellano. Se quedó pensativo. Elevó la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¡Ya lo tengo! ¡Es muy bueno Antonio!

—¿Ahora comprende usted por qué los ingredientes no aparecen detallados?

—Sí, por supuesto. ¡Es el plato Confianza!

—Entonces... ¿le pido un Trust?

—¡Sin dudar! ¡Caballero!

Juan disfrutó de la comida. Sació su hambre y la ansiedad. Se entretuvo mirando cómo las familias se retiraban de las mesas.

Antonio era un buen camarero. Ejercía su trabajo con dedicación y clase. Era un maestro del servicio. Juan sabía que pronto necesitaría ayuda. El negocio funcionaba y con una sola mano, por muy buena que fuese, no iba a dar abasto.

Se quedó a solas en el restaurante con Antonio y los habitantes de la cocina. Juan los denominaba así, porque hasta el momento no había entablado relación con ellos. Eran dos. Uno calvo, muy calvo, y el otro alto, muy alto. Ambos rondaban la cincuentena. Antonio le invitó a tomar el postre tranquilamente, como si estuviese en su casa, mientras recogían el local. Juan aceptó de buen grado. Le dijo que hiciese todo lo que necesitara, que comprendía lo tarde que era. Mientras degustaba el postre, pensó en el cuarto de las taquillas. Aquel espacio llamaba poderosamente su atención. Sintió

cómo el chocolate estallaba en su paladar inundando sus entrañas. Deseó esconderse en el cuarto y bajar la tapa del retrete...

Antonio se acercó a él, reconoció el gesto de placer en la cara de Juan y dijo —: Está muy bueno el chocolate. Es de Ecuador. Puro y de comercio justo.

—Mmmm. Maravilloso...

—Me gustaría preguntarle algo, si no le importa.

—Dime Antonio suéltalo todo.

—¿Qué le pareció el color del cuarto donde nos cambiamos?

—¡Ah! Bueno... no me gustó mucho, la verdad. El verde botella de las paredes lo hace parecer más pequeño.

—Un tanto hostil, pienso yo. Ese verde me angustia.

—Sí, Antonio, veo por qué lo dices.

—Me gustaría que fuese de otro color, tal vez malva.

—¿Malva? —Dijo Juan sorprendido.

—Sí, da paz. Hace que el salir y el entrar a trabajar se digiera de otro modo.

—Jejejeje. Sí, como este chocolate. ¡Dios! Adoro Ecuador.

—¿Ha estado allí alguna vez?

—No, pero a partir de ahora será uno de mis países favoritos.

Los dos se carcajearon.

Antonio continuó con sus labores. Juan degustó el último trozo de pastel templado en su boca. Miró hacia el cuarto de las taquillas. Se le ocurrió una idea para poder pasar algo de tiempo en el espacio sin levantar sospechas.

—¡Antonio!

—Sí, dígame.

—Mira, yo tengo mucho tiempo libre. He pensado que podría pintarlo de malva.

—¿Usted?

—Sí, me apetece. Me gusta este restaurante. Como bien, me tratas bien y además vivo aquí al lado.

—¿De veras?

—¡Claro! Dicen que soy un manitas. Disfrutaré ocupando mi tiempo y vosotros lo vais a agradecer.

—¿Y por cuánto lo haría?

—Puedes pagarme en especias latinoamericanas —Juan guiñó un ojo.

—Vale... Lo único que tendría que ser sobre las 5 o a primera hora de la mañana. Ya sabe, para que no huela mucho a pintura antes de servir las comidas o las cenas.

—¡Perfecto! Compra pintura blanca y malva. ¡Primero aniquilaré el verde y después lo pintaré de paz!

—Ok. Pase mañana por la mañana para concretar los detalles. ¡Muchas gracias, Juan!

—Jejeje. ¿Sabes mi nombre?

—Sí, me lo dijo Lázaro el día que se escondió.

Juan pagó la cuenta y dejó una propina. Se marchó contento. Sabía que haría feliz a Antonio y al mismo tiempo a sí mismo.

Celia abrió la ventana de la cocina. Encendió un pitillo. Lo fumó ofuscada porque tuvo que contenerse para no estampar el móvil contra la nevera. Había recibido una llamada que cambió radicalmente sus planes del sábado. Estaba sola en casa. Sus hijos con su padre en un centro comercial. Tragó todo el humo que pudo para seguir tragando más. Encendió otro cigarro. La boca le apestaba, no a nicotina, sino a improperios que no verbalizaba. La chica que cuidaba de los niños algunos fines de semana acababa de comunicarle que no volvería a trabajar para la familia. Necesitaba cambiar de vida y mudarse de piso cuanto antes. Tenía problemas personales que quería solventar. Se disculpó acelerada y colgó el teléfono. —Sin más explicación —pensó Celia. —¡Menuda putada! ¡Con lo que cuesta encontrar a alguien de confianza! Era una chica un poco rara la verdad pero hacía bien su trabajo y los críos mejoraban su inglés.

Cerró la ventana, estaba quedándose helada. Su mandíbula ya estaba casi rígida. Se preparó un café con leche caliente. Tenía una de esas máquinas con cápsulas. Eligió la roja: sabor intenso con un aroma joven. Necesitaba entrar en calor antes de llamar a su marido para contarle lo sucedido.

¡Y el restaurante! Joder... Con las ganas que tenía de cenar allí. También tenía que cancelar una cita en un lugar que le encantaba. Celia sujetó la taza caliente con las dos manos. Es algo que sólo se suele ver en los anuncios. Puede que también sea común en Islandia o similares partes del mundo. Bebió el café como si de una pócima sanadora se tratara.

Llamó a su marido, puso voz de circunstancia, le pidió que llevase a los niños al cine. Celia necesitaba estar más tiempo a solas. Le bastaba imaginar ruidos en la casa para que se le revolviere el estómago.

—¡Menuda putada! —gritó al abrir el lavavajillas para colocar la taza.

Se sentó en la sala. No se resignaba a una vida sin disfrutar de algún fin de semana sin críos. Celia adoraba a sus hijos, aunque ser madre no fuese en la vida uno de sus platos favoritos. Para ella ser madre era vital pero desde luego no era lo único vital de su vida. Necesitaba estar con ellos tanto como no estarlo.

Puso música, Aida de Verdi. Pulverizó los cojines con un perfume floral para textiles, se despojó de las zapatillas y tumbó su cuerpo en el sofá. El objetivo era calmarse para encontrar una solución. Le gustaba ser eficaz, creía que de ese modo todo funcionaría. A veces se equivocaba. La eficacia puede ser simplemente un mero trámite.

Celia se relajó. Recordó la brisa que sintió en el rostro cuando compró el libro de fábulas a Zoe. Recreó la sensación de las mejillas frescas en su sala de estar. Cuando menos lo esperaba se halló ante la posible solución a su problema. La perra. Ella entregó las llaves. Fue honesta y le trató con educación. Seguramente teniendo un trabajo de ese tipo necesitaría dinero extra. Ella podía dárselo, se jactaba de pagar muy bien: —Ya casi no quedan personas así, de esas que se encuentran algo de valor y se molestan en devolverlo —pensó, mientras movía los tobillos con cierta gracia al ritmo de la música.

Tenía en el bolso el folleto que la perra le entregó. Se levantó y fue a buscarlo. La tienda para la que trabajaba estaba muy cerca de su oficina.— El lunes sin falta me paso por allí. Ingeniaré alguna excusa para hablar con ella.

Juan pasó la tarde en casa.

Leyó el periódico exhaustivamente tumbado en la cama. Estaba tranquilo. Tenía ganas de comenzar a pintar el cuarto de las taquillas. Se sintió con fuerza para devolver las llamadas a los números desconocidos.

Tenía siete llamadas, dos del mismo número. Decidió dejar el repetido para el final. No supo por qué pero le dio buena espina: —La intuición será la que decida —se dijo. Esta era la única norma autoimpuesta. La lógica, aparte de para una interesante y bien remunerada vida laboral, de poco más le había servido. Al menos, era lo que él pensaba.

—¿Sí?

—Buenas tardes, tengo una llamada perdida suya.

—Ummmm... no sé, dame alguna pista.

—Hombre, yo no puedo dársela. Espero que usted me la dé a mí.

—Ummmm, vale. No sé... ¿Qué vende?

—¿Yo? Nada. ¿Acaso usted vende algo?

—Sí, colchones y somieres.

—Vaya, ¿y para qué me ha llamado?

—Ya sabes, últimamente vender... bien poco... con la que está cayendo...

—Bueno, señor, creo que se ha equivocado de número.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo presiento.

Juan colgó. No dejó que el desánimo le afectara en la primera llamada. Marcó otro número acabado en treinta y ocho.

—¿Dígame?

—Hola Buenas tardes, tengo una llamada perdida de su número.

—¡Ah! ¿Es referente a un alquiler?

—Sí, exactamente. Me llamo Juan.

—Encantado, soy Iván. ¿Tiene aún la habitación disponible?

—Si... bueno... casi. Estoy pendiente de algunas citas.

—¿Podríamos quedar para ver el piso?

—No, todavía no. ¿Le importa si le llamo en unos días?

—Bueno, es que me urge. Es usted un tanto misterioso. Soy un buen tío, limpio y currante.

—No me cabe la menor duda, Iván.

—Entonces, ¿podríamos quedar en los próximos dos días? Puedo adaptarme a su horario. Cuando le convenga.

—Bueno... Por la voz imagino que es joven.

—Sí señor. Treinta y recién cumplidos.

—Ya...voy a ser sincero contigo. Eres demasiado joven.

—¿Usted cree? Soy responsable.

—No lo dudo, pero es que yo estoy jubilado y...

—¡No me importa! La edad me da igual Juan. Soy un tío tranquilo. Nada de rollos raros.

—Ya... ya... pero busco a alguien como yo. De mi edad, vamos.

—Bueno, vaya...es una pena. ¡Podría haberlo especificado en el anuncio!

—Lo siento Iván. Es que me acabo de dar cuenta de ello.

—No lo sienta, a mí también me suele pasar. Me doy cuenta de las cosas cuando ya me he metido en el meollo de la cuestión.

—Gracias, ya siento las molestias.

—¡Tenga usted suerte! Aunque es una pena, era un piso majo y bastante céntrico.

—Hasta la próxima, Iván. Suerte a ti también.

Juan se sintió mal. El chaval parecía majo y tenía interés. Le dieron ganas de hospedarle en su casa hasta que encontrara un buen lugar para residir: — Se lo merece —pensó. El teléfono sonó, Juan reconoció los dígitos finales. Era el mismo número desde el que le habían llamado dos veces. Una tercera le pareció un buen signo.

Dijo un —Buenas tardes —con tono animado.

—Sí, buenas tardes.

Juan se emocionó al escuchar una voz femenina.

—Llamo por el tema del alquiler. Me llamo Ayala.

—Bonito nombre. Yo soy Juan y busco un inquilino.

—Voy a ser sincera contigo. Necesito mudarme cuanto antes. Tanto el precio como la ubicación me parecen razonables.

—Vale... ¿Quieres que concertemos una cita para que nos conozcamos y veas el piso?

—Sí. ¿Hoy mismo?

—De acuerdo. Te mando la dirección exacta. ¿Qué te parece a las ocho?

—Buena hora Juan. Ya siento estar tan acelerada. Puede que no te cause buena impresión por teléfono, pero me conocerás en persona. Soy legal.

—Tranquila, no te juzgo por ello. Ven y ya veremos.

—Nos vemos a las ocho. ¡Seré puntual!

—Sí, Ayala, aprecio la puntualidad.

—¡Toma mi palabra! ¡Hasta luego!

Juan pensó en el nombre de la chica: Ayala, parece el nombre de la protagonista de un libro.

Ayala cobraba el paro desde hacía tres meses. Su último trabajo con nómina había sido en un colegio privado impartiendo clases de inglés a alumnos de entre cuatro y nueve años. Estudió magisterio sin muchas ganas, aunque aprobó fácilmente realizando poco esfuerzo. Después de acabar la carrera se mudó a Londres. Perfeccionó el idioma y vivió lo mejor que pudo. Allí se enamoró de Paolo, un neozelandés de origen italiano. Viajaron juntos a Umbría. Pasaron un mes en una casona familiar del siglo XVII a pocos metros del Lago Trasimeno. En el jardín había una torre medieval que aún conservaba algunos grilletes en sus muros. Ayala la visitó casi a diario. El silencio de la piedra y los peldaños en espiral le pusieron en la piel de los prisioneros. Ayala guardó en su memoria el olor del tirante vacío que emanaba del interior de la torre.

Regresaron a Londres discutiendo. Se dedicaron a ello con intensidad durante un mes. Decidieron darse un tiempo. Finalmente acabaron cada uno por su lado.

Después comenzó un nuevo trayecto. Lanzó una brújula británica al aire. El azar y las ganas le llevaron a Newcastle. Impartió clases de castellano. Conoció a Paul Kinnear que era escocés. Se enamoró de él. Viajaron juntos a Escocia, donde Ayala probó por primera vez las barritas Mars rebozadas. Comprendió que entre lo sabroso y lo asqueroso había un límite muy fino.

Justo antes de regresar a Newcastle degustó otra, en esta ocasión sin prejuicio alguno.

Ayala no sólo tuvo novios, también hizo muy buenos amigos. Era inteligente, honesta, muy divertida. Su sinceridad le ayudó a entablar relaciones verdaderas que supo conservar. Las relaciones de pareja eran un experimento para ella. Sabía que era joven, que necesitaba aprender. Ella amó de verdad y ellos se sintieron amados. Ayala no quería formar una familia, ni

comprarse un piso, ni amueblar una casa. Ayala no necesitaba adquirir objetos para ser feliz: —Bueno, algunos sí —pensaba—. Que no me falte un teclado Yamaha ni un ordenador.

Juan puso la radio muy alta. Pasó la aspiradora, limpió el polvo y aireó toda la casa. Estaba todo bastante limpio y ordenado. Juan era así, pulcro y organizado, aunque no disfrutara con las tareas de hogar.

Eligió un dormitorio para la inquilina. No se había planteado cuál de ellos sería, hasta ese preciso momento. Escogió el más grande después del suyo. Tenía unos veinte metros cuadrados, luminoso, una cama de uno veinte, armarios empotrados grises. Situado entre la cocina y otro cuarto para invitados.

Colocó unas tazas sobre la mesa de la cocina. Sacó un bizcocho de manzana y canela, también unas servilletas de papel con ilustraciones japonesas. La mesa quedó bonita, sólo le faltaba colgar un cartel de bienvenida. Hubiese sido un exceso que la chica probablemente no comprendería y hasta podría asustarle.

Juan se rió de su naturaleza servicial.

Sí, Juan era un complaciente reconocido. Le gustaba agradar, especialmente a las mujeres. Buscaba sentirse necesitado, pero en el fondo lo que quería era sentirse amado. Querido por una mujer, según su propia versión de cómo le gustaría ser amado.

Cada uno de nosotros tenemos diferentes barómetros que nos indican el grado de amor que otros sienten por nosotros. Al principio tenemos los heredados. Después con el paso del tiempo vamos creando los medidores personalizados, dependiendo de nuestras experiencias y también de nuestras ganas por individualizarlos. Juan paralizó la evolución de su barómetro hacía doce años. Ocurrió cuando conoció a Celia en una agencia muy discreta de contactos.

Juan no tenía pareja. Celia ya estaba casada. No se lo dijo hasta pasados unos meses. Todo lo que pareció ser tan misterioso en aquella mujer se desveló como una gran mentira. Cuando Juan descubrió la verdad, o al menos parte de ella, paró su medidor de amor personalizado. En ocasiones casi una vida entera puede estar condicionada por un acontecimiento que apenas dura unos minutos.

Hacía frío en la casa. Juan cerró las ventanas y puso la calefacción. Cogió una novela de Julian Barnes del cuarto de los libros. Se sentó en la sala para evitar contar, como si de ovejas se tratasen, cada uno de los minutos restantes para que diesen las ocho.

Ayala ya había comunicado a sus compañeros de piso que se mudaba. Estaba alterada. Tenía ganas de estar en un piso con menos personas y menos ajetreo. Estaba cansada de soportar los diferentes horarios de tres personas con las que no tenía nada en común. Ayala no soportaba el victimismo y aún menos a tres víctimas conviviendo bajo un mismo techo.

Estaba muy agobiada: —Todo es transitorio —repetía—, todo es transitorio.

El conductor del autobús indicó a Ayala que debía bajarse en la siguiente parada. Las puertas se abrieron frente al parque. Cruzó la carretera. Pisó una calle que daba a una plaza. —Número 23... número veintitrés... allí está. Llamaré y subiré al sexto—.

Juan le abrió la puerta del portal. Se había puesto una camisa rosa pálido para recibirle. Pantalones vaqueros y unos náuticos color camel.

Abrió la puerta, cruzaron saludos y se dieron la mano. —Era una cuestión de negocios, indudablemente, —pensó Juan con picardía.

—Pasa, pasa.

—No, tú primero.

—De acuerdo, sígueme, vamos a la cocina.

Ayala masticaba chicle con la fuerza de los dioses.

—Siéntate, he preparado café. Si prefieres puedo hacerte una infusión.

—Muchas gracias. Tomaré café... a ver si me paso de rosca. Más nerviosa de lo que estoy ya no puedo estar.

—Bueno mujer, relájate. Estás en tu casa.

Aquel “estás en tu casa” chirrió a Ayala en un oído. Reaccionó rápidamente, sabía que estaba irascible. Cambió de registro.

—Gracias de nuevo. ¡No hombre, no estoy nerviosa por haber venido al piso o a conocerte!

—¡Ah!... Me alegro, muchacha. Ya me has dicho por teléfono que estás acelerada.

—Sí, mucho. Habitualmente soy activa, pero no una masa agobiada, tal como me siento actualmente.

—Todo pasará... ¿Quieres azúcar?

—No, no.

—Como yo. No me gustan las bebidas azucaradas. ¿Bizcocho?

—Ummmm, vale. Lo probaré. Por cierto, bonitas servilletas.

—Gracias, son japonesas.

—Ya lo veo ya, por eso son bonitas —dijo la chica sonriendo.

Los dos rieron. Ayala tenía muchas ganas de ver el piso. Pensó que tenía buen aspecto, se preguntó cómo sería su dormitorio.

Juan escuchó a su intuición. La notó a la altura de la boca del estómago hablándole con claridad.—Es ella. Haz todo lo posible para que se quede.

—¡Qué bueno el bizcocho! La canela... sabe mucho a canela.

—Es casero, y se nota. Los hace una vecina.

La presunta nueva inquilina, impaciente, soltó—Bueno Juan, vamos al grano. ¿Qué buscas?

Juan se quedó perplejo. Por un momento sintió que Ayala le había descubierto.

—Bueno, me refiero al perfil del inquilino. Ha sonado extraño ¿verdad?

—Sí, un poco. Busco a alguien que pague, que sea limpio y ordenado, responsable principalmente.

—Ahá. Yo cumpla los requisitos Juan.

—¿Trabajas?

—Sí. Soy profesora de inglés. Ahora doy clases por mi cuenta. A veces cuido niños.

—Como ves, yo ya soy un hombre de cierta edad. No me apetece tener conflictos ni historias raras en casa. Necesito tranquilidad.

Juan fingió, supo cómo hacerlo. No quería levantar sospechas. ¿Tranquilidad? Casi le entró la risa. Masticando el bizcocho pudo disimular.

—Anda, vamos a ver la casa.

—Sí, ya tengo ganas. Estoy intrigada.

Hicieron un *tour* por el pasillo y sus adyacentes. Juan reservó el dormitorio de Ayala para el final.

—Es muy soleada... armarios empotrados. El colchón a estrenar. Pasa.

—¡Menudo piso! ¡Y menudo cuarto! —pensó Ayala. Tuvo que contener su ilusión antes de articular palabra.

—Sí, la verdad es que está bien. El cuarto es amplio, el piso en general. Funcional, con pocos ornamentos. Me gusta.

—Entonces vayamos a la cocina y hablemos de la cuota —dijo el jubilado sin más dilación.

Ayala deseó que el precio fuese el que aparecía en la página web. Podía tratarse de un error, teniendo en cuenta lo confortable y amplio que era el piso. Dibujó un trescientos con la mente. Bien grande, proyectándolo con firmeza.

Se sentaron a la mesa de la cocina.

—¿Te gusta la casa, Ayala?

—Sí, está muy bien.

—La cuota es de 300 euros gastos incluidos.

Ayala casi saltó de la silla. Supo comportarse con discreción: —Me parece un precio razonable —dijo.

—¿Fumas? —preguntó el jubilado.

—Sí, un poco.

—Cuando vengas puedes hacerlo en la terraza.

—¿Eso significa que me aceptas como inquilina? —preguntó la supuesta que no pudo contener la ilusión entre interrogantes.

—Sí, claro. Siempre es un riesgo tener a alguien en casa, pero no me queda otra más que afrontarlo.

—¡Genial! ¡No te arrepentirás!

—Te haré un contrato de tres meses. A partir de ahí ya hablaremos.

—Es lógico. Ya veremos, eso es. ¿Cuándo puedo mudarme?

—Cuando quieras. El cuarto está disponible.

—¿Mañana mismo?

—De acuerdo. Una cosa... se me olvidaba el depósito, 300 euros, también mañana.

—¡Ah! Contaba con ello, siempre es así. Con el acelere se me había olvidado mencionarlo.

—Y a mí. Otra cosa... ¿Te gusta el ajo?

—No, no cocino con ajo. Sólo lo como fuera de casa. ¿Y a ti?

—Lo detesto.

Ambos estaban satisfechos con el pacto. Volvieron a darse la mano, esta vez para formalizar y cerrar el trato. Ayala se marchó más contenta de lo que había llegado. Juan se sintió menos solo sabiendo que Ayala se mudaría en pocas horas.

Laura vivía sola. Tenía un apartamento que heredó de su madre. Era el hogar de los inciensos, su colorida cabaña. Pasaba largas horas delante del ordenador, leyendo y escribiendo. Cuando se sentía insegura o se bloqueaba con algún texto, encendía el horno e improvisaba postres con los ingredientes que tuviese a mano en ese momento. Prepararlos le relajaba, comerlos le llenaba de placer. Un deleite conflictivo que después se convertía en una serie de calorías. En la piscina redimía sus pecados.

Era domingo, pero no uno cualquiera. Un día pesado, con poca inspiración, con pocas ganas de nada. Se obligó a hacerse una pedicura. Pintó las uñas de sus pies, luego las de sus manos. Se puso nerviosa mientras esperaba a que secaran. No solía llevarlas esmaltadas porque cada vez que lo hacía se le ocurrían una gran variedad de cosas que hacer con las manos. La desgana que sentía empezó a desvanecerse: —Es infalible —pensó, debería aparecer en los manuales de autoayuda para mujeres. Las sopló. No secaban. Tenía unas uñas que tardaban demasiado en hacerlo. Se puso nerviosa. Sopló con más fuerza. 60 seconds, leyó en el envase: —Y yo lo creí... y yo lo creí.

Se puso a llorar. Lloró con ganas. No entendía el porqué. Dejó de cuestionárselo. Se tapó la cara con unas manos dignas de una célebre pianista. Encogió el cuerpo. Abrió el pecho, meció la cabeza. Se llenó de tristeza mientras el esmalte secaba. Ya casi estaban, dedos listos para su uso, cuando cedió al antojo de las lágrimas. Al fin y al cabo eran parte de ella, su líquido dulce y cálido atravesándole.

La angustia remitió progresivamente. Se sintió liviana, levantó su cuerpo del butacón y se miró en el espejo. Tenía los ojos hinchados, los labios templados, las uñas bien pintadas. Pensó en Juan, para ser más precisos, digamos que pensó en la rabia que le provocaba no entender sus cambios de humor. Sintió impotencia y frustración porque él no hablaba casi nunca sobre

cómo se sentía. Era muy difícil para Laura comunicarse con Juan con naturalidad. Él conseguía encapsular la fluidez para después convertirla en un quiste. Hacía mucho que se conocían, el tiempo suficiente como para haber vislumbrado algún atisbo de evolución emocional en él. Laura creía firmemente en la capacidad evolutiva de los seres. Es lo natural, pensaba, hay algo tan rígido y obscuro en lo contrario... que se conviertan en paráliticos emocionales. Ver a alguien en una silla de ruedas le dolía, pero ver que alguien fuese un parálitico emocional, acababa reduciendo su compasión al tamaño de una mota de polvo.

Laura tenía esa paz tan propia del post—llanto. Se sentó frente al ordenador. Comenzó a escribir un relato.

Lo acabó después de hora y media. Satisfecha, recordó lo que había escuchado en la radio sobre un concurso de relatos cortos que organizaba la emisora.

—¡Este lo presento! Se titula “El quiste” — comentó a una amiga por teléfono—. Se vistió y salió de casa para ir con ella al cine.

El Quiste

Me noté un bulto en la parte trasera del cráneo. Allí donde creo que acaba el cuello. Unos amigos me recomendaron que visitase a un médico. Puede que tengas meningitis, me dijeron. Ahá, les respondí. Me sorprendió que una protuberancia fuese un tan claro indicador de dicha enfermedad. También me hicieron mover el cuello. Comprobando que no había rigidez, se quedaron más tranquilos. Pero vete, dile al médico lo que te ocurre, no te cuesta nada.

El ritual del por si acaso... y yo que sólo tenía un bulto. Nada más.

Visité el ambulatorio, ya un tanto preocupada. Tengo asignada una doctora por las tardes, pero ante la presumible urgencia del caso me atendieron durante la mañana.

Me han dicho que mi sintomatología se asemeja a la meningitis, le comenté al recepcionista. No tengo ni idea de medicina señorita, ¿cree usted que es urgente? En realidad, yo me sentía bien, pero bueno, continué con el protocolo. Sí, creo que lo es.

Me senté en la sala. Comencé a sentirme extraña, un poco débil, un poco preocupada y un tanto ridícula. Los rituales del por si acaso son así, pensé.

Una rumana que suele pedir dinero en la calle, experta en el sollozo y la lengua viperina, se paseó por la sala aparentemente tranquila, no tenía la boca torcida ni los ojos llorosos. Lentamente cruzó la estancia. La miré fijamente y después de pasar por delante de mis piernas la miré la espalda. Su caminar lento y observador la delató. Robar en los ambulatorios es una inteligente opción en un día lluvioso como hoy. Yo también lo haría aquí, cuando la gente está cabizbaja, abandonada a sus pensamientos y con los

bolsos desatendidos. Esta rumana es una maestra de la ortopedia, sonreí con los labios apretados. La maestra del quita y pon.

—¿Lucía Antón?

—Sí, para servirle —hubiese dicho al señor de la bata blanca desabotonada.

—Después de ella.

Asentí con la cabeza.

En aquel instante recordé porqué estaba allí. Comenzó a dolerme el cuello. Tal vez mis amigos estaban en lo cierto y esta visita inesperada a un centro de salud pudiese salvar mi vida.

La mujer que me precedía tardaba en salir. Era joven, vestida casual, pelo oscuro recogido en una coleta. Imaginé que era la amante del doctor. Sería un buen modo de cometer una infidelidad médica. Ella podría estar en bragas y sujetador dentro de la consulta, de rodillas, complaciendo al genital de un hombre maduro y casado.

Efectivamente tardaba demasiado. Me pregunté si alguno de los que atienden el teléfono se habrían percatado de la asiduidad con que la joven mujer visitaba la consulta de su médico.

Miré a la derecha, un hombre de unos setenta sujetaba un papel en su mano. Miré la mía, yo hacía exactamente lo mismo. Comprobé lo común que es esta práctica en un centro de salud. Casi todos sujetamos papeles aguardando una resolución.

Se abrió la puerta. Me recompuse. Volvió mi bulto y llegó mi momento.

Me senté, comenté el motivo de mi visita. Me palpó. No tiene meningitis. Es un quiste señorita. Mide unos cuatro milímetros. Si se infecta o crece vuelva a la consulta.

Gracias. Así lo haré.

Salí de allí respirando holgadamente, pensando en tomar el aire, beber el frío y preguntándome cómo podría saber si un quiste se infecta.

—Puede que explote —pensé—. Entonces me enteraré.

Ayala comenzó a empaquetar sus cosas. No tenía muchas, al menos eso pensaba. Quería dejarlo casi todo preparado durante la noche. Su amigo Adam se había ofrecido para ayudarlo con el traslado: —Es un amor —pensó mientras descolgaba la ropa del armario.

Adam tenía una furgoneta con un colchón en la parte trasera. Les gustaba dormir en ella cuando salían por la noche o después de dar algún concierto. Hasta el momento solo habían tocado dos veces en público, pero a Ayala le gustaba imaginar que eran más. Lo hacía para superar su miedo escénico. La idea de cantar y tocar en directo le excitaba sobremanera, tanto que incrementaba su timidez. Ayala era tímida, sí, aunque casi nadie lo creyera. Ni sus mejores amigos se habían percatado de ello. En situaciones cotidianas sabía disimularlo muy bien, pero encima del escenario aún no tenía experiencia.

Llenó y cerró la primera caja en un tiempo récord. Decidió sentarse en la cama para mirar el cuarto con tranquilidad y así poder visualizar cuántas cosas tenía que empaquetar. Miró a su alrededor, como si estuviese haciendo pequeñas ecuaciones. No le sirvió de nada. Se dio cuenta de que estaba agotada. Recordó que tenía un porro en el bolso. Si se lo fumaba, sabía que podría tirar por dos lugares bien distintos. Uno sería el camino de la cama. El otro, llamémosle el camino de la acción. Decidió jugársela, consideró que no tenía nada que perder.

Con la tercera calada tomó conciencia del cambio que se había provocado en su vida en tan sólo un día. Le entró la risa. Después pensó en Juan, también le hizo gracia irse a vivir con un jubilado. Ayala valoraba a las personas mayores. Le parecían supervivientes, todos ellos, sin excepción. Pensaba que la juventud estaba sobrevalorada. Juan le había parecido un hombre agradable e inofensivo. En realidad habían hablado poco, pero lo

suficiente como para que se mudase a su piso mañana. De repente, sintió que había presionado a aquel hombre. —Estaba tan acelerada que casi no le he dejado opción —pensó—. He llegado a su casa de un modo casi invasivo... le llamaré para disculparme y darle las gracias.

—Hola Juan, buenas noches. Soy Ayala.

—Buenas noches.

—Tal vez sea un poco tarde para llamar.

—Bueno, sí lo es, pero no pasa nada.

—Jo, lo siento... ¿Estabas ya en la cama?

—No, mujer, estaba viendo una película.

—Vale, me alegro... La chica se quedó callada.

—Dime Ayala.

—Quiero agradecerte que me pueda mudar mañana. Sé que todo ha sido un poco precipitado... Pero no era mi intención ser invasiva...

—Jejeje. No lo eres Ayala. Es normal, me dijiste que necesitabas mudarte urgentemente. Y yo he aceptado. No has sido invasiva.

—¿No?

—No, créeme. Me has avisado. Tu misma me has dicho que estabas acelerada.

—Ummm, cierto... —dijo Ayala volviéndose a quedar en silencio.

—¿Te mudas entonces mañana?—preguntó Juan con decisión.

—¡Sí! Claro que sí. ¿Te viene bien sobre las seis? —exhaló la chica como si de repente hubiese despertado de un sueño profundo.

—Sí, no tengo nada especial que hacer.

—De acuerdo. A las seis o'clock. ¡Llevaré el dinero y mis enseres! Gracias.

Juan se rió de nuevo. Pensó en Lázaro. No le había comentado nada sobre la inquilina.

—A las six o'clock entonces. Hasta mañana, Ayala.

Juan durmió plácidamente aquella noche. Su vida también había cambiado bastante en un día.

Ayala durmió poco. El porro finalmente le llevó por el camino de la acción. Consiguió dejar casi todo preparado para transportarlo a su nuevo piso.

Juan se levantó con ilusión. Tomó un zumo como era habitual y reservó lo sólido para su encuentro con Antonio. Iba a probar por primera vez el desayuno de *Patatame You&Ours*. Hacía mucho frío, el sol brillaba. Sus ganas se incrementaron cuando sintió la luz en su rostro. Eran las 10:45 de la mañana de un domingo, no uno cualquiera, uno en el que la soledad ya no parecía un problema.

Entró en el local y saludó a Antonio. En la barra había cuatro personas, todas ellas solas, leyendo el periódico o algún suplemento de los que se incluyen los fines de semana. Ese plus editorial que no es en blanco y negro, impreso en papel que brilla, con algunos personajes interesantes, algunos reportajes un tanto cojos, con moda para mujeres que no saben de moda pero quieren saber qué es lo que se lleva, horóscopos, compatibilidades entre estrellas del cine, recetas fáciles que en realidad no lo son, trucos de aquí y de allá, Tokio si se tercia o tal vez este domingo nos hablen de Malawi. Nunca se sabe, pero hablen de lo que hablen nos siguen gustando. A un suplemento dominical se le perdona todo, como si no pagásemos por ellos. No son gratis, no, aunque inconscientemente aún creamos que lo son.

Juan sugirió a Antonio que escogiese un desayuno para él.

—¿Tostadas o tortilla? —dijo el camarero.

—Me decanto por la tortilla.

—¿Cómo la prefiere, con cebolla o sin cebolla, Juan?

—Con cebolla, caballero.

Juan se quedó extrañado de que sólo tuviesen dos variedades, tratándose de un local especializado en patatas. Le pareció una oferta escasa, lo sintió como una desidia para con el cliente. No pudo resistirse y preguntó a Antonio el porqué de tan limitada oferta en tortillas. Antonio sonrió, no dijo nada, le

sirvió el desayuno junto con el pan caliente, un café solo y un zumo de naranja. La tortilla tenía muy buen aspecto. Juan la probó, la degustó, y le otorgó un premio casi instantáneo. Antonio se acercó a él y preguntó si le gustaba.

—Gustar... no le haría justicia es... ¡sencillamente acojonante!

—Me alegro Juan. Por ello tenemos exclusivamente dos tipos, con o sin cebolla. Creemos que son lo suficientemente buenas como para no realizar variaciones con bechamel u otros ingredientes.

—Ya, ahora lo comprendo... no tienes que explicarme nada más.

—Gracias, señor.

—De nada caballero —Juan guiñó un ojo—. ¿Cuándo dejarás de tratarme de usted?

—Todo a su debido tiempo —Antonio esbozó una sonrisa con cara de mayordomo británico.

Juan aprovechó la conversación, mencionando su total predisposición para pintar el cuarto de las taquillas. Antonio se puso contento al comprobar que realmente estaba interesado. Hablaron sobre los materiales, las pinturas, el color. Se organizaron con fluidez para poner en marcha el propósito. Juan le preguntó si su jefe no había puesto ninguna pega. Antonio le sonrió y dijo: —El jefe, Juan, soy yo.

Juan se quedó sorprendido. No esperaba que Antonio fuese el propietario—un encargado sin duda—pensó mientras ambos estrechaban sus manos.

El segundo pacto importante en la vida reciente de Juan, acababa de quedar cerrado.

Se despertó con rapidez, a pesar de haber dormido poco la noche anterior. Ayala se puso en pie, observó el dormitorio, comprobó lo poco que quedaba de ella en él: —Una pieza más del puzle que ya forma parte del pasado — musitó estirando los brazos—. Tenía ganas de instalarse en el nuevo piso, realizar el traslado, dormir por primera vez en su nueva cama, levantarse con la luz entrando por sus amplias ventanas.

Se duchó y salió a la calle. Desayunó tranquilamente leyendo un suplemento dominical. En la portada había una mujer que le recordó a ella. Tenía unos sesenta años, hija de aristócratas, heredera de profesión desconocida; labios fucsias, cabello blanco retirado del rostro, pendientes largos de perlas blancas y turquesas.

—Algo así seré yo, una elegante caricatura de mi vida — pensó.

Una parte de Ayala siempre se había sentido aristócrata, no entendía por qué, aunque tampoco le interesaba. Naturalmente un pedazo de ella se reconocía en el privado universo linajudo. Cualquiera persona que le conociese se sorprendería al descubrir su afición por la nobleza. Ayala no creía en la monarquía, ni en los privilegios heredados, Ayala habría sido sin duda la oveja negra de una saga con títulos nobiliarios.

Adam le llamó, quedaron a las cinco para cargar la furgoneta. Ayala comentó que le hubiese encantado ir al río, pasear y saludar a los patos, observar la mañana fría caminando tapándose hasta los labios con una bufanda.

—Otra vez será —suspiró— y se dirigió al piso.

Dos de los inquilinos estaban en casa, se saludaron moviendo la cabeza de arriba abajo. Estaban en la sala, viendo la televisión. El volumen, como era habitual, estaba bastante alto. Ayala se despidió mentalmente de aquella

situación. No le gustaban los programas televisivos, pocas veces los veía. Las voces, los sonidos, los anuncios, todo aquello que algunos llamaban entretenimiento, ella lo interpretaba como hostilidad. Ayala podía entretenerse casi con cualquier cosa, el aburrimiento no habitaba en ella. Disfrutaba creando, se autodenominaba “*Transformer*” por su capacidad para reinventarse y recrear la realidad. En los colegios lo aplicaba en las técnicas didácticas con los alumnos. Los niños aprendían y se lo pasaban muy bien.

Ayala guardó un antiguo libro del “Oso Edward”. Recordó a Alex, mirándole con sus preciosos ojos mientras hablaban sobre “Winnie the Pooh” en inglés. Le daba pena pensar que tal vez no volviese a verle, ni tampoco a su hermana Zoe. Una tristeza inesperada le envolvió. Ayala miró el halo que le acordonaba. Lo pinchó con un dedo antes de que se quedase con ella el resto del día. Siguió empaquetando pequeñas cosas, cada una de ellas tenía su particular sabor aquella mañana.

Juan estaba inquieto, aguardaba con impaciencia la llegada de su nueva moradora. Llamó a Lázaro para contarle aquello que su intuición había escogido: Ayala. Lázaro se rió mucho, estaba entusiasmado con la consecución del plan. Le preguntó sobre ella. Juan le respondió que no sabía mucho.—Bueno, algo sé, es profesora de inglés y a veces cuida niños.

—Perfecto, ¡así te cuidará a ti!

Ambos rieron con ganas. Lázaro necesitaba saciar su curiosidad por el momento de algún modo.

—A ver, ¿y cómo es? ¿Qué apariencia tiene? ¿Será guapa no? O tu intuición no se fija en ello.

—¡Cómo eres, Lázaro! Sí, es guapa, o al menos lo es para mí. No creo que sea tu tipo.

—Vaya, qué pena...venga, suelta prenda que me tienes en ascuas.

—Ya la conocerás y opinarás por ti mismo. Te invitaré un día a comer y verás a Ayala.

—¡Joder! ya veo que no tienes ganas de contar nada. Mejor te dejo que sigas acondicionando el piso para su llegada.

—Sí, mejor, estoy un poco nervioso.

—Ya, ya te noto...hablamos mañana. Espero que prepares algún succulento chismorreó.

—Lo haré Lázaro, lo haré —le dijo riéndose pero con ganas de colgar el teléfono.

—Venga, cuelga que estás ausente, ahora mismo da por el culo hablar contigo —comentó jocosamente—. Tranquilo, todo saldrá bien, ¡mañana me cuentas!

Efectivamente, Juan colgó el teléfono con ganas. Se sentó en la sala, abrió un libro y se puso a leer. Al menos esa era su intención. No pudo hacerlo. Su mente proyectó una imagen de Ayala a unos dos metros de él. Se quedó mirándola, aprovechando que estaba despistada, era una bella imagen casi espectral frente a la novela que sujetaba con sus manos.

Ayala estaba allí, en pie, en el salón, mirando al infinito. Juan comenzó a deslizar sus ojos lentamente, a observar con detenimiento cada una de sus características, para después poder describir a Lázaro el enigma de su belleza.

Ayala tenía un largo flequillo que acariciaba sus pestañas. El pelo castaño, recogido en un moño desenfadado, muy alto, con aspecto oriental. Los ojos ámbar de la inquilina eran tan expresivos como sus labios. Una boca de esas que apetece morder o simplemente mirar y mirar mientras se mueve. Cuando reía rellenaba el aire con su presencia. Su cuerpo era delgado y femenino. Tenía curvas proporcionadas, pies largos y manos largas, estatura media, y unos hombros que se intuían tan bellos como su cuello. Su piel no era muy clara, pero tenía sobre la nariz unas cuantas pecas como sin dueño y sin un patrón definido. Aquel camino de puntos, sorprendió gratamente a Juan en cuanto le abrió la puerta de su casa. Supo inmediatamente que pasaría días intentando unirlos para desvelar una figura una respuesta o un trayecto por elegir.

Ella estaba vestida como el día anterior, líneas sencillas, camiseta negra de manga larga, botines de cuero, pantalones pitillo también negros. Llevaba unos pendientes muy grandes plateados, con piezas que al mover su cabeza chocaban entre sí componiendo agradables melodías de metal ligero. En las manos tenía tres anillos, dos en una mano, seguidos uno del otro. Eran dos serpientes antiguas de plata. En la otra, uno que parecía un trozo de cable enroscado con gracia y tal vez lo fuese. A Juan le agradó su práctico y

peculiar estilo. Su mirada limpia, vital y profunda, el modo en el que había aparecido en su vida, sin que ella supiese nada sobre él, sin que él tampoco supiera nada sobre ella.

Ayala se disipó en el aire y Juan se quedó más tranquilo, a pesar de que en su boca aún quedasen restos de impaciencia.

Se concentró en la lectura, pasó páginas y pasó minutos que fácilmente se convirtieron, sin apenas darse cuenta, en unas cuantas horas. Miró el móvil, no tenía llamadas, eran las cinco y media. Ayala estaba a punto de materializarse.

Celia era la directora comercial de una empresa sueca que fabricaba navegadores GPS para la implantación de prótesis. La empresa estaba en plena expansión, ya que las operaciones realizadas con el uso de dicha técnica son “Más precisas, alargan la vida útil del implante y reducen los errores en la colocación en un 23%”. Según explicaba ella.

No disfrutaba con su actividad laboral. Sus jefes la respetaban, era competente, competitiva y cumplía los objetivos. No tenía amigos en el trabajo ni pretendía tenerlos. Ella tenía dinero y quería más dinero. El poder le seducía también, tal vez más de lo que podía comprar con sus tarjetas. Para ella trabajar era un medio para tener más. Creía en el personaje que había diseñado, se creía sus zapatos, se creía todo lo que llevaba puesto. Ella también era un navegador GPS con su propio mapa y sus propias coordenadas.

Casi nadie en la oficina sabía nada sobre ella, se había encargado debidamente de ello, como de todo lo demás que formaba parte de su mundo de vectores. Mujer fría, fuerte y tenaz, comentaban en la oficina. Madre de dos hijos, Zoe y Alex. Casada con un hombre callado. Celia vestía bien, Celia vestía caro, Celia no tomaba café con sus compañeros, Celia era la mujer perfecta para una rentable empresa sueca.

—Lunes, el lunes de la perra —pensó—. Tenía las piernas cruzadas, frente a una pantalla repleta de dígitos. Sujetaba un mechero de metal en una mano.

—Revisado quedas —apagó el ordenador—. Eran las doce y treinta.

Llamó a la tienda de complementos para animales donde trabajaba la que esperaba que fuese cuidadora de sus hijos. Habló con la dueña. Le comentó que la chica que trabajaba para ella le había devuelto sus llaves y que estaba muy interesada en agradecerse personalmente. La señora le dio el número

de teléfono de Laura. La perra de peluche ya le había comentado algo sobre el suceso. Todo fue sencillo, no puso ninguna traba para acceder a la chica, no tuvo que recurrir al plan B.

Llamó a Laura. Le invitó a tomar un aperitivo. La perra le comentó que si aceptaba, aparecería vestida de animal. No le importó, incluso le hizo gracia. Le pareció una indumentaria apropiada para la nueva propuesta laboral. Imagino a Alex y a Zoe recibiendo a Laura; un gran peluche cuidador preparando una merienda o jugando con ellos al escondite. Sería difícil ocultarse con semejante disfraz. Celia sonrió, recogió unos documentos y salió al encuentro de la perra.

Laura se extrañó un poco. La señora ya le había agradecido el detalle. No esperaba volver a saber de ella. Tenía curiosidad por conversar con aquella mujer. En realidad, a Laura cualquier conversación le provocaba ganas de indagar. Le gustaba saber, no para divulgar la información que recibiese, sino para aprender, para comprender a los otros, para inspirarse y olvidar su vida, y quizás escribir basándose en los filtros vitales de diferentes ojos.

Celia estaba fumando un cigarro en la puerta del bar cuando llegó Laura. Se saludaron. Laura se quitó la cabeza del animal, y la colocó bajo el brazo. Celia se sorprendió al ver lo atractiva que era aquella mujer.

Se sentaron en una mesa. Celia fue al grano. Le dijo a Laura que necesitaba alguien que cuidase algunos fines de semana a sus hijos. Le expuso por qué había pensado en ella. Laura se sintió halagada, también perpleja ante la proposición. Jamás había trabajado con niños, salvo con algunos a los que cortó el pelo: —Nada más —pensó, mientras escuchaba a Celia hablarle con un tono firme y seductor—. También le habló de sus honorarios. Fue concreta y generosa.

Laura escuchó en silencio, no hizo preguntas. No quiso plantearse nada en ese preciso momento, lo meditaría en casa. Celia le enseñó una foto de sus hijos. Eligió una de las vacaciones, jugando en la arena. Sabía que captaría la atención de Laura. La imagen del cálido verano, los niños contentos jugando, la playa, el mar de fondo. Estaban en pleno invierno, presumió que esa foto le gustaría especialmente. Así fue, Laura se sintió inmediatamente cercana a los

críos. Después se imaginó nadando en el Mediterráneo. Se fue a una isla griega en cuestión de segundos. Tocó tierra de nuevo. Comió unas aceitunas.

Celia finalizó la exposición de su oferta. Laura se lo agradeció, y le dijo que pensaría en ello. Celia le recordó que ser perra no duraría mucho tiempo. —Lo sé —replicó Laura.

—Una última cosa, ¿hablas inglés? ¿Tienes hijos o estás casada?

—Inglés sólo un poco, y de lo otro nada —dijo Laura esbozando una leve sonrisa.

Se despidieron en la puerta del establecimiento. Laura se puso la cabeza postiza de nuevo. Se metió en el papel, recorrió las calles repartiendo panfletos, tenía ganas de nadar. La isla griega le había puesto los dientes largos.

La GPS volvió a la oficina, confió en su actuación. Confirmó lo que pensaba sobre Laura, sería una buena cuidadora aunque no pudiesen practicar inglés con ella. Celia valoró un nuevo factor que incrementaba su valía como posible empleada, Laura no tenía obligaciones familiares y aquello sin duda le gustaba.

Ayala estaba en su nuevo hogar escribiendo sentada en el suelo:

El hombre, se llama Juan.

Jubilado, ojos claros, canas y un flequillo muy largo.

Educado, parece legal, me recuerda a alguien...

Ya estoy aquí

soy residente.

Adam me ha ayudado.

¡Adam siempre me ayuda con todo!

Este cuarto es grande, ahora está desordenado.

Tan lleno y tan vacío,

lo organizaré con ganas.

Después...

estará siempre desordenado.

Ya no me voy a engañar... soy entrópica...

¡Adjudicada!

Eso sí... el resto de la casa estará siempre tal como la he encontrado.

Disimulo bien en espacios ajenos.

Este cuarto es mío hoy por hoy, mío por capítulos.

Me lo ha prestado un señor a cambio de unas monedas.

El hombre en cuestión ha salido a cenar

y yo... estoy agotada.

Creo... creo... que tengo marihuana

Me fumaré uno en la terraza

antes de que vuelva el casero.

¡Ja! ¿Y si me pillase?

Tendré que decírselo cuanto antes...

Dormiré...y mañana... mañana se lo diré. También le daré los buenos días...

Tal vez ocurra en el pasillo.

Ayala apagó el ordenador y se dirigió a la terraza. Fumó rápidamente para no ser descubierta. Se deshizo de la prueba en un cenicero portátil. En su cuarto tenía barritas de cereales con chocolate. Comió dos, bebió agua, no podía pensar más. Quiso ponerse un pijama, no tuvo fuerzas para buscarlo. Suficiente es suficiente. Se metió en la cama y se durmió con la ropa puesta.

Juan llegó al piso y vio que la puerta del dormitorio de Ayala estaba cerrada. Supuso que estaba dormida. Anduvo con cautela, le agradó caminar sigiloso y de puntillas por su casa, también sentir una presencia femenina. La imaginó en un pijama rojo probando la almohada. —Ahora el silencio tiene sentido —murmuró mientras se ponía su traje nocturno.

Juan había cenado con una agradable pareja que trabajó con él durante muchos años. Después de jubilarse acordaron quedar, al menos dos veces por año, en algún restaurante del centro para no perder el contacto. Cumplieron fielmente su primera cita, estuvieron encantados, bebieron mucho vino y recordaron momentos particulares de la ingeniería industrial. Veintidós años viéndose las caras casi a diario les había dado para mucho, guardaban unas cuantas experiencias curiosas en los archivos de la memoria. La cena fue intensa y divertida, tenía ganas de volver a repetir y ganas de ver a Ayala deambulando por la casa.

Se lavó los dientes en su cuarto de baño. Hasta ese momento jamás había pensado que fuese el suyo, aunque estuviese anexado al dormitorio, porque hasta ese instante el otro baño también lo era. Juan sujetaba el cepillo de dientes mirándose al espejo cuando tuvo una revelación: compartir su piso con una inquilina había modificado instantáneamente su modo de ver las estancias y el piso.

Se tumbó en la cama, se tapó hasta las orejas, y recitando esta frase se quedó dormido:

—Tu espacio, mi espacio, y el espacio de ambos. Tu espacio, mi espacio, y el espacio de ambos...

Amanecer después de mucho beber tiene sus consecuencias. A menudo se manifiesta en el estómago, en la cabeza o en la piel. En cambio, en otras ocasiones, toma forma de cuerpo masculino o femenino. Esos ojos que te miran cuando tú no quieres mirar y si compruebas que un extraño está en tu cama, entonces te dices: no, esto no ha ocurrido. Sí, pasó la noche anterior y lo que parecía deseo se ha convertido en una desconocida sin maquillaje o en un desconocido al que le huele el aliento. Y sí, lleva puesta tu camiseta verde, esa que le prestaste.

—¡Dios!, ¡no puede ser! —. Juan se despertó sobresaltado. Miró a su alrededor, miró debajo de la cama y afortunadamente no encontró a nadie.

—¡Joder! ¡Qué susto! —exhaló con voz de minero en plena extracción—. Menos mal que estoy solo, no la he cagado.

Juan se quedó entre las sabanas. Se sintió incapaz de levantarse e imaginó que un camarero le llevaba el desayuno a la cama. Escuchó sonidos en el pasillo, después en la cocina. Ayala estaba levantada, preparando un café. Le costó un buen rato decidirlo, no quería abusar de la hospitalidad de Juan haciendo uso de sus provisiones. No pudo resistirse, necesitaba tomar algo caliente antes de hacer compras en el supermercado. Le escribió una nota al casero agradeciéndole la cafeína, también mencionó la cama: Estupenda, muy cómoda.

Ayala salió a la calle. Juan respiró hondo y soltó un menos mal que se ha ido pronto. No quería encontrarse con ella teniendo semejante resaca. Se levantó, caminó pesado hacia la cocina, visualizó un zumo con una tostada de tomate y aceite de oliva. Se sorprendió al ver la nota, la leyó y esbozó una sonrisa.

Ayala pasó por delante del *Patatame You&Ours*, el aspecto del local le hizo retroceder. Asomó la cabeza, saludó a Antonio e inspeccionó la tortilla. Quiso probarla, olía muy bien, se sentó en la barra, cogió un periódico y se puso a leer. Vio la foto de un hombre que le pareció sumamente atractivo. Era el alcalde de una localidad vecina y no tenía aspecto de político. Ayala se quedó atontada mirándole, masticando y tragándole.

Celia llegó a su casa. Los niños estaban acostados. Habló con su marido sobre Laura.

—Creo que he sido convincente —dijo mientras fumaba un cigarro en la ventana.

—A ver cuando dejas el tabaco, hace años que me lo prometiste —replicó su marido—. Me voy a la cama, estoy cansado. Espero que esa chica acepte ya que te gusta tanto.

Dio un beso en la mejilla a su mujer. Ella expulsó el humo de una calada. Después, le dio un buenas noches sin ganas.

Las ganas son el motor que mueve el mundo. Por mucho que uno sueñe, desee, piense sobre algo o alguien, sin verdaderas ganas nada se materializa.

Algunos se quedan pululando entre las imágenes ensoñadoras sin mover un dedo. Allí, donde todo lo controlan hasta el más mínimo detalle. Allí, donde el fracaso no existe, flotando en una nube de deseos que nunca nos defraudan. Podemos querer algo, pero hacerlo sin ganas. Entonces nada ocurre, nada cambia, todo se queda en el aire, sin peso suficiente como para poder bajarlo a tierra, junto a nosotros, vivirlo con plenitud, aceptando que a veces las cosas salen bien, otras mal y algunas de ambos modos, dependiendo del momento.

Celia poseía su nube personal, estaba en Internet, y a eso le ponía muchas ganas. Le gustaba chatear con hombres, conocerlos, follarlos y también conseguir lo que se propusiese. Siempre había un objetivo antes de cada cita.

Trabajar largas horas y viajar por negocios le permitía habitualmente llevar a cabo cada uno de sus deseos. Estaba apuntada en tres agencias de contactos, dos nacionales y una internacional. Se conectaba desde cualquier lugar: la oficina, el móvil, el ordenador de su casa. Era muy cuidadosa, y no dejaba

rastros, aunque en ocasiones fantaseaba con ser descubierta. La posibilidad de desplegar su verdad en el fondo le daba morbo.

Su marido aparentaba no sospechar nada; sabía que era reservada, poco cariñosa, pero todo esto lo compensaba con sus fines de semana en pareja sin hijos. Las noches de hotel, después de cenar y tomar unas copas, recomponían una vida matrimonial inexistente entre semana.

Celia encendió su tablet, pronto viajaría a Estonia y Alemania por trabajo. Llevaba unos días chateando con un médico de Munich. Era un hombre también casado, apasionado por su profesión. Ella le seguía el rollo, se hacía la interesada, se mostraba dulce y por momentos distante. Esa actitud gustaba a los hombres, lo sabía y casi siempre la utilizaba.

Ella tenía referencias de un excelente endocrino alemán. Quería consultarle algunas cosas sobre su tiroides. Había intentado concretar una cita en su consulta, pero el especialista no tenía ninguna disponible en los tres siguientes meses. Karl, el médico alemán le conocía, habían trabajado juntos en labores de investigación. Aseguró a Celia conseguirle una cita con él, en la fecha y hora que ella necesitara. Ella le prometió una cena donde él quisiera, vestida como a él le gustara: —Hazlo con un vestido rojo ceñido hasta la rodilla, ponte gafas, medias transparentes y unos zapatos de tacón color carne —sugirió el germano. Celia inmediatamente tecleó: —Así lo haré Karl, tengo muchas ganas :)

Cerca del portal de Laura habitaba un hombre joven. El nuevo vecino había montado su casa en un recoveco perteneciente a la entrada de un local comercial que estaba vacío.

La nadadora llevaba unos cuantos días fijándose en él. Se cuestionó cuantas horas más duraría allí y si finalmente algún policía le tocaría el hombro invitándole al exilio.

Le parecía interesante. Había algo en él que le inspiraba confianza, se entretenía cuando observaba cómo diariamente cambiaba alguno de los elementos decorativos de su guarida. Colocó unas estanterías; a veces estaban en horizontal, otras en vertical, simulando un cabecero para su cama. Tenía cómics, revistas y libros. Una mañana soleada puso sobre una mesilla un jarrón de cristal amarillo. Asomaba una flor blanca que obviamente saludaba al sol.

El chico pasaba casi todo el día leyendo tranquilamente. Una tarde lluviosa se entretuvo haciendo una nueva reforma. Después volvió a leer rodeado de elementos singulares como un par de cojines setenteros estampados, una *matrioshka*, unos posavasos colgando del techo emulando pequeños cuadros y una caja antigua de puros llena de sellos. Estaba cubierto por una manta roja con motas negras.

No pedía dinero y aquello despertaba la curiosidad de Laura. Parecía estar tan concentrado en el contenido de las páginas que no miraba a nadie o quizá las pasara pretendiendo no sentir a los transeúntes.

Tenía gusto y criterio con los objetos que seleccionaba. Visión espacial para acondicionar su cuarto callejero con dedicación y al detalle.

Por todo esto, Laura supuso que se trataba de un joven diseñador y que debido a algún suceso adverso, algo tan común actualmente, se había

quedado sin nada. Excepto por ese pedazo específico de la calle en el que creaba su espacio públicamente privado. Llegó a la conclusión de que no mendigaba porque le daba vergüenza. Puede que el chico no hubiese tenido tiempo suficiente para aceptar su situación, o tal vez quisiera encontrar un trabajo cuanto antes para poder salir de ella y así poder convertir su mundo públicamente privado en uno realmente privado, íntimo y nuevamente acogedor.

Laura quería acercarse a él, charlar sobre su situación, saber qué le había ocurrido para perderlo todo, o al menos, aparentemente, perder casi todo. Le preparó una bolsa con un bocadillo de vegetales al horno, queso fundido y beicon crujiente, dos litros de leche, unas mandarinas y un termo con sopa caliente. Se puso frente a él. El vagabundo ni le miró. Laura utilizó lo que creyó un recurso poderoso: —Estás en la página 152 —dijo—. El chico reaccionó, elevó la cabeza a cámara lenta y miró a Laura: rictus neutro, ojos grandes y negros.

—Sí, estoy en la 152.

—Siento molestarte, te he visto por aquí y he pensado que tal vez quisieras comer algo.

El chico se puso serio, se mostró algo incómodo, y miró la bolsa. Laura volvió a hablar.

—Bueno, no sé, me gustaría dártelo. Aún está caliente y huele muy bien — le dijo Laura un tanto nerviosa.

El morador de las calles extendió el brazo y aceptó, como si fuese algo realmente difícil de aceptar. —Una bolsa vida o muerte —pensó Laura.

—Gracias... esto no suele ocurrir.

—No me cuesta nada, espero que te guste.

Laura se dio media vuelta, dispuesta a marcharse. El joven le soltó un ¡Espera! La nadadora giró su cuerpo diciendo ¿Sí? con un suave y femenino tono.

—Disculpa, ¿cómo te llamas?

Laura le dijo su nombre. El bebió leche mirándole a los ojos. Ella volvió a ponerse nerviosa, no sabía qué hacer ni qué decir. Movi6 los labios dirigiéndose a él y entonces le preguntó: —¿Por qué no pides dinero?

El chico contestó inmediatamente: —Porque no quiero dinero, quiero trabajar.

—¿Eres diseñador?

—No... —sonrió y tomó otro trago—. No, soy camarero, panadero y sobre todo cocinero.

—¡Ah! Tienes mucho gusto, me encanta cómo decoras tu parcela —dijo Laura—. Pensé que eras diseñador... o algo parecido.

—Tal vez en otra vida... o en la futura... lo sea.

Los dos se rieron, el aire se templó. Él sacó el bocadillo, su boca se llenó de saliva, tenía hambre, le dio un gran mordisco. Un bulto enorme emergió en su papo, su cara se puso roja.

—Muy bueno, esta muy bueno, gracias...

—Si quieres mañana te traigo más.

El chico no contestó a la pregunta. Se despidieron y Laura se fue a su casa pensando en él.

Se puso a escribir, y cuando estaba en la mitad de un poema, tuvo una idea. Pensó en Tot3; se trataba de una popular red social, muy parecida a Twitter. Imaginó al vagabundo creando un perfil. Lo vio con absoluta claridad.

Inicialmente le hizo gracia, parecía descabellado, después lo vio factible e incluso deseó comentárselo. Podría tratarse de un excelente medio para ayudarle a encontrar trabajo. Laura no pudo continuar con el poema. Bajó a la calle sonriendo y se plantó en el hogar provisional del chico. Le miro fijamente y dijo: —¿Quieres que te ayude a encontrar un trabajo?

—Si... pero ¿cómo? ¿Conoces a alguien?

—No, pero haré todo lo posible para que te conozcan—. Emanó tal firmeza, que el joven se deshizo en un segundo de su armadura.

Laura se lo contó. Él escuchó y después dudó. Le comentó que se sentía

inseguro.

—Es normal que te sientas así —dijo ella—. Vivir en la calle, paradójicamente, te aísla de ella.

El chico casi siempre estaba limpio, cambiaba de indumentaria, se duchaba en un centro de acogida. Laura le convenció para llevar a cabo su plan. Le hizo sentir más seguro, puso en marcha un método que en psicología se denomina “El efecto Pigmalión”. Debatieron sobre los posibles nombres internautas. Tardaron veinte minutos en decidirse, ambos se pusieron de acuerdo y abrieron el perfil: Elmeridianocallejero#tot3.

Laura sacó un par de fotos, las colgó desde su móvil con un encabezamiento que decía: Hola soy Borja y busco trabajo. Llevo un mes viviendo en la calle. Este es mi hogar provisional en la C/ Rodotero número 10. Si tienes alguna oferta laboral, aquí podrás encontrarme.

PD: Si vienes, no te molestes en buscar ni el timbre ni la puerta :)

Laura regresó a su cabaña. Estaba satisfecha, tenía un buen presentimiento. Acordaron sacar un par de fotos diarias y colgarlas en la red. El chico, aparentemente, no tenía nada que perder. Absolutamente nada.

Preparó un cacao caliente con unas tostadas. Había pasado frío charlando con el nómada. Llegó el momento de pensar en ella, valorar la proposición de Celia y enviar el relato corto al concurso de la radio. Se decantó por repasar “El Quiste”. Entró en calor, desplazó un par de comas, puso unos guiones y después lo leyó cinco veces antes de imprimirlo. En un sobre cerrado introdujo un papel con su nombre, apellidos, teléfono y mail de contacto. Lamió la tira de pegamento y lo cerró con entusiasmo.

—Aquí estoy yo y lo que quiero ser —pronunció ante un jurado imaginario—. Lucía Antón... es la otra.

La impaciencia de la GPS saltó a la palestra. No pudo resistirse y llamo a Laura. La nadadora no cogió el teléfono. Todavía no tenía una respuesta porque se encontraba a punto de meditarla. Valoró el caso de arriba abajo y de izquierda a derecha. Las dudas le asaltaron. Volvió a pensarlo, esta vez lo colocó en un segmento vertical, movió el punto hacia el extremo más alto y después lo desplazó lentamente hacia el inferior. La resolución aun no estaba clara. Puso el segmento en horizontal, desplazó el punto de un lado a otro. Un borroso sí apareció en su mente. Cerró los ojos y continuó viendo la afirmación: —Un sí es un sí, aunque tenga dudas. De todos modos, decida lo que decida, las voy tener.

Telefoneó a Celia y se ofreció. Dijo justamente lo que ella necesitaba oír.

—¿Puedes comenzar el próximo sábado?

—Sí, pero recuerda que también soy una perra, estaré libre a partir de las tres.

Las dos se rieron. Acordaron formalizarlo todo el fin de semana.

—Necesito que te quedes con Alex y Zoe hasta el domingo al mediodía.

—Sí, puedo hacerlo, cuenta conmigo.

—Perfecto, te comunicaré la hora exacta a lo largo de la semana. Te pediré que vengas aproximadamente una hora y media antes de que mi marido y yo nos marchemos. Te explicaré todo y juntas hablaremos con los niños. Hoy mismo les diré que tienen una nueva cuidadora.

—Muy bien, me vas informando. Hasta el sábado entonces —dijo Laura.

—Seguro que vendrás, ¿no? —replicó Celia.

—Por supuesto, soy una mujer de palabra.

Celia para celebrarlo fumó un pitillo. Llamó a su marido para contarle la noticia. Él se puso contento, comenzó a buscar un hotel, deseaba estar a solas con ella y sentir su piel.

La nadadora intentó continuar escribiendo pero tenía la cabeza en otro lugar. No sabía si había tomado la decisión adecuada y, en vez de seguir preocupándose, lo relativizó: —Al fin y al cabo cuando tomamos decisiones, muy pocas veces sabemos al momento si realmente son las correctas. Y en ocasiones, hasta las que se desvelan como elecciones equivocadas, inesperadamente nos llevan hacia otras rutas que nos satisfacen.

Estaba cansada, se tumbó en el sofá y puso la televisión. Peleó con el mando a distancia, después con los canales, luego con el volumen. Dejó lo que aparentaba ser una película simple y entretenida. Durmió dos horas en la sala y el resto de la noche lo hizo en la cama.

Ayala descubrió la amplia oferta comercial de su nuevo barrio. Compró en el supermercado todo lo básico que necesitaba. No había preparado una lista, lo cual le obligó a pasar más tiempo de lo que realmente hubiese necesitado entre productos y estanterías. Recordar lo imprescindible parece una labor sencilla. Sí, lo sería, si fuésemos a la tienda de un pueblo de 450 habitantes. Allí habitualmente tienen lo que tienen, en cambio en las grandes superficies abunda lo innecesario.

Creyó haber conseguido su objetivo y cuando fue a pagar la cajera le dio una mala noticia: 89,23 euros. La chica se quedó perpleja, no esperaba que la cuenta ascendiese a un importe tan alto: —Bueno, cuando llegue a casa y lo saque todo de las bolsas, comprobaré cómo he gestionado esta compra. Ahora no quiero ni pensarlo, ya he estado el tiempo suficiente dentro de este espacio con luces blancas. Ayala era muy sensible a la luz; en realidad, era así con todo.

Juan se sentía mejor, solo albergaba una cuarta parte de la resaca. La lavadora estaba en marcha, él también. Mientras se duchaba pensó en Laura; no tenía intención de contactar con ella, pensaba que le debía una explicación y tenía que ser ella quien se acercase a él. El llavero, el burdeos y la otra mujer que también se había desvanecido. No echaba de menos a Celia, y todavía le sorprendía que así fuese. Pensó durante un tiempo, especialmente los últimos meses, que se estaba enamorando de ella. El paso de los días y la distancia, no saber nada de ella, cuando hasta hacía bien poco el contacto era casi diario. Ni un mensaje, ni un emoticono. La nada le había ayudado a ponerlo todo en su lugar, a verlo tal como era, algo que rozaba lo obsesivo, algo que ya no era capaz de calificar como auténtico, porque ni siquiera sabía lo que era. Ahora el agua que bajaba por su cuerpo le llenaba de verdades. Nunca supo quién era Celia, tampoco lo que necesitaba. Cuando se

acostaban, ella sí hablaba, tan solo en aquellos momentos de sudor y pantys le decía lo que quería. Después todo era vacío. Rellenaban los huecos con puzles enmascarados en conversaciones.

—No, jamás llegue a conocerla —susurró con la esponja en la mano—. Y precisamente no poder acceder a ella justificó que estuviese tanto tiempo a su lado.

Juan reconocía lo hábil que la GPS era para materializar sus caprichos. Nunca comprendió por qué una mujer que tuviese tanto dinero necesitara recurrir a él para que le comprase cosas, habitualmente complementos. Abonaban los restaurantes y los hoteles a medias. Juan lo hubiese pagado todo, pero ella no lo toleraba. Durante un tiempo valoró la posibilidad de que estuviese con él por el interés económico. Después desechó la idea porque comprobó que era económicamente independiente y que no le gustaba sentirse invitada. Comprobó que quería seguir trabajando largas horas y continuar viviendo en su casa con su familia. En ningún momento manifestó que quisiera cambiar de vida. Celia podía comprar casi todo lo que se le antojase, entonces ¿para qué iba querer utilizarle a él en ese aspecto?

Sí, el sexo. Ahí se sintió utilizado. Era normal que lo hiciese, pensaba. Su marido no la complacía y Juan disfrutaba dándole placer. Él quedaba tan satisfecho como lo hacía ella. Esto sí lo tenía claro y tal vez fuese lo único que quedaba resuelto en su mente sobre esta relación. Juan no se sintió amado, no, pensó que tampoco era algo que necesitase de ella, o simplemente desde el principio aceptase con naturalidad que Celia, precisamente lo que se llama amor no le iba a ofrecer.

Luego vino el después, el paso de los años desde que se encontraron por primera vez hacía doce años a través de aquella agencia tan privada y exclusiva de contactos, en la que estaban apuntados por aquel entonces. Juan no supo que Celia estuviese casada hasta que desapareció durante un tiempo. Él estaba soltero y no esperaba que aquella mujer a la que estaba conociendo estuviese viviendo con otro. Ella se lo dijo tras unos meses de hoteles, así, como si no tuviera importancia, antes de desaparecer durante algo más de un año.

El después pertenece a un tiempo muy reciente y concreto, a esos últimos meses en los que Juan se sintió enamorado. Fue entonces cuando necesitó ser amado. Lo pasó bastante mal al ver que el pecho de Celia seguía completamente blindado, a pesar de los años, y de todas las veces que habían quedado. Se obsesionó con el tema y mudó su piel convirtiéndose inconscientemente en su fiel esclavo.

Juan escuchó cerrarse la puerta de la entrada. Ayala había llegado con la compra.

Entró en la cocina y dejó las bolsas en el suelo. No le gustaba usar las de plástico, pero con la mudanza había perdido la pista de la que solía utilizar: una de tela, grande y resistente, muy típica de México, colorida sin duda con el busto de Frida ilustrado. Opinaba que sus cejas eran hipnóticas. Cada vez que se topaba con alguien unicejo entraba en estado alfa. —Hay tanta belleza en esa línea irregular que enaltece la mirada, esa extrañeza tan singular, casi divina, perfecta —pensaba.

El jubilado salió de la ducha, entró en el cuarto, se vistió con unos vaqueros y una camisa blanca. Ella le escuchó y le entró la timidez; a pesar de ello quería saludarle, preguntarle dónde colocar los productos adquiridos. El sonido del centrifugado acentuó su nerviosismo. Juan apareció radiante en la cocina, tenía el cabello mojado, despejado del rostro. Ayala le dijo que le quedaba muy bien el flequillo retirado de la frente. El sonrió: —ya se caerá, tiene mucho peso.

Le sugirió donde colocar cada cosa, le mostró el orden interno de sus armarios, las baldas de la nevera, Ayala sacó un paquete de café y se lo dio.

—Es para ti, gracias por haberme cafeinado la mañana.

—¡Ah! Gracias, no tenías por qué, utilízalo tú también.

Sonó un pitido, indicando el final o el principio de algún programa electrodoméstico.

—Ven, es la lavadora —dijo él—, te mostraré cómo funciona.

Tras la demostración Ayala se sintió algo menos cohibida. Colocó todo en su lugar, mientras Juan colgaba la ropa en el tendedero del cuarto de los libros. Daba a un patio interior, muy amplio. Saludó a una vecina. La inquilina se metió en su cuarto; tras hacerlo, quiso salir corriendo.

—Qué putada, tener que pasar el día organizando todo esto... En fin, no me queda otra opción —pensó— y todo cuanto estaba a su alrededor súbitamente ganó volumen y densidad. —Tranquila, Ayala, tranquila, no todo es lo que parece —lo dijo con voz aterciopelada para dar más credibilidad al ejercicio de autosugestión.

Juan llamo a su puerta, ella abrió.

—Disculpa, ¿qué tal la ducha?

—Muy bien.

—Es que no suelo utilizar ese baño, lo he recordado ahora. Me alegra que funcione todo correctamente. Voy a salir, pero si necesitaras algo o tuvieses alguna cuestión técnica, no dudes en llamarme.

—Ok, gracias de nuevo, voy a organizar este caos, creo que me pasaré el día en casa. Por cierto Juan, ¿has contado el dinero?

—Sí, esta mañana, todo en orden.

—Lo repasé varias veces, pero ya sabes, siempre existe un margen de error.

—Sí, tranquila... bueno mujer, lo dicho.

Se despidieron. Ayala se armó de ganas para enfrentarse a la recta final de la mudanza. Juan salió de casa luciendo una sonrisa pícaro en la cara. Efectivamente había contado el dinero, faltaban veinte euros, pero no quiso decir nada, no le dio importancia.

Lo primero que Ayala montó fueron los altavoces, después el teclado, luego ordenó los libros. Dejó la ropa para el final. Aborrecía doblarla, casar los calcetines y colgar perchas, le parecía tan aburrido y monótono que perdía la concentración. Tardaba mucho tiempo en hacerlo, se despistaba. Uno de sus sueños consistía en disponer de un mayordomo. Algunos de sus amigos le habían acusado de excéntrica, elitista, e incluso de explotadora cuando lo había comentado. Ella siempre argumentaba que se trataba de un mero asunto práctico, que le pagaría y trataría bien, así ella podría disponer de todo su tiempo libre para hacer música, leer o cultivarse en otros menesteres, en vez de malgastarlo en limpiar, cocinar u organizar el hogar después de haberse pasado el día en el trabajo.

Puso música, minimal electrónica, le ayudaba a mantener la atención en lo que hacía. Cuantas más cosas colocaba, más grande percibía el cuarto. Tenía los techos altos y dos ventanales. Se asomó. Enfrente y prolongándose hacia su derecha había un edificio con aspecto municipal, de esos que están divididos en fríos despachos y oficinas, iluminados con barras fluorescentes. Le recordó a los colegios, y especialmente, a su época en el instituto. Miró hacia abajo, anchas aceras y una estrecha carretera. Su dormitorio estaba situado en la esquina del bloque, lo que le permitía disfrutar de las vistas hacia a la izquierda. Observó el movimiento de una calle bastante transitada y comercial, que daba a la plaza situada frente al portal. —El supermercado estaba allí —pensó—. Ayala creyó ubicarse.

Le gustaba dormir al lado de las ventanas. Las camas colocadas en medio de una habitación y sus correspondientes mesillas situadas a cada lado, ese descaro de la simetría, le ponía nerviosa. Una fórmula que se repite constantemente, la perfecta distribución para algunos, tan cuadrículada y tan poco orgánica.

Valoró cómo sentaría a Juan el cambio que estaba dispuesta realizar. No supo qué pensar, no le conocía. Ante la duda, pasó a la acción. Arrimó la cama a los ventanales, juntó las mesillas, y las puso a la izquierda. Quedaron bien acopladas. Eran cuadradas, sencillas y lacadas; unos cubos huecos grises bastante prácticos para que el desorden venidero se evidenciara aún más. Sintió armonía en el espacio y tuvo la fuerza suficiente como para enfrentarse a la batalla textil. Calculó un tiempo estimado de ejecución, se dio dos horas como máximo para concluirlo.

Llevaba aproximadamente una hora entregada a su empeño cuando le entraron ganas de ver porno. Siempre que necesitaba canalizar energía o hacer una pausa para regenerarse, mientras realizaba alguna labor que le agobiase, sucumbía a la necesidad de masturbarse. Encendió el ordenador, comprobó que la puerta estuviese bien cerrada, bajó a cero el volumen del aparato y se tumbó en la cama. Por un instante sintió que estaba a punto de hacer algo malo. —¡Bah! ya estamos con el judeocristianismo —pensó—. Segundos después desechó todo resquicio de culpa. Pasó años de su vida entrenándose para aprender a desactivar ese botón que le implantaron cuando era muy pequeña. Sabía cómo hacerlo, pero al estar incorporado en su persona como si fuese un órgano más, no era capaz de evitar que se activara automáticamente, sin que su voluntad tuviese nada que ver con ello. Es como el latido del corazón, a pesar de que hay una gran diferencia: uno es natural y sin dueño. En cambio el otro, el que fue diseñado e implantado, cuando se presiona y activa es porque así lo decidió su creador en beneficio propio. Sin tenerme en cuenta a mí, ni tampoco a ti. Cada vez que pronunciaba esta frase conseguía apagar las funciones del órgano artificial, era infalible.

Entró en una web gratuita que conocía, había una amplia selección de vídeos cortos. Eligió uno protagonizado por una chica pelirroja, atractiva, unos treinta, tetas naturales. La elección de Ayala estaba determinada por la actriz femenina. Sí, le gustaban los hombres, pero cuando se trataba de pornografía, los varones se volvían invisibles. Consumió cinco minutos, se corrió, y casi de un salto se puso en pie sujetando el portátil con las dos manos. Abrió los cajones del armario, que era bastante grande, con puertas

correderas, gris e igualmente lacado. Metió la ropa interior, los calcetines desparejados, las medias, algunas horquillas, y unos cuantos pendientes. Aparecieron todos en la misma caja y juntos se quedaron.

Finalmente colgó toda la ropa, quitándose un gran peso de encima. — Libre, ya soy libre —repitió entusiasmada—. Desplegó su libertad en una sesión de música. Sin apenas darse cuenta compuso el inicio de un nuevo tema musical. Sonidos envolventes y atmosféricos de fondo, acompañados de una melodía con reminiscencias características del electro pop de principios de los ochenta. Estaba ilusionada, se metió de lleno en las teclas y los botones. Aun teniendo sed, no quiso despegarse del Yamaha para no perder la concentración.

Mientras tanto Juan estaba con Antonio. El camarero había comprado todo lo necesario para transformar el cuarto de las taquillas en un lugar armonioso: Malva que te quiero malva. Ambos tenían ganas, cada uno de ellos por motivos bien distintos.

Juan entró en el cuarto, cerró la puerta, y bajó la tapa del retrete para sentarse y observar el espacio con detenimiento. Frente a él había una pequeña ventana que daba a un patio bastante oscuro, cubierta por una cortina de tela translúcida verde pistacho. Recordó cuando ese color se puso tan de moda en los domicilios. Las mujeres de clase media se volvieron locas por él y durante algún tiempo representó la modernidad en muchos hogares. Causó furor en las paredes con gotelé, en los manteles, en los enseres de plástico para la cocina, incluso recordó que también caló hondo en la ropa de las féminas. Es uno de esos colores que bien dosificado y empleado estratégicamente, aporta vitalidad e incluso estilo. Pero claro, si se usa sin criterio y de un modo indiscriminado, se convierte en un estandarte de la vulgaridad y la falta de gusto. Llegados a este punto, no puedo omitir decir lo que ya sabemos sobre el gusto: efectivamente se trata de un terreno muy subjetivo, que a menudo está condicionado por las tendencias predominantes del momento, aunque esto precisamente nos suele costar admitirlo. Aun

sabiéndolo, parece ser que todos mantenemos una opinión irrefutable al respecto. Es equiparable a la adivinanza de la gallina y el huevo. ¿Se nace con gusto o el gusto se desarrolla con el tiempo? Cuando nos lo cuestionamos tendemos a validar ambas, dependiendo del momento en el que nos lo planteemos.

El cuarto tenía unos quince metros cuadrados. A la derecha de Juan había una ducha cerrada por unos paneles claros y opacos. A su izquierda un lavabo esquinero de cerámica blanca, del mismo color y material que el asiento desde donde Juan contemplaba la estancia.

Se accedía a él mediante una puerta corredera situada en el centro de la pared siniestra. Las cuatro taquillas estaban a su diestra al fondo de la pared, colocadas en vertical, de dos en dos, dejando así espacio suficiente para las venideras.

Antonio le había comentado a Juan que necesitaría al menos dos personas más para incorporar a su, hasta el momento, escaso equipo. El negocio apenas llevaba un mes abierto y la aceptación por parte del público había sido mucho mayor de lo que su dueño hubiese previsto en un inicio. El trabajo aumentaba y Antonio quería mejorar el servicio. Era un hombre exigente, como bien había demostrado, sabía tratar con mucha educación al cliente e intentaba satisfacer con calidad y buenas recomendaciones sus gustos.

Juan confirmó la fuerte atracción que profesaba por el espacio. Lo asemejaba al encuentro por primera vez con una mujer irresistible. Una de esas pocas por las que reconocía inmediatamente, sin necesidad de razonar o entender, que demostraría debilidad. Como esos clicks que aparentemente nacen de la nada para instalarse para siempre, uniéndonos con el otro, lo queramos o no. En realidad la capacidad de elección tiene muy poco que ver con este asunto.

Darían exactamente igual lo que ocurriese entre ellos, sería irremediable de principio a fin, sin importar los sucesos, las posteriores citas, lo que se dijese, lo que compartieran, las discusiones, los gritos, las disculpas, las bragas rotas o los contratos adquiridos... Un sin sentido que puede durar toda una vida y habitualmente se cumple así. Manteniéndose vivo, estando los dos o quedando solo uno, como si esa unión estuviese enchufada a un dispositivo invisible de respiración artificial. En definitiva es lo que acarrea sentir debilidad; en el fondo nos gusta porque es emocionante.

Salió de allí, con la sensación de haberse reencontrado con alguien especial. Él también se sentía así, diferente y único, en posesión de un secreto que nadie conocía. Acordó con Antonio comenzar la obra al día siguiente, concretamente a las 7 de la mañana.

Laura sacó dos fotos más a Borja y las subió, tal como habían acordado. Él había acondicionado su hogar callejero con nuevos elementos. Le dijo que le había dado unas cuantas cosas a otro sin techo. La noche anterior encontró unas cuantas piezas interesantes. A la nadadora el resultado de la composición le convenció y se lo hizo saber.

Una mujer había dejado un comentario en su perfil de Tot3 que decía: “Nunca hubiese imaginado que una persona en tu situación abriese una cuenta para encontrar trabajo. Ciertamente, cada vez veo a más personas que, como tú, viven como pueden, pasando frío y penurias. Pero, por primera vez, me encuentro con alguien que demuestra voluntad y ganas de que su situación cambie. Te voy a ayudar en lo que pueda, tengo muchos contactos en esta plataforma y ahora mismo voy a mover tu perfil para que te conozcan. Felicidades, es una iniciativa innovadora, se hablará de ti en la red. Conozco el tema porque desarrollo proyectos de marketing para empresas internacionales. ¡Suerte Borja!”

No estaba nada mal para llevar tan solo un día en la red. El nómada se llenó de alegría cuando Laura se lo mostró.

—¡Esto va a funcionar, gracias! Algunos van a Lourdes y llenan garrafas con agua para cumplir sus deseos; en cambio tú me has traído la fuente —dijo el chico con los ojos brillantes y llenos de luz—. Laura se emocionó ante tan inesperadas palabras de gratitud. Notó que las sacó de un lugar muy profundo que el día anterior parecía haber olvidado tener.

—No hay nada como confiar para transformar la realidad —contestó energética—. Venga, vamos a escribir el mensaje de hoy.

Le pasó el móvil para que lo hiciese él solo.

“Gracias a Laura puedo comunicarme con vosotros. Es una vecina con techo que me presta su móvil. Acabo de recordar que la fe mueve montañas, en especial la que uno se profesa. Creo en mí de nuevo y tengo ganas de cambiar mi situación. Me siento más fuerte porque ahora comprendo que esto le puede ocurrir a cualquiera. Hasta hace poco me sentía culpable, pero la vida es así. Un buen día estás arriba y otro estás abajo. Lo importante es luchar, no perder la confianza y tener ilusión. Perder en realidad... nunca se pierde todo”.

Laura volvió a emocionarse. Antes de partir le dio un bocadillo hecho con una barra entera de pan, yogures y unas galletas de chocolate con pepitas de caramelo. Borja se lo agradeció, cogió una novela y se puso a leer.

Laura se fue directamente a la piscina, necesitaba sumergirse en el agua. Luego se metió en la sauna y después en el baño turco.

Llegó a casa relajada, en la cama recordó que había enviado el relato disfrazada de perra, quedaba un mes para que conociese el fallo del jurado. Cruzó los dedos y con ellos entrelazados se quedó dormida.

Juan volvió al piso y escuchó música procedente del cuarto de Ayala. Dijo un ¡Hola! bien alto para que se percatase de su llegada. Ella no le escuchó. Preparó comida para los dos, aunque no supiese si la chica había almorzado. Cocinó una paella con gambas, pimientos rojos y mejillones. El tipo de música que escuchaba no le molestó, pero el hecho de que se repitiesen los mismos sonidos sí lo hizo.

La paella estaba reposando cuando Ayala dejó de componer. Estaba cansada, sedienta, y tenía hambre. Salió del cuarto sintiéndose satisfecha con la evolución del nuevo tema. Fue a la cocina y se sorprendió al encontrar a Juan sentado a la mesa, leyendo el periódico.

—No te he oído entrar —dijo paralizada junto al marco de la puerta.

—Ya, estabas en tu mundo con la música puesta.

—Sí, estaba componiendo —comentó mientras llenaba un vaso de agua—. Espero no haberte molestado, el volumen estaba alto.

—No mujer, ha sido interesante y un tanto repetitivo, eso sí. No sabía que compusieses música—. Juan plegó el periódico, se quedó mirándola con curiosidad.

—Sí, tengo un grupo con mi amigo Adam, el que me ayudó con la mudanza—. Ayala se sentó en la mesa frente a él.

—Le recuerdo, parece un chico majo... Por cierto ¿cómo se llama tu grupo?

—Eve Zit. Te lo deletreo o ¡mejor te lo escribo! Voy a por un boli, ahora vuelvo—. Juan no entendió bien la pronunciación de Ayala.

—Mira, así es, ¿qué te parece? —escribió el nombre ilusionada con un rotulador fino negro sobre un rectángulo de cartulina sepia—. Juan lo miró fijamente, le gustó, pensó que era un nombre estéticamente armónico, con

fuerza, sugerente y novelesco. Compartió su opinión con la inquilina y lanzó otra pregunta: —¿Quién es Eve Zit?

Ayala se rió e iluminó toda la estancia, después contestó:

—Es una mujer justa, la mediadora entre Adam y yo cuando tenemos conflictos. Es la tercera persona, siempre recurrimos a ella cuando mantenemos posturas diferentes y necesitamos otra opinión. Cuando ella habla, la balanza se equilibra—. Juan se quedó estupefacto, aquella mujer inmediatamente le recordó a la Laura.

La cocina se llenó de segmentos y él de preguntas.

—Disculpa Ayala —dijo bajando el tono—. No quiero resultar indiscreto, pero ¿cómo has conocido a esa mujer?

Ayala sonrió.

—No sé si decírtelo, tal vez pienses que estoy loca.

—No, no, por favor, si no quieres no me lo cuentes —dijo Juan mientras pensaba que podía tratarse de una psicoterapeuta.

—Bueno, te lo diré, tampoco es tan grave, a mí personalmente me parece normal... Eve Zit es una mujer que Adam inventó hace un tiempo. El nombre se lo puse yo, nos familiarizamos tanto con ella que tuvimos que llamarle de algún modo. Los dos tenemos un carácter bastante fuerte y a veces nos cuesta comunicarnos, especialmente cuando mantenemos opiniones muy diferentes sobre algún asunto. Se produce una especie de cortocircuito energético entre nosotros. En una ocasión que estábamos enzarzados y estancados en un cruce de opiniones, Adam sugirió que consultásemos con la Tercera Persona. Entendí la idea inmediatamente: —Si el agua no corre por una tubería habrá que desviarla a otra — le dije yo.

Entonces nos pusimos de acuerdo e imaginamos que una mujer justa estaba sentada frente a nosotros. Los dos hablamos por ella, con una única condición: no podríamos argumentar lo mismo que cuando estábamos en pleno enfrentamiento. Fue todo un reto ya que teníamos que ser capaces de dar una vuelta a nuestros pensamientos en pleno calentón. Aquello resultó y los dos incorporamos a Eve Zit en nuestras vidas. Hasta el día de hoy nos ha

dado buenos resultados convocarla... —¡Vaya historia te he contado de un tirón Juan!.— Ayala le miró esperando una reacción o un comentario, pestañeó varias veces.

—Sin duda, menuda historieta... ¡he de decirte que me has sorprendido! Eve Zit nace de vuestra sabiduría, podría incluso tratarse de una escritora de Koans. Me parece una idea brillante y realmente útil. Nunca olvidaré a esa mujer—. Juan sonrió y le guiñó un ojo.

—Cambiando de tercio Ayala, he cocinado paella, está reposando y ya estará lista para comer —comentó señalando la paellera sobre la vitrocerámica.

La inquilina acepto encantada, era justamente lo que necesitaba.

Se pusieron a comer. Juan estaba encantado viendo la cara de Ayala disfrutando de la comida. Ella se cuestionó la edad del jubilado, no quería ser indiscreta pero acabó preguntádoselo. —Cincuenta y ocho, camino de los cincuenta y nueve —contestó contenido—. Él le devolvió la pregunta, también tenía curiosidad. —Tengo treinta y dos —dijo Ayala.

—Bueno, aún eres una muchacha, tienes toda la vida por delante.

—Tú también, te queda un buen trecho...

Los dos se quedaron callados, cogiendo los granos de arroz y pensando sobre la edad. Ayala no pudo resistirse de nuevo y se dispuso a indagar en su vida.

—No sé por qué pero pensaba que estabas jubilado.

—Sí, lo estoy, desde hace muy poco.

—¡Ah! Al decirme tu edad he pensado que estaba equivocada.

—Es que me he jubilado antes de lo previsto. Creí que lo haría con 60 años y al final la empresa me ofreció un buen trato. Lo acepté y aquí estoy, intentando aprender a vivir en este nuevo estado —Juan se quedó pensativo—. Ayala le miró con interés. Ella esperó pacientemente a que él volviese a abrir la boca, notó que tenía ganas de soltar algo.

Así lo hizo, realizando un gran esfuerzo para definitivamente expulsarlo: —No sé qué hacer con mi vida, he pasado tantos años trabajando que ahora estoy un tanto decaído.

Ayala mostró compasión, esbozó una sonrisa y dijo: —Estoy segura de que habrás hecho otras cosas, aparte de trabajar.

Juan miró al vacío en busca de una respuesta. Una fracción de su vida pasó por delante de sus ojos como una serie de fotogramas desordenados. Intentó

frenar el ritmo, captarlos o detenerlos. No supo cómo hacerlo, se creó un caos en su mente, cada vez veía menos, no pudo enfocar, perdió la perspectiva y al final retornó al punto de partida.

Ayala recogió los platos, los aclaró y metió en el lavavajillas. Volvió a la silla y miró como Juan se apretaba las manos mientras pensaba. La pausa se hizo eterna. Ayala solicitó una tregua a la paciencia. Juan se sintió solo ante sí mismo. Controló sus gestos para que no le delataran. Ella rompió el silencio al ver que el jubilado lo estaba pasando mal. Tomó las riendas de la situación y le dijo: —Juan, tengo que comentarte algo... bueno un par de cosas que creo debes saber—. Él soltó las manos y se sintió aliviado. Tuvo la misma sensación que cuando escuchaba la sirena del colegio para salir al recreo.

—Dime mujer, ¿qué tienes que contarme?

Ayala cambió radicalmente de tercio, era lista y sabía identificar con rapidez los diferentes estados emocionales de las personas, así como actuar en consecuencia.

—Todo lo que te dije sobre mí cuando nos conocimos es cierto, pero tengo que matizar un par de cosas: uno, no trabajo en un colegio actualmente, no me renovaron el contrato y llevo tres meses en paro. Y dos, sí fumo, pero porros, y no siempre —. Juan relajó su rostro por completo, le dijo que nada de ello le importaba, que era normal, que él tampoco hubiese aportado esa información a un posible futuro casero en el primer encuentro.

Ayala agradeció su comprensión. Juan su sinceridad. Él se puso a preparar un café, ella a limpiar la mesa.

—Por cierto, ¿cómo se llevan los porros con la cafeína? —preguntó animado. Ayala soltó una carcajada.

—Creo que muy bien, a mí personalmente me gusta la combinación.

—Me encantaría probarlo. ¿Compartirías uno conmigo?

—Si, claro, aún me queda algo de china. ¿Estás seguro?

—Por supuesto, a ver si me ayuda a recordar lo que he hecho con mi vida.

Ambos rieron. La inquilina fue a su dormitorio a hacerse el porro, la reacción de Juan le había sorprendido. Sabía de antemano que su estrategia iba a funcionar, que cualquier cosa que ella dijera y le apartase del tema que le había bloqueado lo iba a recibir como una salvación. Ella también aprovechó la situación para comentarle los detalles que habían quedado pendientes. Para Ayala era muy importante que las cosas quedasen claras, no quería verse obligada a mentir sobre su vida por no encontrar el momento oportuno para comunicárselo. Juan preparó todo lo necesario para la sobremesa. La inquilina regresó con el porro en la mano.

—Vamos a la terraza a fumarlo —le dijo decidida, sentía curiosidad por cómo le sentaría.

—No, hoy podemos fumar aquí. Hace frío y ya que voy a probarlo, lo haremos cómodamente.

Juan abrió la ventana y cerró la puerta. Sacó unos bombones y un cenicero. —Esto es todo lo que necesitamos, he oído que después de fumar dan ganas de comer dulce.

—Sí, suele ocurrir, a mí personalmente me pasa. Toma, enciéndelo tú.

—No sabe mal —le dijo mientras miraba el humo que salía de su boca.

—¡Joder! Tienes estilo para no ser fumador —soltó Ayala—. ¿En serio que no lo has probado nunca?

—No, jamás. Alguna vez sí he fumado pitillos con mujeres con las que he salido.

Juan le dio cuatro caladas seguidas, Ayala se entretuvo mirándole. Encontró algo fascinante en el modo que expulsaba el humo. Parecía un actor de los años 50 a punto de desvelar un gran misterio.

—Toma, ahora te toca a ti.

La inquilina no tenía ganas de fumar, pero lo hizo por compartirlo con él.

Juan confesó que había probado la cocaína en alguna ocasión, después de beber demasiado, para despejarse. Ayala se volvió a sorprender. A veces

parece que las personas mayores no hayan vivido lo que viven los jóvenes, se nos olvida que en algún momento también lo fueron.

—¿Y? dijo la chica con interés.

—No me gustó, simplemente me despejó, pero ninguna de las veces sentí nada más —dijo con tono desinteresado.

—A mí tampoco me gusta, si tomo prefiero tomar otras cosas.

—¿Sí? ¿Como cuáles si no te importa contarme? —Juan demostró un gran interés.

—¿Sabes que ahora tienes ojos de fumado? —dijo la inquilina, evitando una respuesta, no porque no quisiese contestar, sino porque le aburría hablar de drogas.

—¿Tú crees? ¿En qué lo notas?

—En el brillo, en cómo caen suavemente tus párpados, en tu mirada.

—La verdad es que me siento como si estuviese flotando, es algo gravitatorio.

A Ayala le hizo mucha gracia el comentario. —¿Sí, debe tratarse de un tema gravitatorio!

Se rieron con complicidad y cogieron bombones. Los saborearon lentamente y en silencio. Cada uno se puso a pensar en sus cosas, el cacao y el viento frío que corría libremente por la estancia les acompañaron. Los dos agradecieron el frescor.

Los fotogramas regresaron a la mente de Juan. En esta ocasión no intentó modificar su ritmo natural, se dejó llevar adoptando la postura de un espectador, sin involucrarse, sin juzgar, sin pararse a pensar sobre lo que era suyo. Se relajó disfrutando del viaje, saboreando la gravedad.

Ayala hizo lo mismo con melodías y texturas sonoras, se dejó llevar por ellas escuchando cómo evolucionaban. Las dejó libres para que creciesen por sí mismas. A veces intentamos sujetar la vida sin ser conscientes de que la vida no siempre se atrapa.

—Ya sé qué he hecho con mi vida —dijo Juan con cara de haber descubierto una tierra prometida.

Ayala no esperaba que el jubilado retomase el tema. Tenía ganas de saber a que conclusión había llegado: —Dime, te escucho—. Cogió otro bombón, lo mordió e inclinó su cuerpo hacia él. Juan se expresó relajado y le dijo: —Es sencillo, más de lo que hubiese imaginado. He hecho lo que he podido y he querido como mejor he sabido.

Aquello conmovió a Ayala. Parecía que el hombre que hablaba con serenidad y desde la aceptación no fuese el mismo que hacía un rato se había bloqueado al pensar sobre su vida. Juan concluyó diciendo —: De nada sirve ser tan severos con nosotros mismos.

Ayala asintió con la cabeza, no hicieron falta más palabras. Juan se retiró de la mesa y fue a la sala para tumbarse en el sofá a echar una cabezada. Ayala tomó otro café y llamó a Adam.

Laura estaba agobiada porque no podía escribir. Le dolía la rótula derecha o tal vez se tratara del menisco. Se acercaba una tormenta y deseó mojarse entera, sin límites. Pensó en su madre, en todo lo que había vivido junto a ella. Los últimos años fueron duros, recorrió a su lado cada etapa del Alzheimer. Mano a mano con la soledad y aquella muñeca de trapo con el pelo de lana cobre que la anciana acariciaba, ocupando así plenamente sus horas.

El día que Flora definitivamente olvidó la identidad de su hija, Laura asumió que se había quedado huérfana. Cuidó de ella con el amor restante, por aquel entonces, de sus últimas provisiones. Vivir el deterioro progresivo de su madre redujo al mínimo sus reservas. Laura aprendió con eficacia a dosificarlas, porque comprendió que era la única herramienta a su alcance para poder sobrevivir.

La nadadora miró fijamente la pantalla del ordenador mientras buscaba una carpeta de documentos que desde hacía bastante tiempo no revisaba y mientras desplazaba el puntero deseó ser la muñeca. Reposar la cabeza sobre las piernas de su madre para que le peinase con los dedos arrugados cada centímetro de su cabello.

La mujer que no podía caminar y apenas sostenerse en pie,

La mujer que siempre llevaba los pañales puestos,

La mujer que lanzaba excrementos contra las paredes de su cuarto en medio de la noche.

Aquella mujer

era mi madre,

*la mujer que lo limpiaba era yo, su hija,
aunque ella no recordara mi nombre.*

Laura leyó el fragmento de un poema que escribió poco después de que Flora muriera, correspondiente a la época en la que su medidor personalizado del amor se puso a cero. Sintió miedo. El miedo que le provocaba el cansancio. Pensaba que si escribiese una novela sobre su vida dejaría algunos capítulos en blanco. Los imprescindibles para descansar y poder digerir lo vivido. Con cerrar un libro no basta, hay que mirar al vacío e instalarse tranquilamente en él todo el tiempo que sea necesario para poder asumir las experiencias vividas, aprendiendo a respirar profundamente en las pausas. Es injusto que entre acto y acto el telón nunca baje del todo.

Apagó el ordenador, cogió un impermeable y se puso unas botas. Bajó a la calle para cumplir su deseo. La tormenta dejó a gran parte del barrio sin luz. Ella llegó empapada a la guarida, sin puerta ni timbre, del nómada.

Borja estaba metido en un saco de dormir, miró a la visitante inesperada con alegría. Laura le correspondió y le preguntó si podía sentarse un rato con él. Aceptó encantado. —Nos daremos calor —le dijo el chico sonriendo.

La hizo un hueco a su lado y la tapó con una manta que tenía doblada. Se quedó sorprendido, nunca hubiese imaginado que Laura se sentara a su lado en el domicilio provisional de Rodotero. Le gustó que lo hiciese, le pareció un acto de valentía. Un vecino de la nadadora llevando a su hijo de la mano, pasó por delante, se saludaron y en el rostro del hombre se esculpió el desconcierto.

—¿No te da vergüenza que te vean conmigo tirada en la calle?

—No, de todos modos la vergüenza es algo de quita y pon —dijo Laura con el cuerpo encogido y la voz serena.

—Me has sorprendido. Eres valiente, muy valiente. Estarás congelada, tienes la ropa empapada...

—Quería mojarme, lo necesitaba, aunque ahora esté tiritando. —¿Dónde están los radiadores? —le dijo Laura sonriendo. Borja soltó una carcajada: — En algún lugar que desconozco, pero hay trucos para todo, el cartón calienta mucho, y los periódicos... Te voy a contar algo que vi el otro día de madrugada... No podía dormir, no sabía qué hacer, me puse a caminar y estaba a punto de desesperar. En un banco vi un cuerpo tumbado envuelto completamente en periódicos ceñidos al cuerpo con cinta aislante. Me asusté... no sabía si estaba viendo a un vivo o a un muerto. ¡Mierda! Pensé, algún hijo de puta se ha cargado a uno como yo y lo han dejado ahí, como una momia rebozado en papel. Dudé... dudé mucho, no sabía si estaba preparado para encontrarme un pastel, no en ese momento, joder... ¡menuda putada! Pero fui, ese hombre podía estar vivo todavía y tal vez yo pudiese hacer algo por él. Me acerqué, y vi el pelo que asomaba entre los papeles. El tipo no se movía, yo estaba acojonado. Necesitaba ver su cara y saber si respiraba. Le tiré del pelo suavemente, no hizo nada, tiré más fuerte y entonces movió una pata. Le dije: ¡Hey! ¿Estás bien? Entonces movió su cabeza y asomó la frente y los ojos. —¿Qué coño quieres? —me dijo con voz pastosa. —Saber si estás vivo, sólo eso, no voy a hacerte nada —le dije acojonado, aunque más tranquilo al ver que no se trataba de un muerto sobre un banco. Entonces él me dijo que sí estaba vivo y que no le tocara más los huevos.

—¡Menuda historia, Borja! A mi no me pasan esas cosas —dijo Laura efusiva.

—Mejor, es una mierda, a mí antes tampoco. No te pierdes nada, ya estoy yo para contártelas —dijo el nómada mirando hacia el techo y medio sonriendo.

Laura le miró con curiosidad, y en ese momento recordó lo que tenía que decirle.

—¡Por cierto! Tengo noticias, un hombre llamado Antonio te ha escrito. Dice que tiene un restaurante y le gustaría conocerte. Debe tener bastante trabajo y tiene una vacante.

—¿En serio? ¿Y cuándo?

—No lo sé —dijo Laura—. Yo no le he dicho nada, he venido para que puedas decírselo tú.

—¡Ah! ¡Cojonudo! Ahora mismo le contesto, pásame el móvil por favor.

Borja leyó el mensaje, se puso doblemente contento. Comenzó a escribirle en la pantalla táctil para concertar una cita y agradecer su interés. Mientras tanto, Laura se armó de valor para retirar la manta de su cuerpo, se puso en pie, la dobló, y la colocó en una esquina. El nómada lo envió y le dio las gracias a la nadadora. Se despidieron acordando que en cuanto supiese algo de Antonio ella se lo comunicaría.

Laura llegó a su cabaña de los inciensos pálida y cansada. El frío y la humedad le habían sedado. Su cabeza ya no albergaba pensamientos, había conseguido lo que necesitaba.

Ropa seca, un trozo de tarta de chocolate, el sofá y una película cualquiera.

Las siete cero tres, musitó Juan mientras apagaba la alarma del móvil. Humo, pensó, y con dicha palabra actualizó su estado en una red social. Después meó, se duchó, escuchó a Ayala roncar y se fue a la calle, concretamente al *Patatame You&Ours*.

Antonio estaba muy liado en la barra, había mucha gente desayunando acompañados del ruido matutino. Cucharillas, sobres de azúcar abriéndose, la máquina calentando la leche, las madres revueltas, los funcionarios del edificio cercano. Supuso que el resto eran aburridos parados.

Juan se quedó en una esquina, sentado en un taburete, como si fuese un adolescente que acabase de ser castigado. —Cambie la cara, en breve le atiende —le dijo Antonio sirviéndole un café junto a una sabrosa tortilla. El jubilado cambió el rictus, se percató de su actitud. Había salido de su casa tranquilo, y cuando entró al restaurante se dio cuenta de que existían más personas en el mundo. El trajín le atropelló por sorpresa, cuando tan solo anhelaba el cuarto de las taquillas, ese lugar por el que sentía tanta curiosidad. Hasta él se asombraba de su peculiar atracción por aquel espacio que simultáneamente le resultaba tan familiar.

Cogió un periódico, y en vez de leer recordó la conversación que mantuvo el día anterior con Lázaro sobre Ayala. Su amigo le dijo que quería conocerle, a él como siempre no le hizo ninguna gracia. Juan era bastante reservado y no le gustaba presentar a las mujeres con las que compartía momentos íntimos de su vida. Lázaro no conoció a Laura, tan solo vio una foto de ella. Tampoco le estrechó la mano a Celia. Aunque en ocasiones le habló de ellas, no llegó el turno de las presentaciones rutinarias. Un gigante ¿para qué? aparecía siempre en la mente de Juan cuando la situación se planteaba. No ser capaz de responder a esta pregunta hacía que los encuentros no se materializaran.

Antonio se acercó a Juan y le dio la llave del habitáculo. Le dijo que todo estaba listo dentro, que echase un vistazo y comprobase que el material necesario para comenzar estuviese a su disposición. El jubilado estaba contento, abrió la puerta y se metió dentro.

Efectivamente, todo estaba preparado para comenzar. Las taquillas ya no estaban allí, el plástico protector perfectamente colocado en el suelo y todo el material del listado en una esquina junto al lavabo. La escalera era roja, llamó la atención de Juan. Nunca antes había visto una de ese color, le recordó al logo de Pirelli, le hizo gracia. Las cortinas que cubrían la ventana tampoco estaban, ni los rieles, ni nada que pudiese entorpecer su trabajo. Antonio lo había sopesado todo, y se notaba, era de agradecer ya que con todo el trabajo que tenía de camarero, no esperaba encontrarse el espacio acondicionado.

Juan se puso la ropa de trabajo, para ello había escogido una camiseta blanca y vieja con la ilustración de un barco de pasajeros en la espalda. Le tocó en un sorteo que hicieron en un crucero entre los navegantes que estaban en una de las piscinas de a bordo. Pasó mucha vergüenza cuando el animador dominicano se la entregó. Todos le miraron aplaudiendo entusiasmados, como si hubiese ganado una competición deportiva de élite. La posibilidad de hacer el ridículo era algo que siempre le había aterrorizado. Con el paso del tiempo y la edad, el qué dirán le importaba menos, aunque todavía no hubiese alcanzado el grado de pasotismo que se había propuesto. Fue en aquel punto marítimo del Adriático cuando decidió por primera vez hacer algo al respecto. Luego se puso los pantalones de un chándal azul que su madre le regalo con cariño y sin acierto. Le sentó bien comprobar que podía ponerse la ropa que llegó a su poder hace quince años.

Antes de ponerse manos a la obra, se acercó a la barra y preguntó a Antonio si era un buen momento para hacerlo. Él le contestó que por supuesto, tal como habían acordado. Juan le agradeció los preparativos y le guiñó un ojo.

Entró y se quedó mirando las paredes verdes oscuras, ciertamente no le gustaban. Un espacio de tan pocas dimensiones necesita claridad, pensó.

Se puso en el pellejo del camarero, le imaginó duchándose allí, en ese lugar que nada tenía que ver con el resto del restaurante. —Debe ser como para tirarse de los pelos, después de pasar todo el día al servicio de los demás encontrarse con esto, tan oscuro —pensó. —Y tan seductor... —concluyó en voz alta.

El procedimiento para eliminar el color que iba a utilizar no era el más profesional, pero optó por ello para que Antonio no gastara mucho dinero ni el proceso llevase demasiado tiempo. Abrió la ventana y el bote de pintura blanca. Juan era un manitas, aunque su especialidad no fuese la que iba a realizar, confiaba en el óptimo acabado de la obra. Le gustaba el olor químico del pigmento, su textura, era como untar y aquello le relajaba.

Se subió a la escalera, realizó la primera pasada de rodillo tanteando el terreno. Extendió una segunda mano del blanco con cautela, después vino la tercera y con ella el encuentro con lo gustoso y la determinación. Pasaron unos veinte minutos. Juan parecía estar entrando en un estado meditativo.

El movimiento ascendente y descendente de la muñeca, el verde insistente que poco a poco se desvanecía, las partículas tóxicas de la pintura, la presencia de Eve Zit. Juan no dejó de pintar cuando la notó de pie junto a la escalera, mirándole mientras trabajaba.

—Haz como si no estuviese aquí —dijo ella.

—Es que realmente no estás, eres una sensación —respondió Juan sin mirar hacia abajo y sin dejar de untar.

Estaba tranquilo, muy tranquilo, disfrutando del proceso. No le sorprendió la visita, lo tomó como algo natural. El día que bajó la tapa del W.C. y se sentó sobre ella esperando la llegada de Lázaro, asumió que todo sería posible en aquel espacio. Juan agradeció la compañía, especialmente porque no necesitaba estar con nadie y el hecho de que Eve Zit estuviera allí no le había incomodado, ni tan si quiera le había dejado indiferente, en cambio fue de su agrado.

Lo inesperado es la clave de la seducción, pensó tras repasar con una brocha pequeña una esquina que se le resistía.

Antonio estaba fuera lidiando con el último desayuno en manada. No se sentía bien dando un servicio que él consideraba a medias, a pesar de ser educado y servir con rapidez. Envió la noche anterior un mensaje a Borja, el sin techo de Tot3. Esperaba conocerle por la tarde y que fuese de su agrado, ya que necesitaba a alguien con experiencia y él le había asegurado que la tenía. Le pareció un chico muy completo aunque el hecho de que viviese en la calle hiciese que los prejuicios asomaran.

Había recibido un montón de solicitudes para el puesto, la mayor parte de ellas de gente que tenía estudios universitarios, pero carecían de la formación necesaria como para afrontar con soltura el puesto que él ofrecía.

Un cliente le habló del caso “Nómada en la calle Rodotero”. Se había propagado por la red velozmente y la gente comentaba lo curioso que era. Antonio lo sopesó con seriedad antes de provocar un acercamiento. Finalmente, al ver que no tenía nada que perder por entrevistarle, se lanzó a la aventura. Estaba muy agobiado y cuando lo estamos, sabemos que cualquier posibilidad resolutive puede convertirse en una buena opción.

La suya, esperaba con ansiedad, asomaría la cabeza por la puerta del local en unas horas.

Juan descendió de la escalera. No quedaba rastro alguno de Eve Zit, no se habían despedido y el jubilado no recordaba en qué momento se había marchado. Con los pies en el suelo elevó la mirada, vio que había pintado la mitad de la zona superior de la pared, deseó subirse de nuevo y continuar, pero tenía sed y necesitaba consultar a Antonio el tiempo exacto del que disponía. Se refrescó la cara, lavó sus manos y pasó un trapo húmedo por la suela de las deportivas. Aunque estaba limpio, quiso asegurarse de no dejar el suelo del local marcado con las huellas a su paso.

Antonio sonrió al verle. Juan le devolvió el gesto con la boca de medio lado. El camarero estaba secando algo con mucho estilo, la espalda bien recta, la danza de la fricción con un paño blanco, sus manos expertas y ágiles.

—Tiene cara de haber salido flotando de una de una nube —le dijo mientras frotaba.

—Cuándo dejará de tratarme de usted? —replicó Juan.

El camarero hizo caso omiso la pregunta: —Señor, ¿está usted un poco embriagado por la pintura? ¿Tal vez colocado? ¿Necesita un zumo fresco o agua?

Sus bocas se transformaron en risas.

Juan se sentó en un taburete apoyando un brazo en la barra. Antonio le miró para decirle que ésa era una pose típica de albañil. A pesar de que el comentario hizo gracia al jubilado, éste corrigió su postura. —Tomaré un zumo de naranja, gracias —moduló su voz, provocando un tono grave.

—¡Marchando... señor Bogart del Rodillo!

Juan pensó en lo mucho que le agradaba aquel hombre, tenía clase —pensaba—, humor británico y hablaba tan sólo cuando tenía algo que decir.

—Aquí tiene, y unas aceitunas con anchoas.

—Gracias —dijo el jubilado metiéndose una en la boca—. ¿Sabes? Necesitas a alguien cuanto antes para que te eche una mano, estás desbordado de trabajo.

—Esta tarde entrevisto a un chico, pensaré en malva, para que todo salga bien —después sonó un suspiro que precedió la breve charla sobre los horarios de pintura.

Acordaron que hasta el mediodía, una buena hora de retirada, con margen antes de la llegada de los comensales. Juan se comprometió a acabarlo cuanto antes, se puso como máximo cinco días. Antonio le pidió que no se agobiara con los plazos. El jubilado le comentó que no era por él, sino por su negocio y el olor a pintura que podía infiltrarse en el comedor.

—No se preocupe, contaba con ello. Voy a colgar un cartel pidiendo disculpas por las molestias. Usted administre el tiempo como mejor valore. Ahora lo que me importa de verdad es encontrar un ayudante y no es fácil.

Antonio desplegó sus artes en la barra. Juan acabó la consumición y volvió al cuarto de las taquillas, no dejando atrás ni una aceituna en el plato.

Laura se quitó el disfraz, se apresuró para llegar a Rodotero cuanto antes y comunicarle a Borja que Antonio le había propuesto una entrevista a las seis de la tarde en su local. La nadadora sintió una aleta rota cuando leyó la dirección del restaurante. Pensó en Juan, en qué estaría haciendo con su vida, en cómo se encontraría.

Llegó a la guarida del nómada. Todo estaba empaquetado en una esquina, las baldas estaban vacías y él no estaba allí. Laura se puso nerviosa, tenía que contactar con él, decirle que tenía una oportunidad, contestar a Antonio antes de que todo aquello volara en pedazos. Entró en la herboristería y preguntó por él, no le habían visto en toda la mañana. Entró en la ferretería, el tipo le dijo que no recordaba haberle saludado cuando subió la persiana. ¡Joder! Laura pensó por un momento que tal vez el miedo le hubiese invadido. Ni una nota, nada. —Así no se pueden hacer las cosas —habló en alto—. Hay que estar pendiente, ¡joder!

Se compró un batido de chocolate y, mientras lo bebía, se colocó en un segmento. Allí estaba ella, era el punto situado en un extremo. —He de desplazarlo, así no se solucionan las cosas, muévete —se dijo con las comisuras teñidas de chocolate—. Confía en él, muévete hacia el centro, todo tiene una explicación... o no todo la tiene...

Volvió a imaginar a Juan: —Él es el ejemplo más claro —musitó depositando la botella en un contenedor. No entiendo por qué todo tiene que estar envuelto en plástico, echo de menos el consumo a granel. Hasta para hacer el amor hay que recubrir algo con látex. —¡Esto es una mierda! — Laura se rió de su pensamiento, deshizo gran parte de la tensión—. Entonces el punto se situó en el medio del segmento.

Borja apareció, estaba muy guapo, se había peinado, llevaba unos vaqueros claros y una chaqueta acolchada gris.

—¿Dónde te has metido? Tienes que visitar al dueño del restaurante. Estaba preocupada —esbozó la nadadora suavizando el tono.

—Ya he hablado con él, le veo a las seis. ¿Estoy guapo?

Laura se quedó estupefacta, no entendía nada. Tardó un poco en hablar, miraba al suelo como una niña pequeña haciendo cálculos aritméticos sobre las baldosas.

Elevó la cabeza diciendo: —Sí, estás muy guapo, pero... ¿cómo sabes lo que ha escrito?

—He ido a un ciber y he entrado en la cuenta, después he llamado al local y hemos hablado. ¿Qué te pasa?

—Nada, que estaba preocupada... tonterías. Lo importante es que esté solucionado, por cierto... ¿te vas a mudar?

—Espero que sí, he empaquetado para provocar un cambio. He dado el primer paso, ahora ya me queda menos —dijo Borja con seguridad y sonriendo.

—Lo conseguirás... ¿tienes un boli para apuntar mi número?

—Ya lo tengo, me lo diste el día que te empapaste.

—No lo recuerdo...

—Yo sí, lo guardé, junto con las claves de acceso a Tot3. Gracias por todo, Laura, sin ti no hubiese hecho nada —dijo el nómada con ojos tiernos.

—Anda, calla, me voy que tengo hambre y necesito escribir. Espero no verte mañana por aquí. Laura habló energética pero con cierta tristeza que Borja detectó.

—Laura... tienes chocolate en los morros. ¡Estás graciosa!

—No te creo... me estás tomando el pelo Borja.

—No, de veras, ¡como que pareces una niña después de meterle mano al armario de las chuches!

—Anda... lo dicho, estamos en contacto. Yo me voy, ya sé que todo está bien así que voy a cuidar de mí ahora.

Borja le dio un beso a Laura en la mejilla, ella se quedó rígida y le deseó suerte, después se fue a su cabaña de los inciensos.

Cuando metió la llave en la cerradura se dio cuenta de que el beso le había gustado, hacía tiempo que un hombre no le besaba con ganas, aunque fuese en la cara.

Uno de los cocineros del *Patatame You&Ours* hacía su turno de tarde en la barra. El restaurante estaba tranquilo, Antonio había colgado el cartel de las disculpas en la pared interior contigua a la puerta de la entrada. Estaba sentado a una mesa repasando unas facturas cuando un joven moreno de piernas largas entró en el establecimiento. Se dirigió a la barra y preguntó por el gerente. El cocinero le indicó que era el hombre a su derecha y que le estaba esperando.

El nómada se acercó a él: —Disculpe soy Borja —le dijo sonriendo.

Antonio se puso en pie, le saludó y se estrecharon las manos.

—Siéntese, estaba con algo tremendamente aburrido —mencionó mirándole fijamente a los ojos.

Borja agradeció la oportunidad que le había ofrecido. Antonio le pidió que hablase sobre él.

—Me va resultar difícil, pero lo haré, ¿no quiere hacerme ninguna pregunta concreta?

—No, todavía no —contestó Antonio.

El nómada visualizó sus enseres empaquetados en la calle Rodotero. Aquella imagen le animó a hablar con soltura.

—Como bien sabe, llevo muy poco tiempo viviendo en la calle. La vida hizo que yo fuese uno de ellos, y la verdad es que jamás lo hubiese imaginado. No voy a entrar en detalles ahora sobre el conjunto de situaciones que me pusieron de patitas en la calle, pero quiero que sepa que ni las drogas, ni la violencia ni los robos tuvieron nada que ver con mi destino. Soy un tipo normal, trabajador, llevo desde los dieciséis en este oficio, trabajando en barra y en cocina. Después hice cursos, aprendí con Joan Zomes a refinarme entre pucheros, con Cristina Timbras el arte de la repostería y los helados.

Puede hablar con ellos y pedirles mis referencias, creo que hablarán bien de mí, aunque no sé nada de ellos desde hace tiempo.

Mi último trabajo fue en Menekis, no sé si lo recordará, pero cerró hace un año y medio, salió en los periódicos. El dueño estaba metido en asuntos turbios. Fue una sorpresa para todo el mundo.

—Sí, lo recuerdo —dijo Antonio con interés.

—Justo unos meses antes decidí crear una empresa de helados. Comencé a invertir mucho dinero yo solo en el proyecto mientras curraba en Menekis. Entonces las cosas también se torcieron con mi novia, me dejó, y con motivo, ya que me acosté con otra varias veces y yo no estaba a la altura de las circunstancias. Me quedé con la hipoteca, con la maquinaria, sin trabajo e intenté resolverlo pidiendo otro crédito y cobrando el paro de golpe. Nada, la jodí, intentando solucionar todo sin llegar a nada... bueno, llegué a la calle, pero eso usted ya lo sabe.

—Me gusta la hostelería, me muevo bien en la barra y en la cocina, trato bien a los clientes, soy legal y estoy dispuesto a aprender. No sé qué más decirle... si quiere puede preguntar y dejar de tratarme de usted —dijo Borja con ganas de escuchar a Antonio hablar.

—Me alegra escuchar que tu historia no tiene nada que ver con adicciones o con infringir la ley. Ven conmigo, te voy a enseñar el restaurante.

Borja aceptó encantado, a pesar de empezar a sentir impaciencia, parecía haberle gustado pero aún no tenía la certeza. Era difícil adivinar el siguiente movimiento de aquel hombre.

Antonio le mostró todo el local, charlaron sobre la idea del negocio, la clientela, el equipo, la limpieza y las patatas.

Finalmente se sentaron de nuevo. Antonio invitó a Borja a leer la carta. Éste se sorprendió al verla en inglés.

—¿Cómo así? —le dijo señalando una descripción anglosajona.

—El inglés es una de mis aficiones, llevo estudiándolo por mi cuenta unos años. Me relaja después del trabajo. Veo películas originales con subtítulos

en español, leo libros de gramática, prensa en inglés... todo lo que pillo. Últimamente estoy viendo una serie sin subtítulos, no me entero de todo, a veces ni de la mitad, pero seguramente llegaré a buen puerto, es cuestión de tiempo.

—Nunca está de más. Pensé que querría franquiciar locales en el futuro y se estaba preparando para ello —dijo Borja pensativo.

—No, no es mi plan, pero todo es posible y tú lo sabes bien —replicó Antonio sonriendo.

Los dos se rieron y Borja intentó pronunciar algunas palabras. —El inglés no es lo mío —le dijo. Antonio cogió la carta y la cerró, miró de nuevo fijamente a Borja y le dijo: —Tal vez tengas que aprender un poco si vas a trabajar aquí.

—¿Es una oferta? —contestó el nómada entusiasmado.

—Sí, hablemos de números —dijo Antonio con firmeza. Sacó una libreta del bolsillo y le dio un bolígrafo. Piensa cuánto quieres ganar y escríbelo. Voy al baño, discúlpame.

—Estoy flipando —pensó Borja—. No sé qué cojones poner... Mil doscientos y las horas de momento me dan igual. No sé qué pensará. Lo escribió en la libreta con números pequeños.

Antonio regresó al asiento. Miró la cifra y después miró a Borja.

—Acepto, luego ya veremos. Serán 40 horas semanales, aunque ya sabes cómo va esto.

—Sí, lo sé, llevo años en la profesión.

—¿Puedes comenzar hoy? Creo que hay unas cuantas reservas para las cenas.

—Me gustaría, pero tengo que buscar un sitio para mis cosas.

—Tengo un amigo que alquila una habitación en este bloque, si quieres podemos hablar con él, no creo que sea conveniente que estés en la calle y trabajando aquí.

—¡Joder! Perfecto, hablemos con él. Ya lo siento... se me ha escapado el joder.

—No te preocupes. Vete a por tus cosas y lo tendré solucionado a tu regreso.

—¿Seguro? ¿No hay ningún problema?

—Es mi amigo, lo solucionaré; tú vete, o se hará tarde. Te necesito a las 8:30 en marcha aquí.

—Genial, volveré con el cargamento —dijo Borja sonriendo, levantándose de la mesa.

Lázaro estaba en la emisora tomando una cerveza checa, cómodamente recostado en un sofá en la sala de espera para los invitados. Sabía que no estaba citado ninguno, al menos en unas horas, y aprovechó la ocasión para salir de su despacho y leer algunos de los relatos cortos que se habían presentado al concurso de la emisora.

Llevaba dos días haciéndolo en sus ratos libres, el tiempo apremiaba. Era parte del jurado por tercer año consecutivo, junto a una representante del patrocinador y otro de una editorial pequeña pero con fieles seguidores. Hasta el momento ninguno de ellos había llamado especialmente su atención. Cogió uno titulado “El Quiste” y empezó a leerlo limitando expectativas, después de haber puesto en los anteriores tantas ganas desde el principio, para finalmente comprobar que ninguno estaba a la altura del interés depositado. Decidió no golpearse de nuevo contra el muro de la decepción. Pensó que de este modo tal vez ganara objetividad en su criterio y no volvería a sentirse defraudado por la capacidad narrativa de los concursantes.

Lázaro leía mucho, toda clase de libros y ediciones impresas de temáticas variadas, desde ensayos hasta novelas negras, dependiendo de la fase emocional que estuviese atravesando.

Cuando llegó aproximadamente a la mitad del relato sonrió y volvió a leerlo desde el principio, despojándose del cinismo e iniciando una nueva lectura con ilusión. Llegó al final y esta vez la sonrisa le incitó a releerlo.

...Salí de allí respirando holgadamente, pensando en tomar el aire, beber el frío y preguntándome cómo podría saber si un quiste se infecta.

Puede que explote, pensé. Entonces me enteraré.

Lázaro leyó la última parte en voz alta, despacio, saboreando cada una de las letras, le añadió un fondo amarillo que se convirtió en un papel cuadrado con adhesivo en el reverso, lo pegó en la puerta de la nevera de su casa junto con otro pósit en el que se leía el nombre y el apellido de una mujer, la enigmática poseedora del quiste de cuatro milímetros en la base del cráneo, Lucía Antón.

Se tumbó en el sofá de la sala, dobló las rodillas y se puso un cojín entre las piernas. Allí no había ninguna posibilidad de recibir visitas. Abrió una novela policiaca que llevaba siete meses intacta, sin tener ni una de sus huellas dactilares más allá de la cubierta; se titulaba “La Baldosa Negra”.

Leyó atrapado, devorando, y cuando alcanzó la página cincuenta y siete el teléfono sonó. Se levantó sin ganas de cogerlo. Dudó, pero lo hizo porque vio que era Juan quien le llamaba.

—¿Qué haces Lázaro? ¿Cómo estás?

—Aquí, leyendo una novela interesante.

—¿De qué género, si se puede saber? —preguntó Juan con curiosidad. Le conocía tan bien que sabía que la respuesta le daría muchas pistas sobre su estado actual.

—Novela negra, y es muy buena —Lázaro bajó el tono de su voz, como si corriese peligro de ser grabado por algún micrófono oculto. Juan se quedó callado y después soltó una carcajada. Lázaro le llamó cabrón.

—Sí, te he pillado, cuenta y ¿quién es ella?

—Lucía Antón, aunque no es su nombre real, es un seudónimo.

—¿Es escritora?

—Tú que crees? —Lázaro sintió algo en el pecho—. Eres un cabrón y por segunda vez te lo digo, no hagas preguntas, sabes lo mismo que yo sobre ella, casi nada.

—De acuerdo, me callo, pero que sepas, aunque no quieras admitirlo, que te ha dado fuerte. Las novelas negras solo las lees cuando te enamoras.

Cuando tengas más que contarme avísame. Yo estoy bien, pintando en un bar, tiene tela el asunto.

—¿Desde cuándo pintas bares? —Lázaro se rió.

—Desde que tú has vuelto a leer ese tipo de novelas —contestó Juan con sorna.

—La semana que viene quedamos para cenar, tengo ganas de emborracharme contigo, puede que lo necesite, estoy muy liado con el trabajo y el concurso de relatos cortos.

—No te preocupes, yo también ando liado, vuelve a la lectura, en breve yo haré lo mismo.

Lázaro colgó el teléfono un tanto confundido, su amigo había provocado que su quiste explotara. Reconoció que Juan tenía razón, sabía de qué hablaba, él en cambio lo único que sabía era que tenía un nombre de mujer en alguna parte infectada de su cráneo.

Laura habló con Celia y concretó los detalles para su encuentro con Zoe y Alex. La nadadora se sintió incapaz de afrontar su nuevo trabajo como cuidadora. Estaba más cansada de lo habitual, sensible, deseaba tener unos días para ella, sin trabajar, tal vez fuera de la ciudad o quizá en su casa, le daba exactamente igual. Anhelaba soledad, recomponerse, actualizarse, reprogramarse, reponer fuerzas. Lo último que quería hacer era meterse el fin de semana en casa de unos desconocidos. Meditó un buen rato sobre el asunto laboral, tumbada en la cama mientras de fondo sonaban los Cocteau Twins. Se atragantó varias veces digiriéndolo. Todo lo que asemejó en inicio a un salto mortal, concluyó siendo lo que verdaderamente era: la consecuencia de una decisión que bien pudiera durar un par de días o prolongarse en el tiempo.

Aceptar una proposición no la hace irrevocable, pensó. Seguidamente sintió un alivio recorriendo sus extremidades. Finalmente asumió su decisión sin otorgarle mayor trascendencia: —el Sí y el No cohabitan en el mismo segmento —resumió.

Todo dependía de ella, nadie la había forzado, el alivio se hospedó en su cerebro y fue entonces cuando dejó de cuestionárselo. —Todo se verá, y a su debido tiempo —musitó, subiendo el volumen de una canción que le encantaba—. Hizo un dueto con la cantante. A pesar de que Liz tuviese una voz equiparable a un instrumento místico, se acopló muy bien a su tono.

Después de abrir el pecho y soltar sus emociones, simuló una toma de contacto con los críos, imaginándose jugando con ellos a las palabras bellas. Se trataba de un juego que practicaba cuando estaba triste, nunca lo había compartido con nadie. Supuso que sería una buena idea hacerlo con los infantes.

Laura se sentó en su esquina de trabajo, encendió el ordenador y abrió un documento Word donde guardaba las palabras que registraba. Había cientos de ellas, agrupadas en diversos listados con sus fechas correspondientes. Tecleó animada uno nuevo. Algunas palabras casi siempre se repetían, pero no podía remediarlo.

Zancada

Alcahuete

Mercenario

Aritmética

Desilusión

Cristal

Trueque

Papel

Consorte

Soberbia

Obsidiana

Anestesia

Overrun

Escribió la última palabra y recordó el momento preciso en que leyó un artículo sobre una joven graduada en química llamada Margaret Thatcher, años antes de dedicarse plenamente a la política británica. Visualizó a quien posteriormente sería rebautizada como “La Dama de Hierro” con una bata blanca en un laboratorio junto con el equipo de químicos que trabajaron en el desarrollo e investigación sobre los “Métodos para la conservación de la calidad del helado espumoso mediante la inyección de aire”.

Elaboraron la fórmula para la posterior producción industrial de un tipo de helado conocido como “Soft served ice cream” que se caracteriza por su bajo

coste y derretirse con facilidad. Como los que se sirven en las franquicias de comida rápida estilo americano y los establecimientos de yogur helado al que se le pueden añadir todo tipo de *toppings*.

El día que Laura descubrió que el aire era un componente fundamental del helado sintió algo que resonó en su cabeza. Días después el interés le condujo hacia lecturas sobre la producción del mismo. Se sorprendió haciéndolo porque jamás hubiese sospechado que la aireación del helado pudiera causar tal impacto en su persona. El equilibrio entre la proporción de los ingredientes sólidos y el aire le sedujo porque encontró paralelismos asombrosos en la interacción, proporción y calidad del resultado de los mismos componentes aplicados a las relaciones personales: lo sólido le sugería los pilares consistentes de la comunicación entre las personas, lo íntimo, lo profundo. El aire lo equiparaba a lo liviano de las relaciones, a la capacidad de ventilación, de renovarse, a la habilidad para respirar en las profundidades sin ahogarse.

La importancia de ambas en la ecuación es la misma. Cuando aprendemos a mantener el equilibrio proporcional en la mezcla conseguimos resultados de calidad, relaciones genuinas y llevaderas con plena confianza, sintetizó la nadadora en un texto que escribió al respecto.

El *overrun* es el índice de aire que se incorpora al helado. Es un ingrediente necesario y también barato. Cuanta más masa sólida contenga el preparado más aire se añade a la composición. Un helado con ingredientes sólidos de calidad y poco aire resultaría demasiado pesado y difícil de digerir, en cambio si se le añadiese demasiado aire perdería calidad y se desharía rápidamente. El porcentaje óptimo medio de *overrun* que se añade a la masa sólida para asegurar la calidad del producto resultante oscila entre un 30% y un 40%.

El sujeto A se relaciona con el sujeto B.

Ambos insuflan un porcentaje de aire aproximado de un 70% a su relación.

El calificativo adecuado para valorar el resultado de la interacción entre ambos sería..

Superficial

La mujer O se relaciona con la mujer I.

Ambas insuflan un porcentaje de aire aproximado de un 15% a su relación.

El calificativo adecuado para valorar el resultado de la interacción entre ambas sería...

Agobiante

El sujeto B se relaciona con la mujer O.

Ambos insuflan un porcentaje de aire aproximado de un 35% a su relación.

El calificativo adecuado para valorar el resultado de la interacción entre ambos sería...

Equilibrado

Celia tenía prisa, mucha prisa, iba a recoger a sus hijos al Club 55.

Cruzó el parque, caminaba moviendo su melena dorada afrancesada, pulida y brillante. Su culo también se movía. Tenía caderas anchas, un tanto desproporcionadas con el resto del cuerpo, que disimulaba eligiendo los cortes apropiados de sus prendas y calzando tacones en los que caminaba como si fuese un águila de cierta edad.

La GPS no sabía volar. Nunca lo había intentado, lo suyo era aferrarse al suelo pretendiendo no hacerlo.

Estaba de mal genio, hasta los árboles que veía le parecían feos. No era algo en lo que se fijase habitualmente, pero aquel día los miró, tal vez fuese la primera vez que observase sus copas, a pesar de haber pasado por allí muchas veces. —¡Tengo prisa, joder! —pensó mientras encendía un pitillo y atravesaba el área de juego de los niños con sus columpios correspondientes.

Vio un hombre alto, atractivo, de unos treinta y cinco, de pie sobre el suelo mullido. Dos niñas subidas en una estructura de metal saltando antes de lanzarse por el tobogán. El tipo miró a Celia, ella movió su cabeza hacia un lado y cambió el destino de su mirada. Pasó por su lado con la certeza de que él miraría su trasero cuando pasara de largo.

—¡Disculpe! —dijo el presunto padre de las crías a su paso.

Celia frenó casi en seco, dio una calada al cigarro creando una pausa voluntaria, sabía que generaría más misterio y expectación. Finalmente se dio media vuelta.

—Disculpe, esta zona es para niños y está prohibida para fumadores — soltó el tipo mirándole seriamente al centro de las pupilas.

Celia se sorprendió ante el inesperado ataque, dio otra calada al cigarro y controló cualquier atisbo de emoción. Le miró fijamente a los ojos. El

presunto padre le había ofrecido, sin saberlo, la gota que colmaría su vaso.

La GPS por fin pestañeó, avanzó dos pasos y se puso cerca de él. Sacó un cenicero de plata portátil que tenía en el bolso, apagó el pitillo, cerró la tapa y seguidamente guardó con elegancia la colilla. Después dijo: —¿Ah sí? El hombre reiteró: —Señora, esta zona está prohibida para fumadores.

—¿Y para hijos de puta? —saltó Celia esbozando una sonrisa forzada—. El hombre puso cara de cabreo.

—Oiga, controle... La GPS no le dejó terminar. Sacó la furia que llevaba dentro y su vaso se desbordó a los pies de aquel tipo.

—¡Mira!, ¡también debería estar prohibido que este parque lo cruzasen hijos de puta y por lo que veo a diario lo atraviesan unos cuantos!

El tipo se quedó plantado y estupefacto. Ella balanceó sus caderas caminando con prisa, mucha prisa, para llegar a la hora exacta en que sus hijos salían de la piscina. Lo consiguió a tiempo, saludó a unas cuantas personas. Zoe salió primero y abrazó a su madre. Alex asomó su cuerpo arrastrando la mochila y con cara de agotado. Celia les llevó a merendar, tomaron chocolate con churros y les habló sobre su nueva cuidadora.

Unos pendientes largos, tiras finas plateadas que acababan en unas bolas azules de cristal colgaban de los lóbulos de Ayala. Se mecían como los péndulos de los círculos polares. Miró el móvil, tenía dos llamadas perdidas, una de Adam, la otra de Fernanda. No llamó a ninguno de los dos porque ya tenía planes. Había quedado consigo misma para ir a una exposición nueva en la Sala Faucon.

Se vistió de azul marino, de arriba abajo, excepto por las botas que eran rojas. Pensaba que era la heroína de un cómic cuando las calzaba. Se puso los anillos cobres con cabezas de búhos, se miró las manos y le hizo gracia.

Caminó observando como los otros seres, esos que toman forma de hombre o de mujer, iban disfrazados. —Al final vestirse es igual que disfrazarse —comenzó a divagar entretenida—. Da exactamente igual lo que te pongas. Todos vamos disfrazados aunque siempre pensemos que nuestro disfraz es el correcto. Un mero trámite, casi burocrático, al que damos demasiada importancia, hasta nos juzgamos los unos a los otros por la elección de nuestras prendas como si fuese algo verdaderamente importante. —¡Es ridículo! —concluyó cuando llegó a la entrada de la galería.

Era una exposición conjunta de artistas multidisciplinares polacos. En varias ocasiones, Ayala había sido tomada por una chica polaca, debido a sus facciones y el óvalo de su cara. Le gustaba que otros pensarán que era de otra nacionalidad, aunque le importara una mierda el concepto que había detrás de las naciones.

La luz de unos neones acoplados a una tabla blanca colocada en una pared bañó su figura solitaria en el diáfano espacio. La obra no le gustó, le pareció una pieza para rellenar el catálogo, aunque se quedase allí delante de ella haciendo como que miraba, cuando en realidad lo único que pretendiese era bañarse en una luz de color bermellón.

Se sintió preciosa de pie, entregada a la nada, rellena de arte contemporáneo. Intuyó que pocas cosas de las que allí viese despertarían su interés en aquella ocasión.

No le importaba, la sala era un lugar de esos a los que acudía cuando todo parecía estar tejido de cosas imprescindibles en la ciudad. La mentira que lo alimentaba también alimentaba su soledad. Esa soledad que le inundaba de vez en cuando, proveniente de su adolescencia al borde de un glaciar.

Se contuvo tanto que se creyó su propia historia polaca, estoica, la Ayala indestructible en el teatro de los mentirosos.

Estaba aprendiendo a quejarse, porque hacerlo no significaba dejar de valorar lo que uno tiene, quejarse es sacar lo que pesa, comprendió. No quiero dar pena, no, pero lo mío he tenido, ¿por qué cojones no voy a soltarlo? Prosiguió con su protesta interna parando delante de cada una de las obras.

Se sentó en un banco gris para ver los vídeos proyectados. Intentó leer a distancia la placa que estaba en la pared con el título de la pieza. Su vista no alcanzó, como esperaba. Una mujer de cabello blanco se puso a untar una rebanada de pan con un foie.

—¡Ya sé cómo se llama esta obra! —Ayala abrió los ojos sonriendo ampliamente—. ¡¡Se llama Puturrú!! se dijo y después no pudo reprimir soltar una carcajada.

La misma acción se repitió durante diez minutos, mientras una voz en off canturreaba, supuso, tradicionales canciones francesas. Ayala, tarareando, agradeció a los autores su aportación al mundo del arte.

Junto a la recepción, a la entrada, donde estaban sentadas dos chicas muy amables, una vestida con el uniforme de seguridad y otra seguramente también disfrazada, aunque no se veía de qué iba, se encontraba Ayala. Ojeaba algunos catálogos de anteriores ediciones. Miró uno con detenimiento, el autor era un sueco que sacaba fotos a maniqués comiendo guisantes en diferentes lugares. La inquilina se quedó pensativa, no

reflexionó sobre lo que había visto en el libro y volvió a toparse de bruces con la soledad que le acompañaba.

—¿Te doy la mano? —le dijo un niño que estaba por allí.

Sorprendida, bajó la cabeza y miró las botas rojas de heroína antes de dirigirse al crío.

El niño le contemplaba con cara de adoración.

Ayala agarró su mano sin decirle nada, entonces la madre apareció con intención de disculparse, a pesar de que no tuviese ningún motivo evidente para hacerlo. La inquilina le permitió que lo hiciera. —Burocracia —pensó, mientras soltaba la pequeña mano—. Los tres se despidieron haciendo gestos infantiles con los brazos.

Ayala regresó a casa con la intención de volver a salir. Cogió un bolso más grande, metió varias cosas, y se puso otro disfraz. Salió a la calle y regresó dos días después.

Juan se preocupó por ella pero no hizo nada.

Cuando la inquilina regresó, soltó el nudo que le había oprimido el estomago durante dos días.

Los dos días mencionados fueron agitados.

Laura conoció a los niños y al marido de Celia y se estrenó como cuidadora.

Lázaro se obsesionó por completo con Lucía Antón.

Borja se mudó bajo un techo y gustó mucho a Antonio cuando se puso en acción.

Juan pintó el cuarto completo de las taquillas en blanco. Imprimación realizada, camino del malva.

Celia cenó en uno de sus restaurantes favoritos, bebió vino blanco, folló con su marido y durmieron en un hotel de una localidad cercana. Desayunaron en la cama, tal como lo exigía el guión.

Ayala estuvo por ahí, bebiendo, fumando, bailando y también durmiendo sola en la parte trasera de la furgoneta de Adam. Tenía una copia de las llaves y su amigo ni se enteró. La inquilina pudo poner en orden su cabeza. Al fin, tuvo tiempo para ella, para decidir sobre su vida y así poder cambiarla. —Acupuntura —musitó— ahora que sé más o menos cómo cuidar de los demás, me gustaría curarles.

Salió de la furgoneta y cuando llegó a casa Juan no estaba allí. Estaba con Lázaro en el centro, buscando una impresora para uno de los ordenadores del locutor.

Ayala se preparó algo para comer e hizo un batido con kiwis, leche de soja y canela. Se metió en el cuarto, consumió algo de porno y se masturbó.

Después se puso en marcha para encontrar el lugar y la persona que le instruyese en su nuevo camino. Las opciones eran limitadas ya que la oferta también lo era.

Se envió un correo electrónico con los datos de ambos, “Acupuntura New” lo llamó, al día siguiente se acercaría a informarse personalmente.

Se duchó, olía a un poco de todo, menos a sexo compartido. No le gustaba acostarse con desconocidos, aunque tuviese ganas, muchas ganas y también posibilidades; prefería quedarse con sus orgasmos antes de desahogarse con algún extraño. Ya lo había hecho en el pasado, pensaba que era demasiado fácil. Un desahogo es un desahogo, nada más, no me interesa compartirlo. Volvió a masturbarse y se quedó dormida leyendo una novela.

Juan llegó a casa y la escuchó roncar. El resto de la historia ya se sabe, el nudo se deshizo. Aquella noche el jubilado durmió plácidamente. También se masturbó antes de caer rendido, no pensó en nada ni en nadie, mecánico, muy mecánico, tan sólo para desahogarse.

Laura nadó durante una hora después de estar con los niños. Quedó con una amiga para contarle su experiencia. Habló por supuesto de los infantes, que le acogieron bien. Eran educados, lo cual facilitó sin duda la relación. Ella fue una novedad para ellos y eso les entretuvo mucho. Después todo cambiaría, en cuanto tuviesen la confianza suficiente. Hasta entonces, ya se vería, lo que tenía claro era que quería seguir cuidándoles.

Cuando la nadadora recibió el sobre en metálico, se le abrieron un montón de posibilidades; incluso abandonar el disfraz de perra y centrarse durante la semana en la novela que se había propuesto escribir. Aprovechó mientras estaban dormidos para elaborar parte de lo que sería el primer capítulo. Su amiga le animó a dejar la tienda de complementos para animales, siempre y cuando tuviese los fines de semana amarrados. Laura asintió con la cabeza, después comentó un par de cosas que habían llamado su atención: vivían en un dúplex de unos 270 metros cuadrados, decoración clásica, en tonos pasteles, con toques ñoños como figuras de porcelana bucólicas, lazos en algunos cojines, bordados en las servilletas de la cocina y algún tapete que otro.

—Bueno —dijo a su amiga— hasta ahí todo dentro de la normalidad, su normalidad, —matizó— y continuó relatando: —Lo que me extraña es que no vi ni un solo marco con fotografías de ellos. No había ni un cuadro colgado de la pared. Me extrañó que en esa casa no hubiera retratos de los niños, ni fotos de la boda, ni de las vacaciones, ni tan siquiera de unos abuelos. Muy raro...

Su amiga no supo qué decir, se quedó pensando en algo que replicar.

—¡Ah!, y la otra cosa y con esto sabes que no quiero parecer racista, ni morbosa, ni nada. Pero no puedo omitirlo... su hija Zoe, es adoptada.

Su amiga preguntó cómo había llegado a esa conclusión.

—Es evidente, es china.

La amiga se quedó blanca. Laura dijo que era algo muy normal, pero que a ella algo le hacía sospechar, aunque no supiese el porqué.

El tío debe ser un fornicador, si se van de hoteles tan a menudo... —dijo la amiga— ¡aunque tal vez no tenga un buen esperma!

—¿Y el hijo mayor? —preguntó con curiosidad morbosa.

—De aquí, o de allí, me da igual: ni chino, ni ruso, ni caribeño —sonrió Laura mientras jugaba con un papel.

—Ummmmm —continuó su amiga— ¿y los marcos? Ahora lo veo, cuando lo has comentado me ha parecido una estupidez.

—No sé —dijo Laura mirando al techo— tal vez lo sea, pero no me encaja. Tal vez lo use en la novela.

—¿Y tu relato? —soltó la amiga exaltada— ¿Sabes algo?

—No, todavía no, pero lo sabré esta semana. ¡Cruzo las aletas!

Compartiendo risas pidieron otro Martini.

En el otro lado de la ciudad, Lázaro estaba reunido con los otros dos componentes del jurado. El locutor apostó por una clara ganadora. Los otros no lo tenían tan claro. El ganador se debatía entre el relato de Lucía Antón y un par más. Lázaro apostó doblemente, no sólo porque quería conocerla sino porque reconocía en ella su talento.

El hombre y la mujer del jurado rebatieron su argumento. Pusieron peros y el locutor estalló: —¡Coño! ¿No veis que tiene talento? ¿No os parece que sobresale del resto de relatos? —exclamó y se quedaron pasmados mirándole.

—Disculpen —dijo Lázaro, sentándose de nuevo en una silla, frente a ellos—. Es que... hoy en día tener talento y tener ganas, los dos juntos, no es fácil de encontrar. Prosiguió más tranquilo: —¿No creen que de los tres finalistas es el único escrito por alguien que no sólo se molesta en presentarse, sino que además es el único escrito por alguien con verdadero talento?

Se quedaron callados mirándose entre ellos. Lázaro salió a buscar más

bebidas.

Cuando regresó, el resto del jurado había tomado ya una decisión: —”El quiste” —dijo la mujer—. A pesar de tus modales... creemos que tienes razón.

Se dieron la mano, después Lázaro les recordó que ninguno de ellos pertenecía al jurado de un premio Nobel. No les hizo mucha gracia, pero el locutor con su risa contagiosa dibujó sonrisas tenues en sus rostros.

Lázaro salió de allí, contando las horas que quedaban para descubrir la verdadera cara... y culo, pensó, de la señorita Antón. Imaginó topándose con ella, alguien sin mucho atractivo físico pero con talento.

—No es la mujer de mi sueños, pero es la mujer que quiero —se dijo a sí mismo planteándose el hipotético caso de que su belleza solamente residiese en el interior.

Juan se despertó con ganas de quedarse en la cama. Retiró el flequillo de su frente, sintiendo que tal vez fuese un buen día para cortárselo. Escuchó la bomba del retrete, proveniente del baño de Ayala. Le extrañó que estuviese despierta tan temprano. Eran aproximadamente las siete y veinte, olía al café que preparaba la vecina.

El jubilado encendió el móvil, se sorprendió al comprobar que tenía un mensaje de Celia. Ayala ya estaba en la cocina, preparándose el desayuno. *Quiero verte pero me voy a Munich en unos días. No tengo tiempo antes. Necesito hablar contigo, vete pensando dónde cenar*, leyó lentamente sin ganas de hacerlo, de improviso, sin esperar encontrar la voz encriptada de aquella mujer... no ahora, pensó.

No contestó, no supo cómo reaccionar, no quiso hacerlo, se le volvió a encoger algún tramo del intestino grueso. No supo tampoco de cuál de ellos se trataba. Se despojó de las mantas y se metió en la ducha. Cuando salió, el aroma de pimienta negra del gel se entremezcló con el olor de las tostadas proveniente del otro extremo del piso. —Mi joven extremidad preparando el desayuno —musitó mientras se pasaba las manos llevando hacia atrás su pelo.

Ayala estaba untando mermelada de naranja amarga cuando Juan entró dedicándole un buenos días.

Ella se giró, sonrió y con la boca llena devolvió el saludo.

—¿Quieres que te haga una? —dijo la inquilina después de masticar parte de lo que tenía en la boca. Esa porción que le permitiría pronunciar las palabras con mayor claridad.

—Sí, gracias. ¿Puedo servirte café?

—¡Claro! Es un café especial.

—¿Sí? ¿Por qué? Esbozó Juan demostrando una gran curiosidad.

—Porque es el primer día de nuestras vidas —Ayala sonrió y el jubilado también lo hizo—. No supo qué decir ni tampoco a qué se referiría, pero sonaba bien y pensó que era algo positivo. Se sentó a la mesa frente a ella. Ayala le sirvió un par de tostadas con mermelada. Juan se puso contento.

—¡Así da gusto despertarse! —soltó pletórico.

—¡Ahá! Tú lo has dicho. A partir de ahora así serán todas las mañanas, las primeras de nuestras vidas...

Ayala se quedó pensativa, sujetando la taza azul junto a sus labios. Juan sintió que algo le había pasado. Se armó de valor y se lo preguntó. La inquilina bebió un sorbo, aún en el limbo, después reaccionó.

—Sí, me ha pasado algo —dijo sonriendo.

—¿Es un sustantivo masculino? —Juan puso cara de pícaro.

—¡No, hombre! ¡Es femenino!

Juan se llevó la tercera sorpresa matutina. Mordió con ganas la tostada y le preguntó su nombre con gesto recatado.

—Acupuntura, la señora Acupuntura —puntualizó en tono jocoso.

—¡Vaya! —Juan se llevó la cuarta del día—.

—No conocía tus gustos orientales —guiñó el ojo izquierdo y Ayala se descojonó de risa.

Conversaron sobre los deseos de Ayala, la decisión finalmente tomada, cómo lo decidió y sus ganas.

—Estaba en un *afterhours*, “The hunter”, había lo típico allí, pero variado y entretenido. La mayoría estaban pasados; en comparación con ellos a lo mío se le hubiese casi podido llamar falta de sueño, nada más —Juan estaba muy atento, le gustaba escucharla—. Les observé, siempre lo hago, pero el otro día fue diferente. Les leí cada exhalación, interpreté cada uno de sus movimientos y llegué a esta conclusión: todos son diferentes, aparentemente, pero todos tienen algo en común, sus células, la energía y la soledad. Obviamente ahí no metí el MDMA o la coca como denominador común, no

tenía importancia. Bailé, bailé mucho y mientras me movía observaba a todos discretamente.

—Quise curarles, clavarles mis agujas y aliviar sus malestares.

—¡Suenan un tanto tétrico! —dijo Juan.

Ayala prosiguió: —No, no lo es. No es la primera vez que me ocurre, ¡me ha pasado en tantas ocasiones desde pequeña! —suspiró—, pero ha sido la primera ocasión en la que me he visto, clavando las agujas con precisión en los puntos requeridos. ¡Imagínate qué satisfacción! verles con las agujas repartidas por diferentes partes del cuerpo—. Juan se quedó atónito, también lo había visualizado, pero para él no era agradable, ya que le recordaba a las jeringuillas y era un tanto aprensivo. Se lo comunicó a la inquilina puntualizando que entendía cómo se sentía y la ilusión que le podía causar tomar la firme decisión de cursar nuevos estudios.

—¿Cómo son los *afterhours*? —preguntó.

Ayala sonrió. —Ven un día conmigo —propuso.

—No sé... puede, pero dime si no te importa. Nunca he estado en uno.

—Los mejores suelen ser los que no se hacen en discotecas. Los que se hacen en garitos pequeños y con iluminación decadente, decorados como hace casi dos décadas —Juan le escuchaba con cara de estar a punto de descubrir algo—. Si no bailas, lo mejor es posicionarte cerca de los baños. Allí escuchas y ocurre de todo, es genial, divertido si sabes enfocarlo bien. Luego están las quedadas en diferentes puntos, las *raves* en edificios industriales abandonados o incluso en garajes... hay diferentes modalidades. Yo he dejado de ir a esas porque he visto a gente tan colocada tirada en el suelo...

Ayala marcó un silencio. Juan no estaba dispuesto a no saber más.

—Dale, Ayala, cuéntame.

—¿Seguro? —dubitativa le clavó la mirada, el jubilado asintió con la cabeza.

—Bueno, hay personas que caminan sobre otros casi inconscientes, tirados en el suelo, que ni se dan cuenta de que lo hacen. En la última a la que fui vi a uno bailando con las manos alzadas, cosa muy habitual, pero con cristales clavados y sangrando de las palmas. Ni se inmutaba, nadie lo hacía, todo era normal, hasta que los niños vendiesen el material a la entrada. Por eso fue la última de este tipo. Pensé que yo también me estaba acostumbrando a ver de todo, cuando lo único que pretendía era bailar, observar y divertirme.

—¡Vaya! —soltó Juan— ¡parece una película de zombies! ¿Qué hace una chica como tú en lugar como ése? —sonrió.

—¡Acupuntura ultratumba! —contestó Ayala.

—¿Sabes qué día es hoy aparte de el primer día de nuestras vidas? —preguntó el jubilado para cambiar de tema, ya que tenía lo que necesitaba.

—No —contestó la inquilina con curiosidad.

—El cumpleaños de una amiga. Cuarenta y dos. Se llama Laura y nada muy bien.

—¿Vas a quedar con ella?

—No, le mandaré un mensaje. No nos hablamos, aunque no podría explicarte el porqué. La culpa la tuvo un llavero burdeos de *Loewe*. Algo aparentemente sin importancia.

—Eso me suena, no sabría decirte tampoco porqué.

Ayala se quedó un tanto perpleja, no quiso hacer preguntas para no incomodarle. Ya conocía la faceta reservada de su casero, aunque con ella comenzara a soltarse.

Juan salió de casa aparentemente contento, el cuarto de las taquillas le aguardaba. Besó en la mejilla a la inquilina para despedirse. Ésta se sorprendió, y ya van cinco. Definitivamente se está soltando, pensó. Después, cuando estaba en la calle caminando hacia un centro de agujas recordó el llavero burdeos. Como el *Loewe* de Celia, musitó.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Siiiiiiiiiiii! —Laura se quitó la cabeza postiza de perra sin soltar el teléfono de la mano. Lo apretaba con fuerza, la fuerza de la ilusión. Estaba en una calle concurrida, al lado de una zapatería. Algunos transeúntes la miraron estupefactos. Metió el peluche bajo el brazo, lo apretó con fuerza, la fuerza de los sueños y seguidamente llamó a su amiga. Le contó que la habían llamado de la emisora para comunicarle que asistiese a la entrega de premios ya que era una de los tres finalistas. Compartieron la noticia con entusiasmo, quedaron para verse después y tomar unos martinis preparados.

Colgó y llamo a Borja. No cogió el teléfono, probablemente estuviera detrás de la barra.

Laura tomó aire, respiró con ganas cada brizna aumentando el volumen de sus pulmones. Una vez llenado el depósito se colocó la cabeza y continuó repartiendo panfletos. Las orejas largas que le caían a los laterales del rostro perruno gustaban mucho al público. Quienes se fijaban en ellas pasaban de la sorpresa a la ternura cuando se encontraban con ellas. Nadie sabía si era hombre o mujer, aquello le gustaba. —Son las ventajas de disfrazarse de animal —solía pensar.

Efectivamente, el nómada estaba trabajando, sirviendo los últimos desayunos de la mañana. Antonio estaba encantado con él, aunque no se lo demostrase del todo. Tenía que pasar más tiempo para confirmar su valía. La cautela le caracterizaba, aún no le conocía lo suficiente.

Unos cuantos curiosos se acercaron por el local para ver al “meridianocallejero”. Una chica del barrio colgó en la red la noticia e hizo que mucha gente se enterara de su ubicación. Las madres que se juntaban en el *Patatame You&Ours* durante las mañanas cuchicheaban sobre él, que si menudo culo y piernas, esos ojos profundos, un morenazo potente. Les daba morbo que hubiese sido un hombre sin techo, las experiencias al límite que

imaginaban, la alegría con la que trabajaba y ese punto cortante que en ocasiones manifestaba.

Antonio se percató de todo ello, le resultaba gracioso ver las caras de disimulo que les delataban. Él también se había fijado en todos esos detalles de la anatomía de Borja y estaba de acuerdo con todas ellas. —Un culazo es un culazo y es difícil pasarlo por alto —pensó mientras servía una manzanilla a una de las mujeres del grupo de vigilancia.

Juan estaba en el cuarto de las taquillas, llevaba un buen rato pintando de malva las paredes. La imprimación en blanco había quedado muy bien, mejor de lo previsto. No había ni rastro del verde oscuro, y se felicitó por ello.

Hacia frío dentro, pero no corría el aire, afuera una mañana seca de hielo soleado. Pintó, pintó con ganas, entrando en ese estado que ya le resultaba familiar. Había pasado el momento en el que el gong sonaba, la vibración posterior le mantenía en un estado de trance similar al que experimentó con Ayala el día que probó el porro.

Eve Zit estaba sentada en la taza del retrete, mirándole. Él ya se había acostumbrado a su presencia. En realidad no tuvo que hacerlo, le pareció natural desde el primer día. Juan creyó comprender de qué se trataba todo aquello cuando vio a la tercera persona allí sentada. Movi6 el rodillo de abajo arriba y de arriba abajo. No cesó de hacerlo cuando se dirigió a ella.

—Tú estuviste el otro día en ese garito con Ayala —dijo en voz baja.

Eve tenía las piernas cruzadas, un codo apoyado en el muslo, la mano sujetando su barbilla, inclinada hacia delante, mirándole relajada.

—Anda mujer, dime si tú estuviste allí —esbozó una leve súplica para provocar una conversación.

Zit no le contestó, ni tan siquiera descruzó las piernas o cambió de posición.

Juan deseó con fuerza que le hablase y así obtener una respuesta.

Eve le contestó: —No, no estuve allí. Ayala no me convocó. Aunque he estado con ella en algún *afterhours*, en esta ocasión no fui invitada —

concluyó, manteniendo la misma posición corporal.

—No te creo —dijo Juan medio sonriendo—. Yo tampoco te he invitado y aquí estás.

Eve comentó que tenía sus dudas al respecto.

—Aparezco cuando alguien me llama —replicó.

—Yo no te he llamado, ¡has venido tú solita!

—Eso crees tú, pero creer y saber son dos cosas bien distintas. Ya te he dicho cómo funciona. Ayala te lo explicó.

—Ya, pero en este caso no ha sido así —aseguró el jubilado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zit.

Juan sin parar de pintar se quedó pensativo. Algo que aparentemente era tan sencillo de contestar le produjo un bloqueo. —Ummmm, no sé, pero estoy seguro de ello —dijo sin más dilación.

—No puedes estarlo si no eres capaz de argumentarlo.

—Claro, pero es que me pillas así, en calzoncillos o en pinturas, con este vaivén y cierto colocón químico... No es justo que esperes un argumento sólido. Se trata de ser justos ¿no? —elevó un poco el tono de su voz.

—Sí, de eso precisamente se trata.

—Entonces ¿para qué has venido? —Juan untó el rodillo en la bandeja.

—Repito, eres tú quien me ha llamado, yo no me cuelo en las fiestas de nadie sin ser invitada.

La confusión del jubilado fue en aumento. —Ummmmm ¡Y ahora me dirás que estamos en un *afterhours*!

Eve Zit se echó a reír: —Tienes tu gracia, Juan — mantuvo las piernas cruzadas, estiró la espalda y entrelazó sus manos.

—¡Joder! Esto es un galimatías. Pero, sí, sí... es entretenido —reflexionó el jubilado.

La puerta sonó. Juan contestó con un adelante. Borja corrió la puerta.

—Bueno ya estamos más tranquilos —dijo, pasándose la mano por la frente—. Hombre, te va a dar un telele, ¡aquí dentro apesta! —el nómada sonrió—. Juan le miró con ojos acuosos, los efectos vibratorios del gong desaparecieron de repente.

—Será mejor que descanse un poco, un vaso de agua y una caña bien fría me vendrían muy bien.

—Venga, sal de aquí, te lo sirvo en barra, pero ¡sal a la calle para que te de el aire!

Juan miró hacia el retrete. Eve ya se había ido. Se quedó con ganas de seguir con la conversación y esclarecer algunas dudas. —En otro momento —pensó mientras se lavaba las manos—. Después cogió el trapo para limpiarse las suelas de las zapatillas.

El bar estaba despejado. Antonio había salido. Se asomó a la puerta, cogió el móvil, lo miró y recordó que tenía algo pendiente. *Felicidades nadadora*, escribió, lo envió a través de las nubes digitales. Respiró profundamente.

Laura lo vio inmediatamente. Le gustó que Juan recordara la fecha. Se lo agradeció con un *gracias* junto a un emoticono sonriendo. Le hubiese gustado contarle la noticia del día. No lo hizo porque pensó que quizá ni recordase que escribía. Podrían acabar intercambiándose más mensajes de los necesarios, dando lugar a dudosas interpretaciones. Era un riesgo innecesario, después de lo ocurrido entre ellos, algo que ni ella entendía. Lo valoró y la posibilidad de que surgiese algún malentendido le retiró la idea de la cabeza.

—No así, en frío, sin vernos las caras —concluyó.

Borja le llamó por teléfono, tenía la tarde libre, hasta las ocho. Quedaron para verse antes de la cita con su amiga. Él apareció radiante. Laura también lo estaba, se había puesto un vestido y los ojos le brillaban. Se alegraron mucho de verse, entraron en el primer bar que encontraron. El nómada contó que el tipo con el que vivía, el amigo de Antonio, le había recibido bien. El piso era acogedor y aunque su cuarto fuese pequeño tenía espacio suficiente para sus cosas. El dueño del restaurante le había adelantado el dinero de la habitación y lo justo para los gastos. Toda la comida que necesitara la podía consumir en el *Patatame You&Ours*. Borja hablaba acelerado.

—Un tanto ruidoso por la plaza que hay abajo, es una zona muy transitada pero con alma de barrio pequeño. Y Antonio y mis compañeros de la cocina... ¡profesionales, tíos profesionales! Se trabaja bien con ellos y ellos parecen que también conmigo. La verdad es que tengo todo lo que necesitaba, ¡ahora la vida irá haciendo el resto!

—Sí, sí, conozco la zona, hace tiempo iba por allí, tenía un amigo, ya sabes...

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer, si parecía que no tenías todavía el sexo definido!

Los dos se rieron con ganas. La nadadora se ruborizó y el nómada se dio cuenta. Le atacó por ahí y jugaron por ese sendero.

Después Laura le dijo que sabía poco sobre él, que la relación entre ellos estaba basada de momento en la intuición. Borja añadió que tampoco él sabía nada sobre ella y que el tema de la intuición lo podía resumir diciéndole: eres una buena tipa, y punto, se te ve. La nadadora no supo qué decir, sintió cómo las redes de energía que les rodeaban se apagaban. Decidió desenchufar la metafísica y se lo comunicó.

—Voy a hacer como si la intuición no existiese. Me la juego, hay algo que me inspira confianza en ti —se miraron sonriendo—. Entonces la nadadora le preguntó sobre las circunstancias que le llevaron a la calle Rodotero.

Borja le contó lo que ya había narrado a Antonio en la entrevista. Le habló sobre los restaurantes, la hipoteca, la ex novia, la amante y el negocio de los helados. La nadadora se quedó muda. Los helados le dejaron de piedra.

—¿Eres un maestro heladero? —soltó con voz casi infantil y las pupilas dilatadas.

—Jejeje, bueno, se me da bien y me encanta investigar.

—Entonces... ¿tú sabes lo que es el *overrun*?

—¡Ah! Claro, ¡espera que me lleva el viento... perdona, el aire! y tú... ¿cómo lo sabes?

—Me gusta—. Laura se quedó ensimismada, no le contó su teoría al respecto, cambió de tema para pisar tierra firme. —Dime, ¿y qué pasó con tu amante?

—¡Una tipa chiflada! Me engatusó —la nadadora le animó para que le contase más acerca de ella.

—Vale, te cuento, es la primera vez que hablo de ella con detalles. Se hacía llamar Phoebe en una red de contactos. No tenía foto ni nada, pero ya sabes cómo somos los tíos, si nos hablan por lo general contestamos, aunque luego sea una fea y gorda, pero hasta que lo verificamos con fotos o webcam seguimos el hilo—. Borja se sentía muy cómodo hablando con Laura, él

también percibía las redes, aunque no supiera cómo llamarlas. Ella estaba atenta a la historia.

—Bueno, no me voy a liar, al grano. Resulta que no me mandó ninguna foto y la capulla de ella ¡consiguió que quedásemos sin previo aviso! Con esto quiero decir que no le había visto ni tan siquiera la jeta. Bien, quedamos y era una mujer de unos cincuenta, sí, pero muy bien conservada: elegante, cautivadora, con unas caderas de élite—. Laura se rió, disfrutaba escuchando sus expresiones de chaval. Borja continuó: —Me dijo su nombre y recalco que era discreta, pasé un rato pensando que tal vez fuese una prostituta, ¡lo de puta lo reservo para luego!

Laura le interrumpió y preguntó el nombre de la mujer.

—Celia, se llamaba Celia—. Laura se sorprendió, el nómada había cogido carrerilla. —Bueno, la tipa me llevó a un hotel cercano. Tomamos algo y hablamos sobre mi proyecto de los helados. Parecía muy interesada en el tema. Yo ya no quería hablar más, no me sentía bien engañando a mi novia, iba a ser la primera vez y esperaba que la última. Bueno, en fin, no fue la última y mi novia acabó enterándose—. La nadadora no tenía suficiente con aquello, quería saber más sobre la Celia de Borja y no dudó en preguntarle al respecto. El nómada, aunque fuese un poco bocazas parecía no sentirse a gusto desvelando más sobre la identidad de ella. Laura supo cómo manejarle para que lo hiciera ya que su intuición había vuelto a encenderse y esta vez sí que no iba a apagarla.

—Esta tía era muy rara. Parecía muy interesada en mí al principio, también me insistía con que le hiciese un helado burdeos para regalar a sus hijos. Aquello me tocaba los huevos, no me gustaba que me pidiese nada. Entonces dejó de hacerlo y mostró menos interés por mí, ¡lo cual fue un alivio! Mi novia para aquel entonces ya se había enterado y entiendo que me dejara. Fui un cabrón y eso ya no tiene remedio. Con el agobio de la situación me entraron más ganas de follar, para desahogarme, y allí estaba ella. Cada vez me sentía más cómodo a su lado, aunque me pareciese de algún modo una pija tarada.

—Ella se prestó a ayudarme con el plan de negocio, que si bla bla, bla. Yo empecé a pillarme, eso creía, y a lanzarme con el negocio hasta que un buen día me mandó a la mierda. ¡Cuando vio que yo ya no era frío, ella se congeló! Y hasta ahora... no sé nada más, ni quiero saber.

Laura demostró comprensión, le preguntó qué modelo de coche tenía. Borja se quedó perplejo.

—¿La conoces?

—Puede...

Borja describió el coche. Laura se contuvo, sonrió para despistarle y aseguro que había sido una falsa alarma. El tiempo pasó con rapidez y el nómada se despidió invitándole a que se pasara por el restaurante.

—Se come muy bien, y conocerás a los tipos de los que hemos hablado.

Laura asintió con la cabeza y se dieron un abrazo. Después ella se fue consternada haciéndose un montón de preguntas. El material que le había otorgado sobre Celia confirmaba las sospechas que tenía sobre ella. —¡Vaya, vaya con la *Loewe!*, por algún motivo que aún desconozco me interesan sus asuntos —pensó, la inspectora jefe perra.

Juan volvió al cuarto de las taquillas con la esperanza de volver a encontrarse con Eve Zit. Subió la escalera para pintar la zona cercana a la ducha. Cogió rodillos y pinceles de diferentes tamaños. Se preparó mentalmente para enfrentarse a las esquinas de la mampara, deseó que la tercera persona apareciera. Untó, movió la muñeca, sonó el gong. Entró en el estado que tanto le gustaba. Zit le miraba mientras lo hacía, él todavía no se había percatado de su presencia. Una ráfaga fría entró por la ventana. Juan alabó la fuerza de los vientos y la aireación natural. Bajó para coger un trozo de cinta protectora. Eve estaba sentada en la posición que le había dejado antes.

—¡Menos mal que has venido! —dijo vigoroso.

—Tú me has convocado y aquí estoy.

—Ahora sí te he llamado, he deseado que volvieras —pronunció aliviado—. ¿Entonces?

—No sé a qué te refieres, tu dirás —Zit se puso seria.

—Mmmmm, me debes una explicación señorita Eve Zit.

—No lo creo señor Juan—. Eve estaba bien posicionada, la templanza y el rictus serio eran una amenaza para el jubilado.

—Me estás provocando. Subiré, y le daré al rodillo mientras tú me hablas de tus intenciones—. Juan hizo lo que dijo, Eve ni se inmutó.

El jubilado no entendía nada, había pedido a esa mujer que volviera y ella se negaba a soltar prenda. —No suelo insistir —dijo con resignación—, deberías valorar que lo hago.

—No tengo por qué. Lo normal es insistir cuando se quiere algo, no dejar que se marche la oportunidad. Claro, siempre y cuando no te conviertas en un

pelma, eso podría arruinarlo todo—. Zit se miró las manos, hizo una pausa para no extenderse y reiteró: —Juan yo no tengo tu respuesta.

El jubilado comenzó a sentirse indispuerto, quiso dejar los pinceles y abandonar la estancia. No lo hizo, untó y untó, para después deshacerse del exceso del producto. Lo repitió varias veces, luego movió la mano como la cabeza de un cisne. No quiso hablar con Zit y deseó que se fuera. Eve se quedó sentada con sus piernas perfectamente cruzadas y los dedos extendidos sobre las rodillas. Juan miró y vio la estampa. La ignoró e hizo como si no estuviera.

Así paso el resto de la hora. De vez en cuando Eve se miraba las uñas mientras formaba un abanico animado con los dedos. Ella estuvo tranquila, él no.

Cuando abandonó el cuarto Zit aún estaba allí, parecía que fuese a quedarse dormida, deseó de nuevo que desapareciese y corrió la puerta.

Celia chateó con el alemán. Confirmaron los datos del viaje, la estancia, la cita con el endocrino y la indumentaria de la GPS.

El marido apareció por detrás. La besó en la cabeza y ella apagó el aparato. El hombre sabía lo que estaba haciendo su mujer. Ya lo tenía asumido, no fue hace mucho cuando se enteró, más bien, cuando quiso darse por aludido. Ella le mantenía contento cuando se iban los fines de semana y era una buena madre. Se conformaba con ello y las infidelidades dejaban de serlo. —Le gustará que se la metan, qué le voy a hacer yo —pensaba el individuo.

Se conocieron en Londres, en el meridiano de Greenwich. Tenían treinta y seis años. Trescientos sesenta y nueve días después ya estaban casados. Los dos estaban allí por trabajo, solos y sin nada concreto que hacer en el tiempo libre. Escaseaba, sí, ese tiempo, pero ambos se encontraron en el lugar adecuado a la hora precisa. Así es la vida, para encontrarnos basta un segundo, para dejarnos nunca un segundo es suficiente.

Los dos sabían esto y se prometieron amor eterno. Nunca nos separaremos, aunque sólo sea por el bien de nuestros bienes. Hasta el momento se lo habían tomado al pie de la letra. Lo único que les diferenciaba era que él la amaba y ella a él no. En algún momento ella lo hizo, sí, lo recordaba. El problema consistía en que Celia no sabía amar, al menos eso era lo que decía a su marido.

Ella también se sentía cómoda en la situación en la que estaba: con un hombre que la quería y la aceptaba, aún conociendo todo el lote. Aquel pensamiento le aportaba estabilidad, que pronto rompía para aventurarse en el riesgo.

Últimamente pensaba que ya no había ninguno; desde que su marido lo sabía y lo había aceptado, el riesgo había desaparecido. Tenía que hacer algo

diferente, algo que no tuviese que ver con el sexo. Por eso había contactado con Juan. Para poner en marcha el nuevo entretenimiento.

El jubilado sospechó que algo tramaba aquella mujer. Todavía la relación entre él y Laura continuaba sin esclarecerse, ninguno de las dos habían dicho nada. Eran ya tres las mujeres que le debían una explicación, según él, transcribo literalmente.

Sintió un dolor en un cojón, el derecho concretamente, hasta ahí le estaba repercutiendo el asunto de las féminas. Imaginó a Ayala con el teclado, y la visión le tranquilizó. Le pidió que tocara la melodía hebrea de Achron. Se relajó después de una ducha hasta quedarse dormido en el sofá escuchando lo bien que tocaba.

Lázaro ya había leído un par de novelas negras, quería ponerse a leer otra, decidió no hacerlo y reposar la lectura. Veinte minutos después iba por la página cuatro de un libro de trescientas sesenta y nueve páginas. Devoró, como si hubiese devorado cada letra de Lucía Antón, hasta extinguir a la última de su especie. La pintó los labios de rojo y la sentó en el pequeño teatro donde se iba a realizar la entrega de premios. La butaca era roja, de terciopelo, trozos desgastados en un tono plateado. Ella era bella, piel pálida, ojos verdes, mirada de pluma esparcida, un culo apoteósico, pensó, cuando se dio media vuelta al poco de entregarle el sobre con el cheque de dos mil euros y una figura ridícula (por la cual algunos han recibido dinero después de diseñarla).

Lázaro no esperaba menos de una mujer que supiese mover las comas, los verbos y los adjetivos a su antojo: la dueña de su diccionario.

Tal como lo imaginó sucedió, con la excepción de que la Lucía de su fantasía era mucho menos atractiva. Tampoco tuvo que pintarle los labios porque los traía maquillados de casa.

La cadena ofreció un cóctel, las bebidas no estaban muy buenas, no tenían mucho presupuesto, pero estaban muy bien servidas. Eran tan coloridas y diversas que todos perdonaron la baja calidad del alcohol.

Lázaro continuó con su plan, se acercaría a Laura Sintra cuando bebiese algo más. Estaba con otra chica charlando y riéndose. Mucha gente se acercó para felicitarle. Laura fue amable con todos ellos, estaba entrenada en las artes de tratar con desconocidos. —De peluquera a perra —le dijo su amiga al oído—. La nadadora esbozó una sonrisa, no le hizo ni puta gracia en ese instante el comentario. Se preguntó el porqué mientras un hombre le hablaba sobre su nieta. Dedujo que el éxito se le estaba subiendo muy pronto a la cabeza. Eso le hizo menos gracia aún que la puta gracia. Decidió cambiar su actitud, para ello susurró a su amiga: —De peluquera a perra, si ellos lo supieran...

Se rieron y se fueron animadas a por unos canapés.

La nadadora se quedó junto a la mesa alargada, su amiga necesitaba ir al baño. El locutor lo vio y adelantó su entrada en escena.

Se acercó a ella, la nadadora le saludó, él la felicitó por su trabajo.

—Aposté por ti, aunque esto no debería decírtelo.

—¿Por qué no?

—Es secreto de sumario —dijo el locutor, acercándose discretamente a ella, usando su mejor tono grave.

—Bueno, bueno, ¿estás tonteando conmigo?

Lázaro se quedó tieso. Cambió la cara y el tono. Se la jugó a una sola carta.

—Me gustaría conocerte, invitarte a comer un día, o a lo que te apetezca. Si es que quieres.

—No lo sé... así en frío, me cuesta decidirlo. ¡Gracias por la proposición de todos modos!

Lázaro le dio un trozo de papel con su teléfono apuntado. La amiga volvió cuando se estaban despidiendo.

—¿Quién es ese, Laura?

—Un amigo de mi ex, pero él no lo sabe.

Laura había oído a Juan mencionarle. El locutor de radio era muy atractivo, le había puesto otra cara— diferente, ummmm, muy diferente a lo que había imaginado —. Ella hubiese dicho un sí, sin haberlo dudado, a pesar de sentirse desentrenada en el océano de las citas. Hacía tiempo que no quedaba con un hombre, no de ese modo y tenía los pies fríos, muy fríos.

Ayala eligió a su maestro de acupuntura, un coreano de unos sesenta y pico que tenía pinta de saberlo casi todo. Era serio, infundía respeto, sobrio y con los dientes muy pequeños. Le dejó claro lo duro que iba a ser y lo similar que era a estudiar medicina.

La inquilina tenía muy claro lo que quería. Escuchó las palabras de Yeong —Su con atención y quiso salir de allí moviendo las manos del modo en que él lo hacía, la lenta belleza de unas manos arrugadas. Las venas del maestro le recordaron al trayecto completo del Mekong. Aquel río le fascinaba.

Ayala salió de allí con una agradable sensación azul por todo el cuerpo. No había neones frente a ella. No estaba en una galería, o en un *afterhours*. Estaba frente a ella, reconociéndose tramo a tramo, sintiéndose libre como hacía tiempo no se sentía.

Quedó con Adam en la biblioteca.

Había demasiada gente y no sabían qué era peor, que estuviesen todos hablando o en completo silencio.

Les parecía tan misterioso ver a aquellos humanos leyendo en silencio, con miedo a bostezar o toser, ni qué decir de tirarse un pedo. Los cuellos inclinados, las miradas que se clavaban cuando elevaban las cabezas, y la luz, esa luz tan blanca como la de las carnicerías. Era extraño que la gente quisiera estar allí, tan solos y tan acompañados al mismo tiempo. Ordenados en filas, como psicópatas de la lectura intentando conseguir algo. El templo del silencio organizado.

Decidieron largarse de allí, porque tenían ganas de conversar. No sabían con exactitud de qué, entendían que no era el momento adecuado para estar juntos y callados.

Salieron a la calle, y se sentaron en el primer banco público que encontraron. Se miraron, Ayala le habló sobre el coreano. Adam le felicitó por haber tomado la decisión.

La inquilina no le dijo que había dormido en su furgoneta.

Cogieron ritmo, intercambiaron miles de palabras y gestos, rieron, intercalaron la seriedad con las estupideces. Adam finalmente propuso una subida al escenario de Eve Zit. Ayala se mordió el labio. Cuando se dio cuenta de que estaba imprimiendo la marca de sus dientes en él, relajó la mandíbula y miró a su amigo.

—Ok. Es un sí. Me muero de vergüenza, busca un lugar antes de que el pánico escénico se apodere de mí.

—¡Ja! Sabes que lo haré. Espero que no caigas muerta en el escenario.

—No lo haré. ¡No sin tu consentimiento!

Antes de despedirse Adam le regaló un anillo, era un gato azul y rojo, con la cola elevada. Ayala se puso muy contenta, se lo agradeció con un abrazo.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una tienda de libros, los venden en el mostrador para niños. Es de algún libro de fábulas... me gustó, me recordó a ti... ¡creo que se llama Moine!

—Es precioso... y parece estar contento, me intriga esa fabula. El próximo día que venga a la biblio la buscaré.

Juan llegó a casa muy cansado. En la mesa de la cocina tenía un mensaje de Ayala junto con lo que parecía un porro liado.

Te dejo esto por si quieres seguir reflexionando... o quedarte dormido en el sofá mientras lees. Puedes elegir su uso.

Hay un mechero en el cajón tercero, junto al papel de aluminio.

Prepárate un kit dulce, ¡no lo olvides!

Juan presintió que la jornada seguiría revuelta. No esperaba encontrarse el regalo de Ayala. Había pasado la mañana pintando el cuarto de las taquillas. Cuando llegó comprobó que Eve Zit aún estaba allí, en realidad no se había ido. Juan pensó que tenía cara de haber pasado la noche dentro. Estaba un poco despeinada, solo eso.

Se preparó un zumo de naranja. Lo bebió de casi un trago. Estuvo a punto de romper el vaso cuando lo apoyó en el mármol de la encimera. Después sopló hacia arriba. Fue el recordatorio de la desaparición de su flequillo. Se lo había cortado, ya no tenía una cortina que correr ni un telón tras el cual ocultarse. El sonido del teléfono de casa le sobresaltó. Sin ganas fue a cogerlo, un numero privado, barajó la posibilidad de que se tratara de Celia. En el último ring respondió, impulsivamente, rendido ante la curiosidad.

—¡Juan!

—¿Lázaro?

—Joder, ¡el mismo! Estás atontado, ¿ya ni me conoces?

—Sí... es que estoy cansado.

—He leído tres novelas negras... y ya la he conocido.

—¿A la mujer del relato? —dijo Juan despertándose de su letargo o lo que fuera que tuviese.

—La misma. Me ha dado largas. Pero voy a ir a por ella. ¡Me gusta mucho!

—No tengo duda de ello. Pero ¿te insinuaste?

—Sí, bueno, me puso contra la pared. Es muy directa, demasiado para un ataque convencional.

—¿Qué has pensado hacer entonces? ¡Parece un hueso duro de roer!

—Sí, lo es. Pero le daré su merecido, estaré a la altura.

—¿Nos vemos mañana y hablamos? Podemos cenar en el centro... hay un sitio nuevo. Sushi, como en los viejos tiempos.

—Vale, pero si consigo una cita con Laura Sintra, ¡olvídate de mí!

Juan sintió un golpe seco en el otro cojón. El que todavía no estaba perjudicado. No supo qué decir. Aunque le hubiese pegado una patada en la boca con ganas, reaccionó como era habitual.

—¿No se llamaba Lucía Antón?

—No, ese es el pseudónimo Juan. La auténtica es Laura.

—Bueno, hablamos mañana... estoy cansado. Suerte con la escritora.

El jubilado bebió un vaso de agua, después un Martini sin aceituna, y remató la sesión con la mitad del porro, en la terraza, congelado y mirando la plaza.

Ayala abrió la puerta de casa silbando. Juan escuchó la entrada, sintió un alivio cojonero. Fue a su encuentro, la inquilina saludó alegre. Juan hubiese perpetuado esa sonrisa en un cuadro si hubiese sido un pintor de verdad, no tan solo un pintor de rodillo en el cuarto de las taquillas.

Zit volvió a su cabeza, ocupándola de un patadón, el que no llegó a propinar a su amigo. Recordó el sonido del gong y el estado que le precedía. —Ni un segundo se movió de allí la tipa —pensó—. Sentada, mirándome, y yo sin dirigirle la palabra. No se marchó, y me contuve, ¡joder que si me contuve! Como no se vaya no sé qué va a pasar allí. Dejaré de ser dueño de mis actos.

Ayala salió de su habitación y decidida se dirigió a él.

—Te invito a comer, ¿vamos al *Patatame* o como se llame?

Juan no tenía ni pizca de ganas, pero aceptó con tal de estar con ella. Le vendría bien escucharla, aunque su vida pareciese querer girar casi exclusivamente, en torno a ese local. Aceptó, se duchó rápidamente y salieron juntos. En el ascensor Ayala soltó una carcajada: —¡Te has cortado el flequillo! —dijo.

Juan se pasó la mano por la cabeza como diciendo: ¡eso parece! Al salir del elevador se tropezó y se cayó al suelo. Ayala le socorrió de inmediato. Juan se pegó un buen susto y se ruborizó. —Es lo que tienen los porros —afirmó la inquilina sonriendo.

Se acercaban a la entrada del restaurante cuando un chino que parecía borracho les abordó. Se puso frente a ellos impidiéndoles avanzar. Tenía la chaqueta colgando del hombro, llevaba un jersey muy largo y grueso que le llegaba casi hasta las rodillas y unos vaqueros igualmente largos que le cubrían casi todo el zapato. Extendió el brazo ebrio y señaló a Juan. Los compañeros de piso se miraron, después fijaron su atención en el chino y este se puso a balbucear —Tú... eres tú... te reconozco... —Ayala reaccionó de inmediato. Juan ni se movió.

—Te equivocas de hombre —Ayala desplegó firmeza.

—No, no, no, no... ¡Sé que es él!

Ayala no quiso entrar al trapo, agarró a Juan del brazo y se metieron en el local. El chino se fue por donde había venido y los dos comentaron lo sucedido junto a la barra. Antonio les miraba discretamente, con curiosidad.

—Lo siento —dijo el jubilado con tono de arrepentimiento—. No he hecho nada, te he dejado sola haciéndolo. No sé qué me pasa.

—No te preocupes, creo que eres así —soltó Ayala quitando hierro al asunto.

—Entonces soy una mierda —suspiró Juan mientras la inquilina le miraba con compasión.

Antonio se acercó a ellos y el jubilado le presentó a su compañera de piso. Borja les preparó una mesa, el restaurante estaba bastante tranquilo. Juan lo agradeció, aunque nadie se enterara.

Laura sacó la cabeza del agua. La piscina concurrida no era un lugar acogedor. Salió y envolvió su cuerpo en una toalla. Visitó la sauna que estaba bastante despejada y estuvo allí hasta que secó su húmeda piel y su húmedo bañador.

Después, mientras se duchaba, recordó el acercamiento de Lázaro. Juan se cruzó por el medio y la nadadora le apartó. Quiso mirar al locutor sin tener interferencias. Le gustó lo que veía. Pensó en llamar a Juan para contarle la decisión que acababa de tomar. Quería tener una cita con su amigo. Lo sopesó hasta que abandonó el polideportivo. —No, no creo que sea conveniente. Nunca me he visto en otra igual, jamás pensé que tendría una cita con el amigo de un ex. No me hace sentir bien, pero lo nuestro se acabó hace tiempo y, no, en realidad no hago nada malo. ¿O tal vez sí? No, no, además ni tan siquiera he tenido una cita con Lázaro todavía. Puede que sepa quien soy o que ya no le guste después de lo de ayer... nunca se sabe, y esto quiero saberlo.

Seguidamente llamó al locutor. No cogió, dejó un mensaje en el contestador: *Un teléfono fijo, curioso hoy en día. Soy Laura, la del quiste, me puedes encontrar en este número si es que aún quieres encontrarme.* La nadadora colgó y se dirigió a su casa. Tenía hambre, mucha hambre y ganas, muchas ganas de avanzar con la novela que tenía en mente.

Lázaro le llamo a eso de las seis...

Le contó que había quedado con un amigo, pero que podía cambiar la cita si quedaba con ella. Laura no quiso modificar sus planes, quedaron para cenar al día siguiente.

Juan se tumbó en cuanto regresó de la comida. El vino consumido le había rematado. Se quedó dormido boca abajo, con el pijama puesto y los brazos extendidos en cruz. La inquilina dejó los zapatos en la habitación, cogió el ordenador, lo encendió en la sala, y recostada en el sofá escribió:

El cuento coreano.

La fábula del gato azul y rojo.

La comida del Patatame y el postre...¡qué postre!

Juan estaba cansado, ya no tiene flequillo.

*Es un hombre con buenas intenciones
que está un poco perdido.*

Creo que fue sobreprotegido por su familia.

Y todavía tiene secuelas.

No pensaba que estas cosas durasen tanto tiempo...

Tanto como todo el tiempo de una vida...

Con lo difícil que es hacer que algo dure para siempre.

¿Por qué perpetuamos lo peor de nosotros?

¿Para qué?

Hay algo en él que me gusta.

Quizá si no fuese tan mayor...

O quizá si no fuese tan cobarde...

Cualquiera de las dos podemos darlas por válidas.

Dependiendo del momento.

*Sigo pensando que me recuerda a alguien,
aún no sé a quién...*

*¡Ah! Y el chino... el cuento chino,
lo olvidaba, y también olvidaba a
Adam,*

que es un cielo, siempre lo digo.

La biblioteca llena de psicópatas, ¡me meo!

Voy a comprar una bicicleta para ir a acupuntura.

El curso es caro... muy caro... pero me organizaré.

Siempre me quedará el inglés.

Ayala también se quedó dormida hasta que el teléfono fijo le despertó. Juan contestó con la baba en la comisura izquierda. Lázaro volvió a llamarle atontado. Quedaron para probar el restaurante japonés nuevo.

El locutor notó extraño a su amigo. Juan quiso meterle otra patada en la boca. Todo lo que había escuchado sobre Laura hasta ese momento le había dado motivos suficientes. Mientras hablaban con los palillos en la mano visualizó un segmento, tal y como lo hubiese hecho la nadadora. Movié su rabia de un extremo a otro intentando regularla. No hubo forma de hacerlo, pero sí llegar a una conclusión: —No tengo por qué ponerme así, hasta yo lo hubiese imaginado, por eso evité que se conocieran.

Dijo a su amigo que estaba muy cansado y que a él, en tono jocoso, Ayala también le había dado calabazas.

Los o'clocks se rieron, después se dijeron hasta otra, suerte con la escritora y descansa Juan que estás descojonado.

El jubilado llegó a casa con ganas de desnudarse. Así lo hizo, entero, pasando frío bajo las sabanas, el teléfono sonó. Laura le estaba llamando.

Él cogió sin dudar.

La nadadora le contó que iba a tener una cita con su amigo: —Quería que lo supieras, me hace sentir un tanto incómoda.

También le explicó que había vuelto a escribir, casi desde que lo dejaron y que aquello le hacía, no sabría decir, si exactamente feliz o simplemente más completa.

Juan casi no habló.

No hizo referencia a la literatura, ni a la cita. Pasó deslizándose sobre la noticia. Resbalando hacia la mala hostia que su contención provocaba en la nadadora. Laura acabó desquiciándose, soltando la balanza en favor del manipulador.

—Bueno, que tengáis suerte.

—Ya lo sabías, ¿no? —dijo Laura.

—Digamos que sí... Pero Lázaro no sabe que sé quién eres.

—Ya te he explicado todo, espero que lo aprecies, tenía que decírtelo a pesar de haber decidido que no lo haría hace unas horas.

Juan no dijo nada más. Laura no soportó su silencio. El silencio que tan bien conocía y tanto le enervaba. Irremediablemente se puso de muy mala hostia: —¡Joder! ¡Di algo, aunque sea demuestra algo de eso que corre por ti!

El jubilado no dijo nada.

Calló y escuchó el relato de la nadadora, su furia, y su boca soltando la mitad de lo que pasaba por su mala hostia. Sin entrar en más detalles, concluyó:

—¡No puedo pedir peras al olmo porque acabo estampada contra el suelo! Aunque no quiera verlo... lo nuestro tiene aire... demasiado aire, y así jamás podremos comunicarnos —suavizó el tono de voz, respiró hondo—. Siento esto, lo nuestro, ponerme así cada vez que nos llenamos de aire. Eres así y no es justo que te pida que seas de otro modo.

¡Aire!... es lo único que parece quedarnos —la nadadora se quedó callada. Juan no dijo nada.

Colgaron el teléfono, nunca se supo quien fue el primero.

Al día siguiente Juan no fue al *Patatame You&Ours*. Debía dejar que la pintura secase completamente. Necesitaba reposar, tanto como él. Necesitaba apartarse de aquel lugar que se había convertido en su casi única realidad, y dijo casi porque en el fondo sabía que existía otra realidad. Sin embargo no era capaz de identificarla. Mantuvo la esperanza, como quien se mantiene erguido sobre la superficie del mar frente a un buque enorme que quiere colisionar irremediabilmente contra él. Sin poder correr, nadar, escapar o hundirse.

Sacó una peonza del bolsillo. La cuerda la sostenía su primo Álvaro, al que le extrajeron todas las muelas, el casi hermano que tuvo. Y dijo casi porque con él pasó la mayor parte de su infancia y adolescencia. Después se vieron como máximo cada dos años aunque Holanda estuviese cerca.

Primero marchó para estudiar. Aviones, siempre quiso aviones. Juan recordó con exactitud todas las veces que volaron juntos en el planeador plateado que su primo creó mientras jugaban haciendo girar el juguete de madera sobre la punta de metal.

Luego voló con mercancías y después con pasajeros. Se casó con Marie que era francesa y muy culta, tuvieron hijos, se divorciaron. Él continuó volando hasta que un día, de nuevo, hicieron el amor y desayunaron juntos. No volvieron a separarse.

Él dejó de volar, a ella nunca le gustó hacerlo.

Vivían en Veere, en el archipiélago de Zeeland, al sur de Holanda. Tenían una granja y varios nietos al norte del país. Elaboraban queso, navegaban y también jugaban al póker. Sus timbas eran populares en la región, reservadas a unos pocos privilegiados.

Álvaro insistió a su primo para que fuese a visitarles e incluso ya que estaba jubilado y sin mucho que hacer, se quedase con ellos una temporada y así poder ayudarles con los animales. Juan prometió hacerlo, pero no supo que más decir porque no lo había pensado antes.

Veere y todo lo que le rodeaba era como un cuento para niños pequeños. Un lugar idílico, muy frío y húmedo en invierno. Húmedo, templado y concurrido en verano. —Cuando llegue la primavera os haré una visita —dijo pensativo—. Hablaron un poco de todo, por encima. Marie también quiso saludar a Juan. Le comentó que su hermana iba a pasar allí una temporada: Lauren, viuda desde hacía un año. La que Juan conoció el día de su boda, con la que posteriormente coincidió en un aeropuerto austríaco, por azar de las conexiones aéreas. —Aquella que era tan culta y educada como su hermana Marie, que tenía unos ojos preciosos y un marido gilipollas—. La vio con claridad, como si no hubiese pasado tanto tiempo desde Austria: —Recuerdo a tu hermana, parecía una buena mujer —dijo Juan, callando lo referente al hombre porque ya estaba muerto y a los muertos hay que respetarles— pensó mientras escuchaba la voz de la francesa que estaba tan cómoda en la conversación.

Cuando el jubilado colgó confirmó que finalmente había otra realidad. — Una por el momento ubicada en el archipiélago de Zeeland —susurró.

Salió de casa más contento que el día anterior. Fue al centro de la ciudad. Miró libros en sus librerías favoritas. Comió un menú, paseó a gusto, sintió el sol y la primavera, saludando antes de llegar, y compró calzoncillos. Caminó por las calles de Veere, bebió una cerveza en una terraza, observó los barcos, observó el cielo; regresó al barrio deseando mirar vuelos.

Llegó imbuido en sus pensamientos, con un pie en Zeeland y otro en la plaza de al lado de su casa. Sacó las llaves del bolsillo acercándose al portal. De repente, el chino del día anterior le bloqueó la entrada. Juan sintió un escalofrío asiático en las extremidades. El chino había dejado la chaqueta en alguna parte, el resto de la indumentaria era igual. No parecía estar muy borracho, al menos eso pensó hasta que abrió la boca señalándole nuevamente con el dedo.

—¡Tú... eres tú... te reconozco!

Juan reaccionó de inmediato, estaba acojonado. Estarlo por un tipo así le avergonzaba.

—No creo que me conozcas, no me has visto antes.

—Jjejjejeje —el chino se carcajeó estrepitosamente—. Sí, ya, ¿eso crees tú!

—Bueno, ¡largo de aquí! —dijo Juan nervioso pero manteniendo la espalda recta— estás violando el espacio privado de un individuo. Puedo llamar a la policía. ¡Me acosas!

El chino retiró su cuerpo de la puerta, miró a Juan con compasión. El jubilado no entendió el porqué de esa mirada asiática. Entró en el portal cuando el chino se alejó.

Agarró esa otra realidad con la que se había topado en Holanda. Leyó sobre la historia de Zeeland, descubrió que el nombre de Nueva Zelanda provenía precisamente de allí. Miró vuelos, fechas y precios. Alternó todo esto con artículos de periódicos digitales. Pasó la tarde entretenido.

Lázaro llevó el coche a lavar antes de recoger a Laura. Llegó puntual a la esquina donde habían quedado. Colocó el coche como pudo en doble fila y salió para estar visible. La nadadora apareció tres minutos después, no pudo casi ni mirarle a los ojos.

El locutor le abrió la puerta del coche, ella se sentó sin articular palabra después del hola que había dejado fuera. Él ganó seguridad mientras conducía, provocó una conversación, acabaron hablando de guerras y microondas.

—Los microondas, matan lentamente, creo que son asesinos domésticos — aseguró la nadadora, mucho más relajada.

Lázaro soltó una carcajada y preguntó: —¿De dónde has sacado eso?—. Laura comprendió que le hiciese gracia.

—Pienso que dentro de unos años conoceremos sus efectos negativos. Hasta entonces, evito utilizarlo. Ha pasado con tantas cosas a lo largo de la historia... —dijo sonriendo.

Lázaro quiso besarle los rojos labios.

Llegaron al restaurante, estaba a las afueras de la ciudad. Un caserón con un porche rodeado de árboles y hierba. La temperatura era agradable. Tomaron un Martini sentados mirando la puesta de sol, hablaron sobre el quiste, el disfraz de perra, piscinas y novelas negras. Hacía fresco y entraron a cenar. Eran los únicos allí, a mitad de semana daban muchos menús del día, de cenas se llenaba exclusivamente el fin de semana.

Lázaro había elegido bien, notó la cara de aprobación de la escritora.

Pidieron vino sin ponerse de acuerdo en una botella para ambos.

Dos copas, una de Duero y otra italiana.

Laura estaba a gusto respondiendo a las preguntas del locutor, incómoda cuando pensaba en Juan. No pudo contenerse y a pesar de poder supuestamente estropear la velada miró a Lázaro con cara de querer decir algo importante: —Adelante —dijo el locutor.

—Verás, soy la ex de Juan.

—¿De qué Juan? —Lázaro estaba sorprendido.— ¿De mi amigo Juan?

—Sí, exactamente, creo que habrás oído algo sobre mí.

—¡Vaya! —en realidad quiso decir ¡Joder!—. ¿Eres tú Laura? Claro... ahora encaja... la nadadora —quiso decir la del culazo—. Sí, ahora caigo —Lázaro estaba sorprendido.

—Se lo he dicho a él. Supe que no lo sabías.

—En realidad he oído hablar muy poco de ti. Sabía tu nombre y que nada, quise conocerte, pero sabrás que Juan es bastante reservado para determinadas cosas.

—Me siento extraña, pero me gustaría conocerte, es la primera vez que quedo con el amigo de un ex. Hasta el día de ayer te hubiese dicho no, pero me gustaste, y pensé que tal vez era hora para cambiar alguna de esas normas que me he impuesto. ¿Tú que piensas?

—Hombre, bueno mujer, no es tan grave, hace tiempo ya de lo vuestro, creo y yo no sabía quién eras. Nunca me dijo que escribieses.

—No creo que lo recordara. Nunca dijo mucho al respecto... mientras estuve con él escribí poco.

—No es una situación agradable, pero aquí estamos, y no podemos hacer otra cosa que charlar y cenar y, como tú dices, conocernos. Yo también hablaré con él, ahora que lo sé.

Cenaron un menú degustación. Lázaro disfrutó viendo comer a Laura, hablaron largo y tendido. Se besaron sin rozar sus bocas, sin tocarse, escuchando con atención las palabras que decía el otro. Bailaron letras, vocales y miradas.

Laura hubiese jurado que estaba en el Mediterráneo. Lázaro vio su casa llena de pósits y las servilletas de tela marcadas con el carmín de sus labios.

Pagaron y les regalaron unos chocolates belgas que comieron sentados en el coche. Estaban tensos, después del bombón sólo quedaban ellos.

Lázaro rompió el silencio.

—Laura, ¿me llevas a alguna parte de tu mundo? —dijo mirándole a los ojos.

La nadadora sonrió: —¿A ese mundo que aún desconoces? —contestó con una pregunta.

Sonrieron, el locutor posó su mano en el rostro de la escritora. Hubo silencio, pero este era diferente. Una puerta enorme de madera se abrió, lentamente, Laura lo asemejó a la sensación cálida del Martini. Buscaron en sus ojos la respuesta, tal vez declarar lo suyo imposible, un asunto de amor utópico.

—Las historias imposibles son las que duran para siempre porque a pesar de ser inalcanzables, siempre nos parecen perfectas —dijo la escritora—. Parecía convencida, saber muy bien de qué hablaba.

Lázaro desplazó su mano suavemente a la parte trasera de su cuello. No dijo nada, se acercó poco a poco a ella hasta que llegó a su boca. Acarició sus labios, de una comisura a otra, después de arriba abajo. El locutor impregnó su boca con el carmín de Laura. Se besaron lenta y profundamente, de perfil se veía a dos seres agarrándose del cabello, sujetándose las cabezas, caras juntas, encías unidas, vapor de agua, sabores nuevos, tanteando el tamaño de sus lenguas, degustando las curvas templadas, estrechando paladares, gustándose y abriendo los ojos, separándose lentamente hasta enfocar la pupila del otro, sonriendo con los párpados caídos.

—¿Te llevo a casa?

—Sí, sí, es tarde. Me gusta tu sabor... y cómo me miras.

—¿Quieres venir a la mía? Prometo que no haremos nada que tú no quieras. Me gustaría que durmiésemos juntos.

Laura interrumpió: —No, Lázaro, me encantaría, pero es demasiado en un día.

Lázaro arrancó el coche. Mientras conducía pasó su mano por encima del pantalón de la nadadora, se miraron durante dos segundos. Laura accedió con su lenguaje corporal. El locutor recibió el mensaje, bajó la cremallera, se adentró, la escritora apoyó la cabeza y su espalda contra el asiento, tensó los muslos, encogió los dedos de sus pies, él sintió lo húmeda que estaba, le gustó mucho y a ella también estarlo, le acompañó colocando su mano sobre la de él. La respiración de Laura cambió, su cadencia sedujo completamente a Lázaro. Respiraron juntos las ganas de mezclarse con el otro: diluirse, según Laura.

—Vamos a tu casa —dijo la nadadora—, por el momento no creo que sea una buena idea definir lo nuestro como imposible.

Lázaro le miró sonriendo, pasó la mano que había estado entre sus bragas por su cara, acariciando sus mejillas mientras miraba atento la carretera oscura que a partir de ese momento les llevaría a su casa.

Laura identificó el deseo en cada uno de los movimientos del locutor. Lázaro subió la persiana del garaje y abrió la puerta de la nadadora. Ella salió y esperó a que aparcara el coche. El locutor cerró la persiana y agarró a Laura de la mano diciendo: —Puede que parezca apresurado o inconsciente cogerte así, pero ¿sabes algo de lo que estoy convencido? —Laura esperó con curiosidad los siguientes movimientos de sus labios.

—Dime Lázaro ¿de qué estás convencido?

—¡De que me importa tres cojones lo que pueda parecer!

Rieron como adolescentes después de hacer una putada. Llegaron al porche, Laura se imaginó escribiendo allí y comiendo un bizcocho de zanahoria. Lázaro no imagino nada, simplemente acarició cada parte visible del rostro de Laura, trazando un mapa de emoción, sin voz, recorriendo aquel mundo que se mostraba tan bello. Después se besaron y besándose Lázaro sacó las llaves de su casa. Entraron, encendió una lámpara de pie en la sala, luego la llevó de la mano al baño.

Laura fue incapaz de decir nada, solamente podía mirarle expectante, sentir, dejarse llevar, ser vulnerable e inocente.

Lázaro la desnudó, despacio, trazando un nuevo mapa para dejarle en ropa interior. Laura se sintió aun más inocente que antes.

El locutor abrió el grifo, dejó correr el agua, se templó. Metió su mano bajo el chorro, calentándola y humedeciéndola. Después la introdujo bajo las bragas de Laura mirándole a los ojos y respirando junto a ella. Tenían las bocas entreabiertas rozándose los pensamientos, lamentándose de nada.

Él agachó su cuerpo cuando ella sintió la cálida cascada estremeciéndose. Laura se acarició con dos dedos, Lázaro los lamió, ella los introdujo en su boca, él paso su lengua dibujando un mapa íntimo; uno genuino, solo para

Laura, mientras ella dejaba paso, poco a poco, mirándole desde arriba entregado a la escritora. Agarró su pelo, tiró de él apegándole a su deseo. Le dio todo lo que él buscaba, entero, sin puntos ni comas, comiéndose íntegramente las tildes, temblando, certeros;

Incuestionables, súbitos, decadentes,

enredados,

primerizos.

Pretéritos, perfectos, compuestos, los dos.

Antes de tener la cita con el locutor, Celia pidió a Laura que trabajase algunas horas extras mientras ella estaba en Alemania. La nadadora no pudo negarse ante el sueldo que le esperaba.

La GPS cogió un avión y cuando llegó a su destino un chófer le trasladó al centro de la ciudad. Llegó al hotel, uno grande, recientemente reformado. El edificio era neoclásico, con grandes ventanales, predominaba el blanco, haciendo resaltar el burdeos de la tapicería, el oro viejo de los elementos ornamentales y la indumentaria negra de los trabajadores.

Habitación 312, en el piso tercero, amplia, cama grande, cojines, almohadas, y un portafotos con una bucólica imagen del campo bávaro. En cuanto Celia identificó el marco se dirigió hacia él, marcando la alfombra burdeos con sus tacones y súbitamente lo introdujo en un cajón de la mesilla.

La GPS nació en una familia acomodada, su madre fue toda su vida una rancia. El padre también. Hacían buena pareja, todo era rancio en sus vidas, su casa también lo era. Los muebles de madera oscura, los sillones, la vajilla, todo, incluyendo los marcos que reposaban sobre las mesillas. La madre siempre los colocaba en la misma posición. Fue tan precisa, durante tantos años, recolocándolos después de limpiar el polvo, que las superficies donde reposaban estaban más claras que el resto del mueble.

El padre y la madre de Celia se insultaron durante años. Ella fue la única testigo de esa otra realidad de puertas para dentro. Su hermano, doce años más mayor, estaba estudiando en los Estados Unidos. Jamás volvió a esa casa ni tampoco a ver a Celia. Las disputas de los progenitores empeoraron con el tiempo, su padre pegó a su madre por primera vez. Después hubo más y más discordia en casa de los rancios. Hasta que un día, mientras su madre limpiaba el polvo bajo los marcos, de espaldas su padre que gritaba mirando como lo hacía, todo cambió, o más bien, acabó siendo lo que era.

Su madre estaba harta de escuchar gritar a su marido antes de que volviese a propinarle una patada o tirarla al suelo. Antes de que eso llegara, arrancó el pie del marco que iba a colocar exactamente en el mismo lugar desde hacía treinta años. Lo arrancó con la eficacia que a veces otorga la furia. Se giró con los brazos pegados a los laterales de su cuerpo, los puños cerrados, brazos rígidos apuntando al suelo. Miró fijamente al padre de sus hijos. Éste continuó con los improperios, acercándose cada vez más y gritando aún más alto, avanzaba lentamente como un gorila haciendo temblar el suelo, paso a paso, arrojando el pus infecto de sus emociones hasta casi pegarse a la cara de la mujer, salpicándole los ojos con las babas de su rabia.

La madre tan solo dijo: —¡Toma cabrón!”, justo antes de elevar el brazo para clavar con toda su fuerza la punta del pie sobre el que reposaba el marco. Celia entró asustada en la habitación, precisamente en el momento en que la yugular de su padre fuese la fuente de sangre más grande que jamás hubiese visto. Su madre empujó la pieza de madera hasta asegurarse de que no volviese a la tierra, a ésta ni a ninguna y apretó la mandíbula. Estaba empapada y tenía los ojos a punto de reventar.

Después de aquella experiencia Celia no volvió a ver a su madre. Su tía cuidó de ella enviándole a los mejores colegios extranjeros con la herencia de su rancia familia.

Dejó la maleta, abrió el portátil y revisó algunos datos antes de la reunión. Llamó a Karl, que aguardaba su llamada. Quedaron en hablar más tarde tras liberarse de sus ocupaciones profesionales.

Lázaro llevó a Laura a su casa antes de disfrazarse de nuevo. Quiso cerrar una siguiente cita cuanto antes. La perra le recordó que tenía bastante trabajo: —Tengo que organizarme, en cuanto lo haga te comunico el día y la hora — se besaron con ganas antes de despedirse, las mismas que la noche anterior, aunque hubiera una diferencia; el ritmo, el ritmo de sus lenguas.

—Te reconozco —dijo Lázaro—. Ella le miró a los ojos diciendo: —Sé de qué hablas, yo también te reconozco.

El locutor tenía la mañana libre. Después de acompañar a la nadadora metió dinero en una cabina para hablar con su amigo Juan. El jubilado tenía el teléfono apagado. Estaba en el cuarto de las taquillas, pintando después de que sonara el gong. Eve Zit también estaba allí. El jubilado estaba a punto de desesperar. Fue fiel a su estrategia: —No hay nada como ignorarlas para que acaben de mal genio y se vayan —pensaba.

Pintó la mitad del cuarto. Con la práctica había ganado en rapidez y técnica. Untó con placer, en ese estado tan particular que el espacio le provocaba, a pesar de la presencia permanente de la tercera persona.

Cuando terminó miró hacia el retrete, comprobó que ella estaba aún allí, despeinada pero despierta y relajada.

Juan pensó que le estaba tomando el pelo. No era capaz de comprender que alguien fuese tan ignorado y no estuviese ya fuera de escena; o al menos arrancándose algún mechón de la melena. Además, si yo no la llamo, no le pido que esté, no debería estar aquí, pasando de la noche al día, como una

jodida guardiana de mi vida. Limpió con el trapo húmedo la suela de las zapatillas después de cambiarse de ropa.

Antes de descorrer la puerta sintió ese malestar, esa enfermedad que le provocaba la presencia supuestamente no deseada. Apuntó su mirada a los ojos de Eve Zit. Clavó sus pupilas dilatadas comunicándole: —Mira, considero que soy una persona educada, sí, no tengo duda de ello. Necesito que te marches, no quiero verte aquí dentro de 48 horas. Volveré para rematar la faena, debo advertirte de mi reacción si te encuentro aquí transcurrido ese tiempo. ¡Te lo aseguro, no seré dueño de mis actos!

Eve Zit ni se inmutó ante la amenaza.

El jubilado corrió la puerta, se despidió de Borja y salió a paso ligero sin dejar huella.

En el portal le esperaba el chino. Juan no se sorprendió, pensó que poco más le pillaría por sorpresa. Se acercó a él decidido, practicando la contención que le caracterizaba, aunque con más esfuerzo del requerido habitualmente.

El chino elevó el dedo índice a la altura del pecho y le señaló cuando el jubilado estaba a dos metros.

—¡Eres tú, eres tú te reconozco! —dijo vestido con la misma ropa que los días anteriores.

—Sí, debo ser yo. ¿Y qué?

—Sé quién eres, tú... tú... —Juan no le dejó que terminase la frase.

—¡Vete! —dijo. Y el chino se marchó con la cabeza baja diciendo: — ¡Volveré, ya lo sabes!

El jubilado subió a casa. Ayala estaba en la sala rodeada de libros. Juan respiró hondo, saludó a la inquilina, y ella le regaló una de sus bellas sonrisas.

—Meridianos y agujas, deduzco por tu cara y tu interés.

—Sí, Juan. Estoy con los mapas humanos. Tengo mucho que aprender.

—Seguro que lo conseguirás —dijo Juan con seguridad.

—Gracias, yo también lo creo... bueno ¿y tú? ¿Qué vas hacer cuando acabes de pintar?

—Aún no lo sé, pero supongo que haré un viaje.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó la inquilina con curiosidad.

—Veere, que está en Zeeland y a su vez en Holanda —contestó.

Ayala comentó que le gustaba mucho Holanda pero que no conocía Zeeland. Ambos coincidieron en lo agradable que era la arena de las playas del país.

Juan le habló sobre su primo, casi hermano, y su mujer Marie. Le contó lo bonito que era todo aquello. Le habló sobre la paz que allí reinaba y las partidas de póker.

Ayala estaba encantada con la historia. Animó al jubilado para que realizase el viaje antes de que finalmente se metiera en la ducha.

Juan lavó su cuerpo con el gel que la nadadora le había regalado, el que olía a pimienta negra. Decidió dedicar el resto del día a la lectura. Necesitaba evadirse de sus problemas. No pensar, no encender el móvil, ausentarse, quizá fumar un porro con Ayala.

Al día siguiente después de desayunar encendió el móvil. Vio una llamada perdida desde un teléfono fijo desconocido. —Seguramente sea Lázaro desde una cabina —pensó—. Había un par más, un teléfono con un prefijo alemán y una llamada de un ex compañero de trabajo. En las redes sociales todo continuaba igual: fotos de viajes, caras de políticos con textos jocosos, recetas y alguna imagen de rubias en tetas.

Ayala había salido de casa. La puerta de su habitación estaba abierta de par en par. La cama hecha a todo correr, el pijama sobre ella, unas botas rojas en una esquina, pilas de libros a los laterales de la cama y el teclado, negro y brillante. —Como ella —valoró el jubilado.

El día anterior antes de cenar fumaron un porro juntos. Juan sintió que la realidad parecía más real y llevadera después de unas caladas. Cenaron chocolate a la taza con pan tostado. Luego bebieron agua, mucha agua y

fumaron otro porro en la terraza. Pasaron frío y hablaron un poco de todo, sin profundizar en nada. Posteriormente cada uno seleccionó un libro para meterse en sus respectivas camas. Ayala escuchó varias veces el tema “A horse with no name” del grupo America, digamos hasta la saciedad. Leyendo y escuchando se quedó dormida. Aquella noche roncó más alto de lo habitual. Juan se despertó en mitad de la noche con el ruido.

El jubilado se levantó pronto, salió a la calle como quien entra en casa después de unas vacaciones entretenidas. Sin saber muy bien qué hacer ni saber por qué está uno allí, de vuelta o de ida, sin entender nada a pesar de que se trate de nuestras vidas. Cogió el coche, condujo hasta el pueblo más cercano, dio vueltas por el centro y abandonó el lugar. Entró en otro, dio vueltas sin cesar y disfrutó del momento. Le importaba una mierda dónde ir y menos aún la posibilidad de llegar.

Recaló en un pueblo de la costa, a doscientos kilómetros de su casa. Allí comió lentejas, sardinas y una ensalada. Habló con el camarero sobre el bajón que había dado el negocio. Conversó sobre el sistema educativo con otro que también estaba comiendo solo. Después pisó la arena tan húmeda como fría. Pensó en Holanda, fue el único pensamiento del día, hasta que habló por teléfono con Celia.

—Tengo prisa, estoy de reuniones en Munich, necesito verte.

Juan hizo un silencio, moduló la voz para que no saliese su voz interna verdadera y dijo:

—Yo también a ti. Elige hora y lugar.

Celia contestó que le correspondía a él con tal de que fuese en 24 horas a partir de su regreso: —Iré antes a ver a los críos, les echo de menos. Luego inventaré alguna excusa—. Sabía que ya no necesitaba argumentar sus salidas. No le gustó recordarlo.

Juan escogería el restaurante y Celia refinaría su estrategia con el jubilado antes de encontrarse.

La GPS quedó con Karl, apareciendo con la indumentaria solicitada. El alemán era grande, canoso y rubio con ojos verdes. Tenía un bigote en el que se pegaban trozos de la cena y burbujas de cerveza. El hombre pausado con ganas de carne y de Celia conocía la jaula de su vello facial. Limpiaba constantemente su morro con la servilleta de tela blanca. Era un tipo aparentemente normal, un hombre mediocre con charla científica interesante.

Bebieron hasta las nueve y treinta y después subieron a la habitación de la GPS. Karl cerró la puerta, se dirigió a Celia con cara de pícaro medio mamado y ésta sacó los labios con cara de querer retarle.

Ella estaba de pie junto a la cama cuando él le agarró de los brazos. Celia giró la cabeza haciéndose de rogar. Él besó y pinchó su cuello, ella le hubiese arrancado el bigote a pesar de querer tanto como él que se la metiera.

Celia le quitó la chaqueta gris, la corbata roja, la camisa blanca. Él soltó el cinturón y se bajó los pantalones, los calzoncillos, regalándole el trofeo de su miembro viril. Empalmado, la empujó, jugando a ser cazador con el consentimiento de la perdiz.

La GPS acabó tumbada boca arriba con el vestido rojo subido a la altura del ombligo, la melena francesa parecía germana, el hombre estaba sobre ella moviendo la pelvis atascada, arriba, introduciendo su pene erecto.

Ella tenía las piernas abiertas, la cadera laxa, los zapatos puestos, las medias reventadas.

El hombre duró poco. Celia aparentó disfrutar mientras duró.

Hablaron sobre las redes sociales tumbados en la cama y su impacto en la sociedad. Bromearon sobre cómo habían cambiado los matrimonios, los cuernos y el aburrimiento en general. Antes de despedirse mencionaron la cita con el endocrino.

—Tomorrow, at 12.30, with Doctor Brangen.

—I won't forget it, thank you for the reminder.

—You are so sexy —dijo el alemán antes de cerrar la puerta.

Sexy or not, la GPS estaba cansada. Mojó su cuerpo bajo la ducha pensando en sus hijos, quiso abrazarles. Se puso el albornoz y llamó a su marido. Los críos estaban durmiendo, le contó que habían estado por la tarde con Laura en la piscina.

—Mañana sobre las cinco y media llegaré. Dales un beso de parte de su madre, sin despertarles.

—Lo haré Celia, descansa, pareces cansada.

Sí, lo estaba; no por el sexo, ni por las reuniones, estaba agotada por otros asuntos. La GPS verdaderamente no disfrutaba follando, pero le gustaba hacerlo. Se trata del poder y la sumisión, ambas lo justifican.

Sacó una crema hidratante corporal que se aplicó por todo el cuerpo con suavidad, olía a hierba fresca. Se metió en la cama desnuda, la calefacción estaba a tope, hacía calor sintético. Miró el teléfono, tenía un mensaje de Juan con la hora y el lugar del encuentro. Contestó aceptando las coordenadas. Después escribió otro mensaje, modificando la hora pero manteniendo el mismo restaurante y lo envió a otro destinatario.

Laura quedó con Lázaro tras terminar con los niños. No tuvo ni que ajustar la agenda, fue natural, sin pros ni contras, tan solo era. Y lo sabía.

Fueron directos a la casa blanca de las afueras. Vieron una película juntos sin parar de hablar; comieron queso, almendras y mandarinas. Se contaban hasta las letras del abecedario completas. A su modo, como todas las parejas. Ya tenían un código, puede que fuese el primero de una serie de códigos, no lo sabían. Lázaro escuchaba con atención a Laura, ella hacía lo mismo con él.

Se gustaban tanto que querían escuchar cada sílaba con claridad, aprenderse, compartir, decir tonterías. Tocarse, deslizarse, suspirar, dormir poco, levantarse temprano, trabajar, y volver a quedar.

La nadadora pegó dos pósts en la mesa del porche antes de convertirse en perra un día más.

En uno escribió: LOBE

En el otro: Me gustas más que con V

Cuando Juan se despertó, Ayala ya estaba en pie preparándose para ir al curso de acupuntura.

No coincidieron. Juan no quiso, esperó hasta que escuchó cerrarse la puerta de entrada.

—El ultimo día del cuarto de las taquillas —musitó en voz alta—. Eve Zit, espero no encontrarte allí.

Se duchó como un legionario, desayunó como un capitán y se vistió como si fuese a la guerra.

Salió a la calle. Miró hacia los lados. El chino no estaba por ninguna parte.

Entró en el *Patatame You&Ours*. Saludó a Borja y Antonio. Tomó tortilla con cebolla e hizo un gesto con la cabeza a otro conocido del barrio.

Las madres estaban allí, como todos los días a esas horas. Había una que miraba con especial interés al nómada. Él seguía el juego con discreción, siendo tan majo con ella como con las otras salvo por un detalle: solamente miraba los labios de esa una cuando se dirigía a ella.

Antonio se acercó a Juan en cuanto tuvo un momento libre.

—Es su último día, está a punto de concluir su obra malva, caballero.

—Efectivamente, señor, deliciosa la tortilla ¡como siempre!

—Después hablamos, quiero agradecerle lo que ha hecho.

—No hace falta, se me ocurre algo que podrías hacer para agradecérmelo, ¿por qué no dejas de tratarme de usted?

—No es el momento todavía pero puede que se aproxime —Antonio le guiñó un ojo, tal como lo hubiese hecho Juan.

Juan acabó el pan de la cesta. Respiró profundamente. Miró las piernas de una mujer que se parecía a Isabella Rosellini. Se armó de valor.

Descorrió la puerta del cuarto, encendió la luz, parecía que Eve Zit no estaba allí.

Comprobó que la pintura estuviese completamente seca. Abrió un bote malva. Miro al techo, cogió la escalera, subió, lo tocó, descendió y se topó de bruces con la tercera persona. Sorprendido, no supo contenerse y soltó:

—¿Qué coño haces aquí? Te dije que no quería volver a verte.

Eve Zit estaba peinada, no aparentaba haber pasado encerrada 48 horas. Miró a Juan con gesto inmóvil, de pie, frente a él, con las manos cruzadas a la altura del vientre.

—¿No vas a decirme nada? ¿No crees que me debes una explicación? —dijo el jubilado con la actitud de alguien que está aprendiendo a no contenerse—. La tercera persona contestó sin moverse un centímetro de su posición.

—Juan, yo no vengo si tú no me llamas. La ecuación es sencilla. Tú has decidido que esté aquí.

Juan le miró a través de sus dilatadas pupilas y quiso estrangularla. Reaccionó a tiempo, tensó los músculos de su cuerpo, se mordió la lengua, cogió la bandeja, dos rodillos, una brocha y untó y untó. Después sonó el gong entrando en ese estado que tanto le gustaba estar. Supo que sería la última vez, por lo menos por un tiempo.

Ignoró a Eve Zit, siendo consciente de hacerlo cada minuto. Ella se quedó erguida mirando al jubilado mientras pintaba el área alrededor del marco de la ventana.

Soplaba el aire del viento sur. La primavera se abría paso, aunque no firmemente. Juan pudo perseguir su aroma queriendo entrar mientras se fundía con el olor químico de la pintura.

El jubilado pasó un buen rato pintando, tenía sed y necesitaba tomar el aire. Salió de la estancia sin tan siquiera mirar a la tercera persona, después de haber limpiado la suela de las zapatillas.

Fue a la barra, Borja estaba allí charlando con un par de clientes. El local estaba tranquilo, él no.

—¿Qué te pasa Juan? ¿Te encuentras bien, tío? —dijo el nómada, acercándole un vaso de agua.

—Estoy bien, es la pintura que al final se instala en la garganta.

—¡Joder! Sal a que te de el aire o vete a casa. ¡No tienes que rendir cuentas a nadie!

—No, se me pasará, tengo que acabar hoy porque mañana me voy de viaje.

—¡Ah! Qué bien, de viaje, algo bueno supongo —Borja sonrió mostrando todos los dientes.

—Lo es, o al menos lo parece. Necesito cambiar de aires —Juan dibujó una leve mueca de alegría en su boca, tan leve que el nómada ni se dio cuenta.

—No pareces contento, vaya, a mí me molaría ir de viaje... ¿Adónde vas si se puede saber?

—A Veere que esta en Zeeland y a su vez en Holanda.

—¡Menudo frío! Pero tiene que ser bonito de cojones, ¡por allí todo parece de cuento!

—Opino igual, efectivamente, es como meterse en un cuento —Juan comió unos cacahuets salados.

Paró de masticar porque sabía que seguir tomando frutos secos era un empezar sin saber cómo parar. Lo equiparó a comer pipas.

Se dirigió a la plaza para tomar una bocanada de aire fresco. El cielo estaba casi despejado, olía diferente, las personas que caminaban frente a él aparentaban bienestar.

Todo era casi perfecto hasta que a lo lejos vio al chino que estaba observándole. De un extremo a otro de la plaza cruzaron sus miradas. Juan le retó mentalmente. El chino no hizo nada al respecto más allá que observarle. El jubilado se cansó de estar así, como forajidos en pleno duelo sin pistolas.

Lo mejor que le podía pasar en ese momento era meterse en el cuarto de las taquillas. Y así lo hizo.

Entró y, satisfecho, miró a su alrededor, el malva por toda la estancia, las esquinas bien pintadas, la ventana, la ducha, el retrete y la tercera persona sentada en él. Mirándose las manos como si fuese algo que jamás hiciese.

Juan prosiguió con el *tour* visual, tenía los ojos acuosos, los dientes apretados, las canas erizadas y ganas de terminar. Se puso manos a la obra. Dedicó tiempo y no sonó el gong. No sintió nada que le agradase, nada que pudiese disfrutar, nada que supiese contener.

Abrió la escalera, ascendió y revisó todas las zonas superiores. Sintió la enfermedad de cuarto de las taquillas: ese jodido malestar, según él.

Movió la cabeza varias veces, toda su sangre se espesó, su cuerpo detectó una explosión, un temblor que después se convirtió en terremoto. Desde arriba miro a Eve Zit. Ella se levantó y se puso bajo la escalera.

Juan se dirigió a ella con las venas del cuello inflamadas y la boca torcida:

—¡Te lo avisé, coño, lo hice! Eve Zit, ¡qué cojones haces aquí! —Juan le apuntó con el dedo, más firme que una barra de metal.

Eve no contestó. Se miró las manos de nuevo.

—¡No! ¡Y no! No vas a joderme como lo han hecho Laura y Celia. ¡Tú no!

El jubilado bajó de muy mala hostia, sudaba, estaba rojo, enfurecido, no se reconoció, tampoco tuvo tiempo para intentar hacerlo. Su mala hostia era extraordinaria, sin duda, y no precisamente porque fuese algo que llevara reprimiendo toda su vida.

Pegó una patada a la escalera antes de dirigirse a la tercera persona. Borja escuchó ruidos. Se acercó para preguntar a través de la puerta cerrada si todo iba bien. Juan contestó gritando: —¡Todo bien! Me he tropezado. En seguida acabo, ¡no te preocupes!

El nómada volvió a la barra despreocupado. El jubilado retomó su misión secreta.

Eve Zit le miraba, él se acercó colocándose frente a ella, frunció el ceño aún más y soltó saliva cuando abrió la boca.

—¡Mira, me has tocado los huevos! Llevo días mordiéndome la lengua. Sí, días, joder, yo no te he llamado, me debes una explicación, te estrangularé si no me dices nada, ¡no me jodas!

La tercera persona movió los labios para decirle:

—Juan, eso son palabras mayores. Estoy aquí, y vuelvo a decírtelo, porque tú y sólo tú me has convocado. Yo en realidad no existo, ¿recuerdas?

—¡Ja! ¡Y una mierda! Pero mírate, estas ahí, bla bla bla bla, pero ¿de qué coño hablas? ¿Cómo no vas a existir? ¡Mírate! Me debes una jodida explicación, si no ya sabes. ¡Tú, tú... tú que supuestamente eres la mujer justa! ¡Y una mierda!

—¿Por qué te empeñas en perder el tiempo conmigo? —dijo Eve Zit cruzando los brazos.

—¿Cómo? ¡Pero si no me dejas en paz! ¿Me estás jodiendo y encima te haces la tonta?

Eve Zit sonrió. Su gesto enojó aún más al jubilado. Éste la agarró del cuello, ella le susurró.

—Supongo que ahora sabes por qué estoy aquí. Cuando desaparezca, la mala hostia será lo que quede.

Juan miró al techo esperando ver el cielo en él antes de proceder con el crimen. No lo vio, no vio nada, bajó los brazos y la cabeza, tenía los ojos a punto de estallar, la tensión alta, la boca muy seca. Se puso recto, colocó los hombros elevando la cabeza. Miró al frente.

Eve Zit ya no estaba allí.

Recogió todo, Borja y el cocinero escucharon parte de los gritos. No quisieron intervenir porque dieron por sentado que la mala hostia se debía al tropiezo anterior o a algún desliz con la pintura.

Juan salió del cuarto sudando y diciendo: —¡Ya está!

—¿Se acabó? —dijo Borja.

—Sí, espera 48 horas antes de colocar todo de nuevo.

Antonio entró al local y caminó sonriendo hacia Juan. Tenía cara de querer

decir algo.

—Señor, gracias por todo. Has hecho un gran favor a los que trabajamos aquí. Quiero agradecerte lo que has hecho.

—¡Has dejado de tratarme de usted! —interrumpió sorprendido el jubilado.

—Sí, eso parece —contestó sonriendo—. ¡Es el momento adecuado!

Juan también había dejado de tratarse de usted y Antonio parecía saberlo: —Ya decía yo que este hombre parecía muy listo —pensó mientras charlaban sobre los resultados.

Después se despidieron con un abrazo. Antonio le dio varias palmadas en la espalda. Juan le dijo que se verían a la vuelta de su viaje.

—¿Te vas de vacaciones? —preguntó el camarero— y después dijo: — ¡Qué callado lo tenías canalla!

—Recuerda que yo vivo de vacaciones permanentes —contestó, guiñándole un ojo.

—Es verdad, es un detalle muy importante caballero —sonrieron antes de que Juan saliera del *Patatame You&Ours*.

Fuera estaba el chino, sentado en medio de la plaza. Cómo no, mirándole. A Juan se le hincharon nuevamente las venas y aligeró el paso para enfrentarse a él. El chino elevó el brazo, apuntándole con el dedo.

—Tú, eres tú, ¡te reconozco! Tú eres... El jubilado le interrumpió: —¡Mira! ¡Estoy hasta los cojones de personajes como tú! ¡Te he dicho largo, y largo significa, que te vayas a la mierda! ¿Entendido?

El chino se puso de pie, parecía más borracho que sentado.

—No vas a librarte de mí. No serás capaz de llamar a la policía. No, no porque tú eres un cobarde. ¡Tú, tú! —Juan le agarró del cuello de la chaqueta—. Habló con la cara llena de rabia:

—Mira capullo, el que llamará a la policía serás tú, ¡no me jodas! —Empujó al chino sin ejercer mucha fuerza, no quiso tener problemas con la ley.

El chino se marchó no sin antes escupir al suelo.

Juan subió a casa de muy mala hostia.

Ayala estaba en la cocina preparándose un sándwich. Ella sonrió, él quiso hacerlo.

—Me voy a la ducha, que parezco un pordiosero —dijo mientras atravesaba el pasillo.

Ayala sin dudarlo lió un porro.

Supuso que el jubilado necesitaba relajarse.

Ayala llevaba el anillo del gato Moine que le regaló Adam. Juan se fijó en él. Aparentemente estaba calmado, había tomado una ducha mucho más caliente de lo habitual.

—Menudo anillo, ¡esta vez te has superado! —dijo mientras comía unas galletas.

—Es especial, ¿verdad? Se llama Moine, es un personaje de un libro de fábulas.

—Sí, es peculiar... un gato azul y rojo. Me gusta la cola elevada —dijo Juan mirando curioso—. ¿Tiene algún significado?

—Sí, he leído en Internet sobre él. Es un gato triste y diferente del resto, que tras encontrarse con un pájaro en su planeta y aceptarse a sí mismo, se pone contento.

—Parece una historia bonita—. El jubilado preparó una infusión. Ayala sacó el porro y lo puso sobre la mesa diciendo:

—Todos tenemos algo de Moine, incluso tú Juan. ¡No te librarás de ello! ni de dar unas caladas al porro que he hecho —Ayala sonrió acercándosele junto a un mechero.

Juan miró a Ayala con cariño aceptando fumarlo: —Pero dentro, en la sala, por variar —dijo.

La inquilina se sentó el sofá. Juan cogió un CD de la estantería y antes de dar al play miró a Ayala para decirle lo mucho que le gustaba esa canción.

—Hace tiempo que no la escucho, es una de mis favoritas, últimamente me viene a la cabeza, en especial una frase.

—¿Cuál? —dijo Ayala con el porro encendido mientras se lo pasaba.

—Después te digo cual. Primero calla y escucha —Juan esbozó una sonrisa sentado junto a ella. Tenía el mando en la mano y estirando el brazo hizo que el disco girara. Fumó unas caladas y Ayala escuchó moviendo la cabeza y una pierna.

El tema acabó y Juan presionó stop.

—¡Me encanta! Un temazo en toda regla —Juan guiñó un ojo antes de decirle: —JJ Cale “Anyway the wind blows” 1974, aún no habías nacido, es de mi época —apostilló guiñándole de nuevo el ojo.

—¿Y la frase que tanto te gusta? Por cierto, tus épocas son unas cuantas ya —apuntó sonriendo.

—”Well, you’d better change your ways or you won’t get to heaven” One two three four five six seven —cantó con gracia, Ayala disfrutó del momento.

—Te noto diferente Juan, hasta me ha parecido verte de mala hostia antes.

—Jejeje, bueno, es que lo estaba.

—Nunca te había visto así, parecía que tenías los ojos a punto de explotar.

—¡Y los tenía, créeme, aún me queda día por delante para que exploten!

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó la inquilina con ternura.

Juan no mencionó a Eve Zit, tampoco al chino, a Celia, Laura o Lázaro.

—Mañana me voy a Veere.

—¡Joder! ¿Vas a ir a Zeeland? Me alegro mucho por ti.

—¿Cuidarás del piso con tu sonrisa? —soltó el jubilado.

—Sin duda Juan, y no fumaré porros dentro de casa —compartieron con complicidad una carcajada.

—¿Vas a estar fuera mucho tiempo? —Ayala sentía curiosidad. Estaba contenta al ver que el jubilado iba a aprovechar su jubilación; el capítulo de su vida con todo el tiempo libre.

—No, vuelvo en diez días. Me tendrás aquí para clavarme tus agujas.

Ayala hizo un gesto como si estuviese introduciéndolas, Juan puso cara de repelús.

Volvieron a reírse y a poner la canción.

Juan miró discretamente las pecas de la inquilina.

Mientras cantaba en voz baja unió los puntos creando una figura. El resultado fue un gato con la cola levantada.

Adam preparó la cena para Ayala en su apartamento. Tenía noticias sobre la actuación, sería en una fiesta privada en un *loft* en un pueblo cercano. La inquilina se puso nerviosa a pesar de la buena noticia.

—¡Tenemos que ensayar, desde que te ha seducido ese maestro tuyo coreano no tienes tiempo para nada!

—Se llama Yeong—Su, y sí, es cierto, es casi lo único que hago estudiar e ir a clase. Tienes razón, nos tenemos que poner a ello.

Adam agradeció la inmediata predisposición de su amiga. Sacaron los móviles y apuntaron las fechas para los ensayos antes de subir al escenario a Eve Zit.

Mientras tanto Juan arrancaba el coche. Estaba especialmente radiante aquel anochecer. Puso la radio, un tipo hablaba de deportes y la señal no era buena. La apagó dibujando el rostro de Celia en su mente. La puso en un segmento, tal como lo haría Laura. Duró poco en la recta, la estampó contra el cristal delantero. Sabía que ella tramaba algo, algo relacionado con el todo y el pasado, allí donde dejaron la última conversación que mantuvieron. Juan se propuso no dejarle marchar sin antes decirle para qué la había utilizado. Se sintió libre conduciendo hacia ella, hacia el encuentro, hacia la cena. Ya no verá a su esclavo, pensó, ni al sumiso o al que se follaba.

Llegó al restaurante de las afueras, la misma casona donde Lázaro llevo a Laura en su primera cita.

El coche de Celia ya estaba allí aparcado. Juan sintió una vena inflamándose. No tenía miedo, no esperaba nada de ella más allá de una explicación. Quería que le dejase claro qué había pintado él en su vida durante tantos años— doce concretamente — recordó.

Cuando entró, la GPS ya estaba sentada a una mesa bebiendo una copa de vino. Era una mesa para tres comensales con sus correspondientes cubiertos. Juan se sentó sin mediar palabra. Celia tenía las piernas cruzadas y emanaba de ella una seguridad aún mayor de la habitual.

—Estás guapo Juan —dijo, mientras él pedía una botella de vino poco afrutado a la camarera—. El jubilado hizo como si no hubiese escuchado.

Lo único que sentía por aquella mujer era frío, frío y mala hostia. Se contuvo, aunque la sangre comenzara a espesarse cada vez más.

—¿Para qué querías verme?

—Esta va a ser una cena muy especial.

Juan miró la mesa y replicó: —La reserva la hice para dos, ¿no sé qué coño hace aquí ese tercer cubierto preparado!

—Disculpe —exclamó dirigiéndose a la camarera—, hice la reserva para dos, ¿podría retirar estos platos?

La mujer antes de contestar miró a Celia, ésta asintió con la cabeza, la camarera respondió que la señora le había dicho que finalmente serían tres.

Juan frunció el ceño clavando sus ojos en los ojos de la GPS.

—¿Cómo? No sé qué pretendes, pero creo que ya has jugado conmigo suficiente—. Celia pidió a la camarera que se retirara y luego abrió la boca.

—Habla bajo, no hay ni dios pero no es excusa. Compórtate Juan. Sí, efectivamente somos tres hoy en esta mesa.

—¡Pero bueno!, ¿qué pretendes? ¡Estás jodidamente mal de la cabeza! —dijo enojado, bajando el tono de voz, sintiendo como la sangre espesa circulaba recorriendo sus venas.

—Todo tiene sentido Juan. ¿Recuerdas el todo y el pasado?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Me dejaste tirado una vez más. Comenzaste nuestra relación mintiendo, y yo, que fui tonto y me contuve tanto, seguí ahí, para que vinieses a cogerme siempre que me necesitaras.

—Realmente no fue así. Aunque no puedo negar que algo de tonto tengas —Celia dibujó una suave sonrisa que unida a su gélida mirada hizo que Juan

estallara.

—Y ¿cómo cojones ha sido? ¡Dime! ¡Porque hoy me lo vas a decir, Celia!

Ésta cogió el móvil, y plasmó su huella dactilar varias veces en la pantalla.

Juan bebió de un tiro dos copas de vino. La camarera se acercó a ellos mirando a la GPS.

—Señora, ya esta aquí. ¿Le digo que pase?

Juan giró la cabeza bruscamente, primero para mirar a la mujer de la casona y después para mirar a Celia. Tenía los ojos acuosos, tanto como los tuvo la última vez que vio a Eve Zit. La GPS asintió con la cabeza y después pidió a Juan que se tranquilizara.

—Nada malo va a pasar, quiero que conozcas a alguien.

Juan estaba inquieto, alguien entró en el comedor, se acercó a los dos y dijo: Buenas noches. El jubilado reconoció la voz, y elevó la cabeza, ya que estaba dando con un dedo toques sobre la mesa.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tú! —se levantó de la silla enajenado, rojo como el acebo.

Celia le pidió que se sentara, que le debía una explicación e iba a dársela.

—¡No me jodas! ¡El puto chino! ¡Te voy a dar una patada, mamón! El chino se presentó manteniendo la compostura: —Soy Long Chan Wo, te dije que sabía quién eras.

La camarera se acercó, preguntando si ocurría algo. Celia contestó que había un malentendido, que lo sentían y que sirviese la cena.

Juan se sentó. No tenía miedo, no, se dijo, ni al puto chino ni a la zorra de su ex.

—Con que Long Chan Wo ¿eh? —miró a Celia. Ella supo en aquel momento que Juan no era el Juan con el que estuvo y contestó decidida:

—Sí, tiene que ver con la explicación que te debo.

—¿Ah sí? —soltó el jubilado—. ¡No me jodas! ¡Arranca ya que tengo ganas de irme y no volver a verte! ¡Ni a ti ni al chino!

—Yo le pagué para que lo hiciese —dijo Celia—, para perseguirte.

Juan interrumpió: —Bueno, llegados a este punto puedo imaginarlo. ¡Eres retorcida y jodidamente fría!

El chino se dirigió al jubilado: —Aquí no acaba esta historia. Hay algo más, algo que tienes que saber y tenemos en común con Celia.

—¡Bueno, bueno! ¡Esto me está poniendo de muy mala hostia! Como sigamos así voy a estampar vuestras cabezas contra el suelo.

La GPS interrumpió: —Juan, habla bajo, esto es muy serio, la camarera ni se acerca a tomar nota.

—¡Ja! ¡Y acabará llamando a la policía antes de que lo haga yo, o el chino por un patadón desafortunado en la cara!

—Yo soy el padre biológico de la hija de Celia. Y tú... tú... —el chino no terminó la frase porque Juan se levantó de nuevo, entrándole una risa nerviosa. Desde arriba miró a los dos fijamente con los brazos estirados y los puños clavados en la mesa.

La GPS afirmó: —Mira Juan, él es el padre biológico de Zoe y tú eres el padre biológico de Alex. Los dos padres biológicos de mis hijos frente a mí.

El jubilado se carcajeó, pegó un golpe con el puño derecho a la mesa, mientras los dos le miraban callados.

—¿Sabes qué, Celia? ¡No creo ni una jodida palabra de lo que dices! Te conozco desde hace tiempo, mucho, lo suficiente como para saber que no puedo confiar en ti. Tienes el valor de pagar a un chino para que me acose, el valor para acostarte con hombres estando casada, el valor suficiente para mentir a todo dios, tienes todo menos credibilidad. ¡Deja tus putos juegos para otro que sea más tonto que yo si lo encuentras! ¡Yo me voy por donde he venido!

La camarera asustada se acercó a ellos: —Disculpen, ¿seguro que no ocurre nada?

Juan contestó con una sonrisa forzada: —No señorita, lo único que ocurre es que tiene que retirar mis cubiertos. Se quedan los dos, tal y como estaba en

inicio reservado.

Juan se puso la chaqueta, Celia soltó un suspiro, pero el jubilado salió de allí de muy mala hostia. Antes de llegar a casa dio vueltas sin rumbo por la ciudad, sin ganas de dormir, pero con la sensación de haberse liberado por siempre de lo único que le quedaba de Celia.

Una trama retorcida, una mujer fría y sin escrúpulos, una absoluta pérdida de tiempo, según él.

Después de cenar con el chino y pagarle la cantidad acordada, Celia se dijo satisfecha:— Misión cumplida. El plan ha salido tal como lo esperaba, no está mal para ser el primero de unos cuantos que me quedan por diseñar.

Jamás hubiese imaginado el placer que produce desenterrar una mentira contando la verdad y aparentando ser un engaño.

Juan llamó a Ayala después de diez días para decirle que alargaba su estancia en Zeeland. La inquilina le contó que Eve Zit había subido al escenario con éxito.

El jubilado confesó que mientras pintaba el cuarto de las taquillas la había convocado. Confesó que en su momento no se había dado cuenta de lo que la tercera persona significaba. Ayala le dijo que era normal y que tenía muchas ganas de clavarle algunas agujas.

En las afueras, Lázaro compartía algunos días y algunas noches con Laura. La nadadora escribió cien páginas de la novela. Lázaro se excitaba con cada capítulo que leía. Compartieron todo el amor cada uno en su casa.

La nadadora por fin supo a quién le recordaba Alex.

Ayala también identificó a quién le recordaba Juan.

Después de dos meses en Zeeland el jubilado cambió de coordenadas. Se mudó a Burdeos con Lauren que era una buena señora y muy educada. Pidió a Ayala que se quedara en su casa todo el tiempo necesario.

Ayala le comentó su adicción a la tortilla del *Patatame You&Ours* antes de ir a clase.

Aceptó encantada.